

Una novela de misterio,
intriga y suspense



Rubén Gozalo

PENITENCIA

Título: Penitencia
© 2019: Rubén Gozalo
Foto de portada: © StockSnap pixabay
Primera edición: 2 de julio de 2019
E-mail: rubengoled@gmail.com
Twitter: @Ruben_Gozalo
Facebook: <https://www.facebook.com/ruben.gozalo.1428>
Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por la Ley de Propiedad Intelectual. Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier método o procedimiento, salvo autorización expresa del autor. Si te la has descargado ilegalmente que sepas que acabas de cometer un delito y está feo. ¡Muy feo! Más que tirarse un pedo en un ascensor y culpar al hámster del vecino. En fin, tampoco vamos a poner puertas al campo, ¿no?
Si te ha gustado deja un comentario, please. Me alegrarás la mañana y me harás muy feliz.

Un verdadero perdedor es alguien que tiene tanto miedo a no ganar que ni siquiera lo intenta.

Pequeña Miss Sunshine.

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

AGRADECIMIENTOS

Quería echar un polvo.

O dos, si se terciaba la cosa, pero no le apetecía pagar por ello.

Pagar era de idiotas.

Y de gente con pasta.

Maverick Sánchez no era ni lo uno ni lo otro.

En la cuenta del banco no tenía más de dos mil quinientos euros. Lo justo para hacer frente al alquiler, comprar algo de comida basura y malvivir durante unos cuantos meses más.

Le recomendaron una aplicación móvil.

—Es infalible —le dijo César, unos de sus compañeros de trabajo—. ¡Hasta yo he mojado!

Su compañero no era ningún ligón, pero si con esa *app* había conseguido llevarse a una mujer a la cama, quizá él también lo podía intentar.

Descargó la aplicación de una conocida página web y la instaló en el móvil. Era sencilla. Para aprender a manejarla no le hizo falta cursar un MBA por ninguna universidad.

Para ligar ya no había que recorrer los bares y las discotecas hasta altas horas de la madrugada. Ni tampoco invertir en copas. Ni emborrachar a pobres incautas. Probablemente, su hígado y su cartera se lo agradecerían.

Tras la ruptura con Natalia, le apetecía conocer a otras mujeres.

«Y, si es posible, con pasta», pensó.

Se separaron cinco meses atrás. No obstante, se le hacía muy extraño llegar a casa y encontrarla vacía.

Su ex se había llevado a los dos gatos y también a Sid, su perro. El chucho la había preferido a ella.

—¡Jodido, Sid! Tres veces diarias sacándote a pasear, dándote de comer, aguantando tus ladridos. ¿Y cómo me lo pagas, eh?

Se definió como un soltero de treinta y tres años.

Tenía treinta y siete, pero en la fotografía que había puesto en el perfil aparentaba unos cuantos menos.

No hacía daño a nadie por querer ser un poco más joven. Las mujeres lo hacían constantemente. Se quitaban arrugas, se ponían botox, se untaban la cara con multitud de cremas y potingues milagrosos o pasaban por el quirófano cuantas veces fuera necesario.

Tuvo que inventarse un nombre: Luke.

Como aficiones puso: los animales, la música rock y los libros.

Si hubiera sido sincero hubiera escrito:

Vago de cojones, que se pasa todo el santo día en el sofá, busca chica para relación esporádica.

Sin embargo, esto último no quedaba muy bien. Con esa descripción, seguro que no se comía ni una rosca.

¿Por qué había incluido los libros entre sus aficiones?

Si odiaba leer.

De hecho, en los últimos nueve años no había leído más de dos novelas y media y el prospecto de una caja de hemorroides.

Trató de hacer memoria.

El guardián entre el centeno.

Lolita.

50 sombras de Grey, que tuvo que dejarlo, poco después de que emitieran por televisión la película.

Y la página de deportes del diario Marca. Aquello sí que era cultura: Madrid, Barcelona, Atlético, Valencia, Sevilla, Betis.

«No le des más vueltas», pensó.

Leer le hacía parecer más culto, más intelectual.

Además, le atraía la idea de ser otra persona. Aparentar algo que no es.

El primer mensaje llegó de madrugada. El móvil emitió un extraño: ¡Blind!

Vio su perfil. Se llamaba Casidiosa, tenía treinta y tres años y su foto de perfil no estaba nada mal. Rubia, ojos verdes y una mirada capaz de dinamitar el corazón de los hombres. La fotografía se cortaba a la altura del escote. Aun así, se hizo una idea clara del tamaño de sus pechos. La palabra que mejor los definía era: GRANDIOSOS.

Casidiosa: ¡Hola, guapo! ¿Qué haces?

Luke: Estoy viendo una peli.

Casidiosa: ¿De qué?

Luke: De acción.

Casidiosa: ¿Te gusta la acción?

Luke: Muuuucho.

Casidiosa: A mí también. La acción me pone muy... muy cachonda.

Sintió un escalofrío.

Luke: ¿Tienes pareja?

«Serás gilipollas. La tía está cachonda y tú le preguntas por su pareja. De

paso, podrías haberle preguntado por la suegra o mejor aún, por su exnovio. ¿Qué más te da? La chavala busca diversión: un rollo de una noche».

Casidiosa: Sí, pero a él no le importa que haga guarradas con otras personas. De hecho, le gusta mirar.

«Esto se pone interesante. Tiene ganas de marcha».

Luke: Eso está bien.

Casidiosa: Y tú, ¿tienes a alguien?

Luke: Soltero y sin ningún compromiso a la vista.

Casidiosa: ¿Qué llevas puesto?

«El batín de estar en casa y unas zapatillas que huelen a pies», pensó.

Luke: Unos *shorts* ajustadísimos.

En realidad eran unos calzoncillos del supermercado cuya goma elástica se había dado un poco de sí. Estaban un poco viejos, pero limpios. Un hombre muy sabio le había confesado una vez: «Los gayumbos siempre hay que llevarlos immaculados. Sobre todo si sales a la calle. ¡Nunca sabes lo que puede pasar!»

Casidiosa: ¡Vaya!

Luke: ¿Y tú?

Casidiosa: Nada de nada.

Sintió un inquietante hormigueo.

Luke: ¿Quieres quedar?

Casidiosa: Ok.

Luke: ¿Dónde?

Casidiosa: La Aldehuela.

La Aldehuela era uno de esos parajes solitarios junto al río Tormes, donde las parejas acudían con sus vehículos en busca de intimidad. Allí, entre árboles y vegetación, daban rienda suelta a sus deseos más perversos. La zona se encontraba despoblada. De vez en cuando, se personaba algún que otro mirón con su teléfono móvil para ver si conseguía inmortalizar alguna imagen escabrosa. A pesar de ello, aquella zona resultaba más económica que cualquier habitación de hotel. A veces, podían concentrarse más de una veintena de coches, separados por unos pocos metros.

Luke: Perfecto. ¿A qué hora?

Casidiosa: A las 2:30

Luke: Bien.

Casidiosa: Nos vemos.

Luke: ¿Cómo te reconoceré?

Casidiosa: Iré sin bragas.

El sudor le caía por la frente. Su pecho se puso a latir de una forma frenética.

Luke: ¡Qué bien!

Casidiosa: Llevaré un abrigo y zapatos de tacón rojos. ¿Y tú?

Luke: Camiseta blanca, jersey azul y pantalones vaqueros.

Casidiosa: Quedamos en la entrada. ¡Bye!

Luke: Ok. Si surge cualquier cosa, lo que sea... nos comunicamos por la *app*.

Casidiosa: Vale.

«¿Y si se trata de una broma? ¿Y si detrás del perfil de Casidiosa hay un tío que se quiere reír de mí?»

Cabía la posibilidad de que no acudiese nadie.

No podía descartarlo.

«Pero ¿y si es verdad? ¿Y si Casidiosa aparece? No pierdo nada por intentarlo. Bueno, quizá sí: un par de horas de sueño. Pero ¿qué es eso en comparación con montármelo con una diosa? Bueno, casi una diosa».

Se acordó de una noticia que había leído en internet. Una chica se había citado con otra persona a través de una web de contactos. Cuando se encontraron, la joven se quedó lívida tras descubrir que había quedado con su abuelo.

—Espero que no aparezca mi tía —dijo en voz alta.

Encendió el calentador, se deshizo de la ropa y se metió en la ducha. Mientras se lavaba el pelo, Maverick experimentó una mezcla de nerviosismo y excitación. Hacía mucho tiempo que no sentía algo así. Desde que le abandonó su ex una fría mañana de abril, la vida había perdido todo el encanto. Se dio prisa en enjabonarse y aclararse porque la bombona debía de estar en las últimas. Tras apagar el grifo y secarse, se pasó la máquina de afeitar por la cara. Salió del baño con una toalla alrededor de la cintura. En el dormitorio cogió algo de ropa limpia del armario, se vistió en menos de dos minutos y bajó las escaleras del portal. En el segundo piso, se encontró con un vecino de tez oscura y mirada huidiza. Nunca le saludaba, pero esa noche hizo una excepción.

—¿Qué tal? ¿Cómo va eso?

Él le miró extrañado, como un mono aquejado de hemorroides.

«Este va a mojar», debió pensar.

En el bloque le conocían por el sobrenombre del Ruinas. Unos años atrás,

aprovechando que en la junta de propietarios le habían nombrado presidente, acudió al banco y, como figuraba como autorizado en la cuenta, vació la cartilla de ahorros de la comunidad. Con el dinero se pagó una mariscada, se compró un montón de ropa nueva y se marchó de vacaciones al Caribe. No dejó ni un miserable céntimo en la libreta para hacer frente a los gastos de luz, limpieza y gasóleo.

Aquel invierno los dueños de las viviendas tuvieron que poner una cuota especial. El Ruinas regresó un par de meses más tarde. Nadie quiso decir nada, pero todos se dieron cuenta de que lucía un estupendo bronceado. Desde entonces, en las juntas de propietarios, no ha vuelto a ocupar ningún cargo de responsabilidad.

Salió a la calle. Era de noche. Las farolas formaban islotes de luz sobre la acera. Caminó durante un buen rato hasta el lugar donde había aparcado su viejo Renault 21. Aquel vehículo era una reliquia. Tenía más de trescientos mil kilómetros y aún funcionaba. Era una de las mejores compras que había realizado en su vida. Apenas le había costado setecientos euros.

Lo positivo de poseer semejante antigualla era que lo podía dejar aparcado en cualquier sitio sin miedo a que se lo robasen. Los cacos preferían los vehículos de alta gama. En una ocasión, se le olvidó cerrar la puerta y al día siguiente encontró una nota en el parabrisas de un sintecho que se había refugiado en el coche:

He pasado un frío del carajo aquí dentro. Tanto que se me han helado las pelotas y me han salido estalactitas en las narices. Instala una puta calefacción. Y ya de paso cambia los asientos, joder. He dormido en piedras muchísimo más cómodas. ¡Por tu culpa, me he destrozado la espalda, mamón!

Como regalo, el tipo le dejó una monumental cagada en el asiento trasero.

Sonrió al recordar la escena. Sin embargo, aquel día no le hizo ninguna gracia tener que limpiar y desinfectar los asientos. El olor tardó en irse casi una semana.

A pesar de que no había tráfico, Maverick condujo con precaución. En algunas zonas, la Policía Local había instalado radares. El Ayuntamiento quería hacer caja a toda costa. Cuantas más multas e infracciones, mejor para las arcas municipales. El alcalde solo pensaba en recaudar. El consistorio contaba con un montón de enchufados y de asesores nombrados a dedo a los que había que ingresar la nómina a finales de mes. En Salamanca había que pagar por todo. La zona azul de aparcamiento se había extendido también a los

barrios de la periferia. Pronto cobrarían hasta por respirar.

Atravesó la Gran Vía, condujo por el paseo de Canalejas y bajó la cuesta de la calle de las Aguas. Llegó diez minutos antes de la cita, aparcó debajo de unos árboles y salió del vehículo a estirar un poco las piernas. Sacó un cigarrillo y lo encendió con el mechero. Las volutas de humo se dispersaron por el aire. Fumar era un vicio al que le había aficionado Natalia. Ahora, por más que lo intentaba, no podía dejarlo. Se había vuelto demasiado adictivo. Echó el humo por la nariz y miró en todas las direcciones. Vio un par de coches aparcados con los cristales llenos de vaho e imaginó lo que estaría ocurriendo en el interior: sexo y más sexo desenfrenado.

Cogió el móvil, abrió la aplicación y se puso a escribir:

Luke: Ya estoy aquí.

Enseguida oyó un «blind» y, excitado, leyó el mensaje:

Casidiosa: Junto a la farola.

Maverick alzó la cabeza y vio una figura, menuda y fibrosa, que levantó la mano. Dio una última calada, cruzó la carretera y, con paso tembloroso, caminó hacia ella. Imaginó que aquella podría ser la primera vez de muchas otras citas con personas desconocidas.

—¿Eres Casidiosa?

—Aja.

Al verla, se sintió como un niño al que una ráfaga de aire le ha dejado sin su globo.

—¿Luke?

—Sí.

Sus expectativas se habían frustrado por completo. Él esperaba a una rubia escultural, con un busto de vértigo y unas piernas largas y estilizadas, como las de las modelos que desfilaban en las pasarelas. ¿Y qué tenía? A una mujer de unos cincuenta y tantos, baja, huesuda, menopáusica y con pinta de tener muy mala leche. Vestía una ceñida blusa azul que remarcaba unos pechos caídos y unos pantalones cortos que dejaban al descubierto unos muslos con estrías. Se fijó en las varices que adornaban las piernas. Aquella señora estaba mejor tapada.

—¡Vaya! Es... esperaba otra cosa —dijo.

—¿Qué esperabas? ¿A una modelo de Victoria's Secret?

Cuando abrió la boca, descubrió que le faltaban un par de dientes de la paleta superior.

«Y para rematar la noche: una yonqui del barrio chino».

—No sé, pero la foto del perfil no te hace justicia.

—Sí, soy yo... pero con veinticinco años menos.

Si él había mentido en lo referente a la edad, ¿por qué ella no lo podía hacer?

—Ah, eso lo explica —dijo.

La mujer le examinó de arriba abajo, con la exhaustividad de un perito que analiza el informe de un siniestro.

—¡Oye, que tú tampoco eres Brad Pitt!

—Eso ya lo sé... Me lo dicen constantemente.

—Quieres que nos lo montemos, ¿o no? —dijo molesta.

Casidiosa se cogió un mechón de pelo, lo retorció con el dedo índice y el pulgar y se lo llevó a la boca.

Él se lo pensó durante unos instantes. Se puso a deshojar una margarita imaginaria.

«Sí. No. Sí. No. Sí. No. Sí. ¿Me la llevo al huerto?»

—Ya que estamos aquí... habrá que aprovechar el viaje, ¿no?

Ella se abalanzó sobre Mav y le plantó un beso con lengua.

«¡Joder con la abuela! Quiere marcha».

Notó sus pezones erectos y el calor que desprendía su piel.

—¡Vamos a la parte de atrás de mi furgoneta! Allí estaremos más cómodos.

—Cla... claro.

—Es que aquí hay mucho pervertido —dijo guiñándole un ojo.

En cuanto subieron, Casidiosa comenzó a quitarse la ropa. Se deshizo de la blusa y se quedó en sujetador.

—¿Te gusta lo que ves, amorcito?

«No demasiado, pero cuando no hay elección uno debe conformarse con lo que sea», pensó.

—No está mal.

—¿Qué te parece si lo hacemos a oscuras?

—Por mí... perfecto.

—Eso le dará más morbo, ¿no crees?

Él se desnudó. Estaba excitado.

De pronto, sintió un fuerte impacto en la cabeza. A su alrededor todo le daba vueltas. Notó como si el suelo se abriera en canal debajo de sus pies. Cerró los ojos y se desplomó de lado sobre una raída manta que desprendía un repugnante hedor a ropa sucia.

—¡Cógele por las piernas y átale con cinta americana! Y no escatimes. No quiero que se escape —oyó que decía una voz antes de perder la consciencia.

2

Lo primero que Maverick pensó al despertar fue que nadie le echaría de menos. Sus padres habían fallecido unos años atrás en un accidente de tráfico. El vehículo en el que viajaban invadió el carril contrario y se estrelló contra los bajos de un camión que circulaba por la autopista. Murieron en el acto. Los cuerpos quedaron irreconocibles. En el depósito ni siquiera fue capaz de identificarlos. No tuvo el valor de entrar en la morgue. Un primo carnal fue la persona que los reconoció.

—Estaban destrozados. No quedaba nada de ellos —le confesaría meses más tarde.

Los responsables de la funeraria le aconsejaron que los enterrara con el ataúd cerrado.

Mav tenía el convencimiento de que sus padres se habían suicidado a causa de las deudas que habían contraído con el banco. Unos días antes del siniestro, su madre se había presentado en su casa con un montón de trastos antiguos. Quería que se los quedara. Él los aceptó a regañadientes porque no entendía la extraña actitud de su progenitora. ¿Por qué le había traído una vieja lavadora? ¿Qué iba a hacer él con todos aquellos libros? O ¿por qué insistió tanto en que se quedara con los álbumes de fotos? Antes de marcharse, ella le dio un beso y lo abrazó durante unos segundos. Él se dio cuenta de que algo no iba bien. Ella temblaba y tenía lágrimas en los ojos. Su progenitora no era una mujer a la que le gustase airear sus problemas.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Te ocurre algo?

—Nada. Cosas mías. Ya eres todo un hombre. ¡Cuídate, cariño! —dijo mientras se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano y forzaba una sonrisa.

Esas fueron sus últimas palabras antes de que bajase las escaleras del portal y se perdiese calle abajo. Y así la quería recordar.

Ahora veía aquel encuentro con otra perspectiva. Estaba convencido de que se habían quitado la vida porque su situación económica resultaba insostenible. Él no lo sabía entonces, pero poco después de enterrarlos, se enteró de que la entidad bancaria pensaba quitarles la casa. La deuda contraída con el banco ascendía a noventa y siete mil trescientos setenta y seis euros. Imaginó lo que debía de haber pasado por sus cabezas. La incertidumbre, la desesperación al ser conscientes de que en cualquier momento los podían echar a la calle. Sus padres, después de tantos años, se

habían quedado sin nada. Se preguntó por qué no habían recurrido a él. Quizá podría haberles echado una mano.

Todo comenzó cuando el cabeza de familia perdió su empleo a causa de la crisis económica que azotó al sector de la construcción. Después de más de tres décadas subido a un andamio, le echaron a la calle. Para una persona que tiene más de cincuenta y seis años, perder su trabajo equivale a una muerte anticipada. Con esa edad eres demasiado joven para jubilarte y demasiado viejo para que otra empresa te contrate. Visualizó a su progenitor en la cola del paro. Lo vio llamando a un montón de puertas para dejar el currículo. Imaginó su desesperación, su decepción cada vez que le decían que en aquella obra no necesitaban a nadie, su impotencia ante el incierto futuro que se le presentaba.

Al entornar los ojos se dio cuenta de que se encontraba en el interior de una jaula. Un escalofrío le sacudió la espalda. Miró a su alrededor y vio que se hallaba en un almacén. Se fijó en la suciedad de los cristales de las ventanas que estaban a más de diez metros de altura y en el óxido que corroía las puertas y las vigas de metal. La pintura de las paredes tenía un montón de desconchones. En el techo descubrió un sinfín de grietas, telas de araña y una alfombra verdusca y blanquecina de moho. En la distancia divisó varias sillas apiladas unas encima de otras, una destartada estantería de madera sobre cuyos anaqueles descansaban trastos viejos, un vehículo al que le faltaban los neumáticos traseros, bidones de gasolina y un par de mesas que habían conocido mejores tiempos.

La nave debía de tener más de tres mil metros cuadrados y daba la impresión de estar abandonada. A su izquierda distinguió un orinal, un plato vacío y una botella llena de agua. Sintió deseos de cogerla, pero se contuvo. No se fiaba de lo que pudiese contener.

El lugar le recordó el escenario de una película de Quentin Tarantino. Evocó el almacén en el que se reunieron los protagonistas de *Reservoir Dogs* tras cometer el atraco a una joyería. La luz del sol entraba a raudales por las ventanas. Había amanecido y reparó en la constelación de polvo que flotaba en el aire. Intentó hacerse una idea de dónde podía estar. En el polígono de Carbajosa existían muchísimas naves industriales vacías. La crisis económica que había golpeado al país se había llevado por delante miles de negocios y muchos empresarios habían colocado carteles de «Se vende», «Se traspasa» o «Se alquila» en las fachadas de los edificios.

El golpe le había dejado fuera de combate. Aun así, trató de hacer

memoria. Profirió un insulto cuando se acordó de la aplicación del móvil y de la ramera Casidiosa. Aquella meretriz, fea y desdentada, le había jodido. La jaula en la que se hallaba preso era pequeña y rectangular y tenía más de dos metros y medio de altura. Se acercó a los barrotes y sacó la mano.

—¿Hola? Hay alguien.

El eco de su voz se propagó por la nave.

—¡Aquí! —dijo alguien a su espalda.

Mav giró la cabeza y, a unos diez o quince metros de distancia, descubrió una jaula idéntica a la suya. En el interior distinguió la figura de una mujer de unos treinta o treinta y cinco años. Estaba sentada en el suelo, con los brazos alrededor de las rodillas y llevaba un vestido andrajoso que en otra vida debió de ser blanco. La mujer tenía el pelo largo, recogido en una cola de caballo, la mirada perdida y una apariencia frágil.

Cuando la vio mejor, se percató de su extrema delgadez. Estaba en los huesos. La imagen le trajo a la memoria a los presos judíos reclusos en los campos de concentración de la Alemania nazi. Pensó en las prostitutas y los chaperos del barrio chino mientras aguardaban en el arcén la llegada de los nuevos clientes. Su rostro, poblado de arrugas, parecía un pergamino viejo. Vio costras de suciedad en su semblante y en sus brazos. Tuvo la sensación de que la mujer llevaba allí encerrada algún tiempo.

—¿Dónde estamos?

Ella se incorporó con lentitud, movió el cuello hacia los lados y encogió los hombros.

—No lo sé.

Él la miró sorprendido. Estudió sus huesudas facciones y, tras unos instantes, asintió con resignación.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

La mujer contuvo la respiración.

—Creo que me drogaron. Me encontraba en un bar con unos amigos tomando una copa y alguien debió de echarme alguna clase de mierda en la bebida. Después de eso... nada. Lo siguiente que recuerdo es este lugar.

—¡Joder! Parece una puta leyenda urbana —resopló Mav mientras se pasaba las palmas de las manos por el pelo.

—¿Y tú?

—Una mujer que se hacía llamar Casidiosa me tendió una trampa. Quedé con ella a través de una aplicación móvil y me jodió vivo. No sé cómo he podido ser tan idiota. Si no hubiese hecho caso a César... Me tenía que haber

quedado en casa.

—¡No es culpa tuya! Este país está lleno de pirados.

En eso tenía razón. Entre políticos, hooligans, *millennials* con ideas estrambóticas y tarados que copaban las páginas de sucesos de los periódicos, los psiquiátricos deberían de estar a rebosar.

—Sí, eso es cierto.

—Con Tinder las relaciones sociales ya no son lo mismo. Ahora, acudes a una discoteca y hay más personas pendientes del móvil que de la pista de baile. Las nuevas tecnologías han cambiado nuestras vidas. Y, por desgracia, para mal. ¡Ya no nos relacionamos como antes! —dijo con resignación.

Al mirar a su izquierda, divisó una cámara instalada en una de las vigas de la pared. Alguien los vigilaba. Controlaba todos los movimientos.

—¿Te has fijado? —dijo señalando con la mano la cámara.

—Sí.

—¿Nos están viendo? —preguntó intrigado.

—No lo sé. Puede que no funcione.

—O quizá sí. Y algún tarado disfruta mirándonos.

Sacó la lengua y dedicó una peineta a la cámara. Había frustración en sus ojos.

—¿Cuánto tiempo llevas encerrada en este lugar?

La mujer se rascó el cráneo, se pasó la mano por la barbilla y le miró con fijeza.

—He perdido la noción del tiempo. Calculo que... unas tres semanas.

—¿Tres semanas? —dijo sorprendido.

—Puede que más. No he contado los días.

—¡Vaya mierda! Y sabes, ¿por qué estamos aquí? ¿Por qué nos han traído? —dijo enfurecido.

—No tengo ni la más remota idea.

Pensó en las mafias del este que traficaban con órganos. En los últimos tiempos había oído rumores sobre delincuentes que secuestraban a seres humanos, los drogaban y los abrían en canal para extraerles los riñones, el hígado, el corazón o las córneas. Después, esas personas aparecían muertas en cualquier descampado. El tráfico de órganos constituía un negocio muy lucrativo. Un corazón podía alcanzar los cien mil euros y un riñón sano los doscientos mil. En el mundo siempre existían personas con recursos capaces de ofrecer cantidades estratosféricas por un trasplante. Al final, lo de menos era la procedencia.

—¿Los secuestradores te han dicho algo? ¿Han hablado contigo?

—No. Van vestidos de una forma muy rara y tan solo se limitan a traer la comida. Dejan el plato en el suelo y se marchan.

—Probablemente habrán pedido un rescate.

Ella negó con la cabeza.

—Lo dudo.

Él la miró extrañado.

—¿Y eso?

—Porque no tengo a nadie.

—Pues ya somos dos —dijo con resignación.

—Estoy sola. Mi madre murió hace unos meses después de una larga enfermedad y a mi padre nunca le llegué a conocer. El cabrón nos abandonó cuando yo tenía un año y medio. Además, mi situación económica no es la mejor. En estos momentos estoy cobrando los cuatrocientos veinte euros del subsidio de desempleo y dentro de unos meses se me termina la prestación. De modo que, si es por dinero, han elegido mal. Se han equivocado de persona.

—¿Crees que alguien habrá denunciado tu desaparición?

—Tal vez mi casero... si es que ha ido este mes a cobrar el alquiler. Aunque con lo cerdo que es, lo dudo.

Dio una patada a los barrotes y maldijo su suerte. En cuanto volviese a ver a César, el compañero de trabajo que le había recomendado la aplicación móvil, le partiría la cara.

«¿Por qué tuviste que hacerle caso? Hubiera sido preferible comprar unas revistas guarras en el kiosco y practicar en casa. ¡O irte de putas!»

—¿Has estado sola durante todo este tiempo?

—No. Hace unos días, en esa misma jaula que tú ocupas ahora, había un chico llamado Juan.

—Y, ¿qué ha sido de él?

—Vino un encapuchado, le obligó a que se pusiera de espaldas y sacase los brazos a través de los barrotes. Después, le ató las muñecas y le forzó a salir de la jaula. Juan no opuso resistencia. El tío le estaba apuntando con una pistola.

Las preguntas bullían en la cabeza de Maverick. Cada vez estaba más nervioso. El corazón le latía a doscientas mil revoluciones.

—¿A dónde crees que se lo habrán llevado?

—Ni idea.

Aquello no podía estar ocurriendo. Pensó que si cerraba los ojos y

contaba hasta tres todo volvería a la normalidad. Quizá solo fuera una pesadilla y él estaba soñando despierto. Cerró los párpados y al abrirlos, comprendió que seguía detrás de los barrotes. Se sentía inquieto y le temblaban las manos. El sudor le perlaba la frente y tenía la sensación de que la jaula era aún más pequeña.

Le daban grima los espacios minúsculos. Recordó una vez que su padre le había encerrado a oscuras en el sótano durante un par de horas porque se había portado mal y había sacado unas notas pésimas. Durante el tiempo que estuvo recluido se puso a llorar como un loco. Arañó las paredes, dio golpes en la puerta y gritó como si estuviese fuera de sí. Pese a ello, su padre no se apiadó de él. Prometió que estudiaría, se convertiría en un chico obediente y no daría más problemas. Cuando le sacaron de allí, una mancha húmeda le cubría la entrepierna. Se había meado encima. Pocas cosas le causaban tanto pánico como los cuartos pequeños y oscuros.

—Si gritamos tal vez podríamos llamar la atención de alguien —dijo convencido de la idea.

—No servirá de nada.

—¿Lo has probado?

Ella se inclinó hacia adelante y le miró a los ojos.

—Me desgañité durante los primeros días y te puedo asegurar que nadie vino a rescatarme.

—De lo que se deduce que nos han llevado a un lugar apartado.

—¿Crees que estamos fuera de Salamanca?

—Es probable. A mí me hicieron subir a una furgoneta.

Miró la cámara con arrogancia.

¿Quién los estaría observando? ¿Aquella bruja con la que se había citado para echar un polvo? ¿O había alguien más detrás? ¿Alguien repantingado en una silla que los observaba en silencio?

—¡Ah, por cierto, soy Maverick!

—¿Qué clase de nombre es ese?

—El que me puso mi madre después de ver en el cine *Top gun*.

—Pues no te pareces en nada a Tom Cruise.

—Me lo dicen a todas horas. Soy mucho más alto y más guapo. Mido casi uno ochenta y sin zapatos de tacón —dijo con sorna.

Ella sonrió.

—Yo soy Loli —dijo con una voz seca y desgarrada.

—¡Encantado Loli! Aunque hubiera preferido que nos hubiésemos

conocido en otras circunstancias.

—Eso es cierto.

¿Por qué estaban allí? ¿Qué habían visto en ellos los secuestradores? Al igual que Loli, su cuenta bancaria estaba en números rojos y sus padres también habían fallecido. ¿Tenía eso algo que ver? ¿Guardaba alguna clase de relación?

—¿Qué crees que nos harán?

—No tengo ni idea, pero seguro que... nada bueno.

De pronto, oyeron un ruido fuera.

3

Mav vio una oportunidad.

—¡Eh, socorro! ¡Estamos aquí dentro! Alguien nos ha encerrado en una jaula —gritó envalentonado.

«Puede ser nuestro salvoconducto para salir de este lugar. Si nos escucha, seguro que llama a la policía. ¡Tal vez podamos escapar de esta cárcel!», pensó después de apretar con fuerza los barrotes y mirar de reojo el candado con cadena.

—¡Déjalo! No servirá de nada.

Esa no era la mejor actitud. Él nunca bajaría los brazos. Mientras hubiese una mínima esperanza de que los encontrasen, lo seguiría intentando. No iba a resignarse a morir como un perro. Mav podía ser muchas cosas, pero era testarudo. Su madre siempre se lo recordaba.

—¡Eres un cabezón, hijo! Si se te mete algo en la cabeza no hay forma de sacártelo.

Cuando se proponía algo, solía conseguirlo. Evocó a Natalia, su ex. La mayoría de las personas le decían que siguiera soñando. Una mujer así nunca se fijaría en él. Natalia era alta, morena y poseía una preciosa sonrisa capaz de derretir el hielo. A eso había que sumar un físico privilegiado. Ella había dejado los estudios y los fines de semana, para sacarse algún dinero, trabajaba de bailarina en una discoteca. Los chicos se arremolinaban a su alrededor en busca de un número de teléfono y algo más. Mav no era el más guapo, ni tampoco el más inteligente. Aun así, consiguió lo imposible: quedar con ella. Y una cita dio paso a otra. Al cabo de unas semanas y, pese a la diferencia de edad (le sacaba nueve años), ya se habían marchado a vivir juntos. Nadie hubiera apostado un euro por aquella relación.

—Debemos seguir intentándolo. ¿Qué podemos perder?

Loli asintió con poca convicción. Parecía hastiada. Pese a ello se puso a gritar.

—¡Aquí! ¡Auxilio necesitamos ayuda! ¡Nos han secuestrado!

Al cabo de unos instantes, la puerta se abrió. La luz del sol golpeó de lleno la estancia. Se fijó en la figura del encapuchado y sintió un estremecimiento. Un hormigueo le recorrió la columna vertebral. Se acordó de la imagen de los penitentes durante las procesiones de Semana Santa. Los visualizó a medianoche mientras llevaban velas y antorchas en las manos y cargaban con las pesadas tallas religiosas por las diferentes callejuelas de la

ciudad. El visitante iba embutido en una ridícula túnica de color violeta y una capucha le cubría el rostro. Evocó las estafalarias vestimentas de los miembros que integraban el *Ku Klux Klan* en la América profunda. ¿De dónde habían sacado a aquel personaje?

Mav pensó que se trataba de una maldita broma.

«Sí, eso es», se dijo.

Recordó un programa que solían emitir los fines de semana en las televisiones autonómicas: *¡Inocente, inocente!* En él, las personas eran objeto de bromas pesadas. Todo se grababa con una cámara oculta. Pensó en la cámara que colgaba de una de las vigas. Quizá formaba parte del juego.

—¡Ya lo pilló! Por eso está ahí la cámara, ¿no? ¡Ha sido César! Ese cabrón con el que trabajo me ha gastado una broma. Cuando le vuelva a ver se va a acordar. ¡Pues bien ya lo he descubierto! Se acabó toda esta farsa.

El penitente se detuvo junto al umbral de la puerta y le estudió de arriba abajo durante unos segundos. Desde su posición no podía verle bien los ojos. Sobrepasaba el metro ochenta de estatura y parecía ancho de espaldas.

—¿Crees que esto es una inocentada?

El cuerpo se le contrajo en un escalofrío de puro terror. Las palabras del cofrade sonaron como si su voz hubiese sido modificada por un programa de ordenador. Para hablar empleaba un distorsionador de voz. Su timbre era similar al de Billy, el muñeco que utilizaba uno de los protagonistas de la saga de películas *Saw* para comunicarse con sus víctimas.

—Sí.

Una risa fantasmal emergió de su garganta.

—Pues te equivocas, amigo.

No era su amigo. Si se le presentaba la oportunidad, le daría una lección. Apretó los puños, contuvo el aliento y sintió deseos de abalanzarse sobre él. No le aguantaría ni un par de asaltos.

—¿Quién eres?

—Eso no es de tu incumbencia.

«¡Claro que lo es, cabrón! Me tienes retenido entre estas cuatro paredes. Sí, por supuesto, que es de mi incumbencia», pensó.

—¿Por qué estamos aquí?

—Para ser alguien enjaulado haces demasiadas preguntas.

—¿Qué es lo que quieres?

—Todo a su debido tiempo.

—Creo que os habéis equivocado de persona.

El penitente le ignoró y dirigió sus pasos hacia Loli. El traje le quedaba un poco grande. En la pechera del atuendo tenía grabada una marca con forma de espiral. Con los bajos iba barriendo el suelo. Se preguntó quién era la persona que se escondía detrás del hábito.

—Acércate a la puerta de la jaula.

Ella obedeció sin rechistar.

—Ahora date la vuelta, estira los brazos hacia atrás y mételos entre los barrotes.

La mujer mostró una actitud sumisa.

—Eso es. ¡Así me gusta! Que no causes problemas.

El encapuchado sacó unas esposas del bolsillo y se las puso en las muñecas. Después introdujo una llave en el candado y abrió la puerta. Las bisagras emitieron un quejido. Loli dio un par de pasos hacia delante y se giró lentamente. Mav divisó un miedo atroz en su mirada. Su pecho no dejaba de bajar y subir.

—¡Déjala en paz, cobarde! —dijo envalentonado.

Ni siquiera supo de dónde había sacado las agallas para articular aquella frase en voz alta. Una cosa era pensarlo y otra diferente realizar alardes en público.

—¡Cállate, idiota! Si aprecias tu vida, no quiero oír ni una palabra más.

La voz metálica retumbó en sus oídos. La bilis le ardía en la garganta.

—¿Por qué no te metes con los de tu tamaño, eh? ¡Puto cobarde!

El penitente se giró, sacó una pistola del bolsillo y le apuntó a la altura de la cabeza.

—¿Qué has dicho?

El visitante parecía ofendido y no dudó en avanzar hacia él.

«Oh, oh, esto se pone feo», pensó.

Mav tragó saliva, dio varios pasos hacia atrás y contuvo la respiración. Aquella era la primera vez que veía un revólver tan cerca. Las armas de fuego le daban grima. Cuanto más lejos estuvieran, mejor. En una ocasión, cuando era niño, había disparado a unos pájaros con una carabina y, a consecuencia del retroceso, estuvo a punto de perder el ojo izquierdo. Por fortuna, el disparo no causó ningún daño a las aves.

—Lo... lo siento yo...yo...

Siguió acercándose. Mav retrocedió hasta que su espalda pegó en los barrotes. Notó la frialdad del metal en la nuca. Se le escapó un gemido. Estaba atrapado. No tenía escapatoria. Apenas les separaban cinco metros.

—Tú, ¿qué?

Le miró a los ojos. En esta ocasión sí pudo verlos bien. Reparó en que eran del color del alquitrán y había fuego en ellos. Supo que si abría otra vez la boca, el penitente apretaría el gatillo. A esa distancia resultaba un blanco fácil. Pensó en una muerte rápida. Las posibilidades de sobrevivir a un tiro en la cabeza eran nulas. Aunque también podía dispararle en el estómago y entonces sí que le haría sufrir. Podía estar agonizando durante horas.

—Yo... yo no pretendía ofender a nadie.

—¿No querías ofender, eh? ¡Repítelo si tienes huevos! —dijo desafiante.

Mav enseguida comprendió que los cementerios estaban llenos de héroes. Debía pensar en su pellejo. Si quería llevarse a Loli, ¿quién era él para oponerse? La acababa de conocer. Solo llevaban juntos un par de horas. Le importaba una higa lo que le ocurriese. Debía ser egoísta y pensar en él. Enfrentarse a un hombre que empuñaba una pistola constituía una temeridad. Levantó las manos en señal de rendición y agachó la cabeza, como si fuera un niño al que la profesora le ha pillado copiando durante el transcurso de un examen. Prefería seguir vivo y ser un cobarde. Las heroicidades se las dejaba a otros.

—¡Venga, valiente! Demuéstrame lo que me harías. Quiero verlo.

Había determinación en su mirada. Nunca había imaginado su muerte así. Solo. Enjaulado en una nave abandonada.

El desconocido le estudió con creciente interés.

—Te propongo un juego.

—No, no hace falta —dijo mientras alzaba la mirada.

—¡Ya verás lo divertido que es!

—Si mis palabras te han ofendido, te pido disculpas. No pretendía...

Abrió el tambor del revólver para que lo pudiera ver bien y dejó caer las balas al suelo. Los proyectiles resonaron con fuerza al impactar contra el empedrado. Mav los observó mientras rodaban en su dirección. Uno fue a parar a sus pies. Lo pisó.

—¡Acércate!

—No.

El cofrade cogió una bala, la introdujo en el tambor y lo giró varias veces.

—¡Ven o te mato aquí mismo como si fueras una maldita rata!

Un silencio sobrecogedor se adueñó de todos los rincones. Mav estaba temblando. El sudor le embadurnó el rostro. Tenía los ojos muy abiertos y la

adrenalina hervía en su interior. Caminó, de mala gana y con paso tembloroso, hasta los barrotes y se puso delante del desconocido. Casi pudo sentir la fetidez de su aliento.

—Así me gusta...

Le colocó el cañón en la frente. En cuanto sintió la frialdad del metal en la piel, cerró los ojos y tragó saliva. Pensó en sus padres y en Natalia. Tenía treinta y siete años. Aún le quedaban muchos sueños por cumplir. Su vida ya no dependía de él. Ahora estaba en manos de aquel loco. Se dio cuenta de que le temblaban las piernas. Siempre pensó que moriría de viejo en el sofá, atiborrado de cervezas, comida basura y patatas fritas, mientras veía una serie de televisión.

—Abre la boca —dijo.

—¿Qué?

—¡Ábrela!

La voz, distorsionada, retumbó en sus oídos.

—Haré lo que quieras. Lo que me pidas.

—¿A qué coño esperas? —gritó.

Le metió el cañón del arma entre los dientes y le miró desafiante.

—¿Sabes rezar?

—Noo sooy muyyy devotooo.

Su voz sonó ortopédica, como la de un individuo que padece una obstrucción nasal. Pudo oír los jadeos y el ruido entrecortado de su propia respiración. El corazón le latía a una velocidad vertiginosa. La ropa se le pegaba al cuerpo. Tenía las axilas empapadas y una capa de sudor le cubría la frente.

—Ahora vas a imaginar que la pipa es mi polla.

Él asintió con la cabeza. Por nada del mundo quería contrariarle. Si se movía era un hombre muerto.

—¿A que es grande, eh?

«¿Qué más quisieras! Seguro que no te la encuentran ni con lupa. Dime de qué presumes y te diré de qué careces», pensó.

—¡Niii Naaaacho Vidallll! —dijo.

El cofrade empezó a mover la pistola hacia delante y hacia atrás. Mav procuró que el cañón no le destrozara la dentadura.

—¡Así! ¡Eso es! ¡No pares!

Cada vez movía el arma con más rapidez.

—Eso es. ¡Ves qué bien lo haces, putita! Si en el fondo eres un julai.

En ocasiones se atragantaba.

—¡Ah, ah, ah! Eso es. Así. ¡Oh Dios! Sigue, sigue... ¡Oh Dios, qué gusto!
El cofrade no se detuvo hasta que simuló un orgasmo imaginario. Él volvió a abrir los ojos.

—¡Lo has hecho muy bien! Ahora vamos a cambiar de juego. Si mis cuentas son correctas, tienes un ochenta y tres por ciento de posibilidades.

El cañón seguía en su boca.

«Es el fin. Este cabrón me va a liquidar».

Casi lo tenía encima. Pensó en darle una patada en la entrepierna. No quería jugar a la ruleta rusa.

«Las armas las carga el diablo», pensó.

Vio el dedo mientras apretaba el gatillo. Decenas de pensamientos desfilaron por su mente. Se oyó un clic.

Mav se puso a devolver. El vómito salió en cascada de su boca, manchó el cañón y la camisa que llevaba puesta. También salpicó el traje del penitente.

—¡Serás cabrón!

Temblaba. Estaba fuera de sí.

—¿Lo probamos de nuevo?

—¡Noooo, por favooooor! —dijo entre lágrimas.

La bilis le caía por la barbilla.

Se escuchó otro clic.

—¡Joder, qué suerte tienes! ¿Me podrías decir el número que tocará esta semana en el sorteo de la lotería?

Para entonces, ya había mojado los pantalones y los mocos le sobresalían de la nariz.

Loli echó a correr con las manos esposadas a la espalda. Sus pisadas resonaron en el suelo. Tras unas cuantas zancadas llegó hasta la puerta. El encapuchado sacó el revólver de la boca de Mav, se giró y apuntó a su nuevo objetivo. La mujer se detuvo al oír el estruendo de la detonación. La bala pasó cerca de su cabeza.

—¿Dónde crees que vas?

—A... a ningún sitio.

Se acercó hasta Loli, la agarró del pelo y la tiró. Ella cayó de bruces sobre el cemento.

—¡No me hagas ningún daño, por favor!

Él le propinó un puntapié detrás de otro. La mujer trató de protegerse la

cabeza, pero las esposas se lo impidieron. Mav se tapó los ojos. No deseaba presenciar el macabro espectáculo. Ella gemía y sollozaba mientras le pedía que parase. Pero él continuó pateándole la cabeza, la espalda y las costillas. Un agónico resuello acompañaba cada una de sus respiraciones. Parecía un sádico. Disfrutaba con lo que hacía.

Tuvo ganas de gritar, pero se tumbó en una esquina de la jaula y trató de aislarse de cuanto ocurría a su alrededor. Pensó en cosas que le hacían sentir bien. Una ducha caliente. Una puesta de sol en la playa. Las canciones de los Rolling. Un gatito ronroneando a sus pies. Una tarde de mantita, cine y sofá. *Resacón en las Vegas. Blade runner. Los Simpson.*

Loli pedía clemencia. Los jadeos y los sollozos entrecortados llegaban a sus oídos como un eco lejano.

Aquello iba en serio. El tío estaba pirado. Le faltaba un hervor. No convenía que se enfadase. Imaginó que si hubiese apretado el gatillo una vez más habría muerto. De alguna forma, Loli, en la huída, le había salvado el pellejo.

—¡Te vas a enterar, puta! —gritó fuera de sí.

Tras agarrarla del pelo, el penitente se llevó a la mujer a la rastra y cerró la puerta detrás de sí.

Cuando se quedó a solas, muchas eran las preguntas que sobrevolaban por su cabeza.

¿Qué es lo que tenía pensado hacer con ella? ¿Él sería el siguiente? Debía pensar en un plan para salir cuanto antes de allí. Dirigió su atención hacia la cerradura. Arremetió con fuerza contra los barrotes. El eco metálico se propagó por la nave.

Supo que si no conseguía escapar, en breve moriría.

4

Natalia Rodríguez llamó al timbre varias veces, pero no obtuvo ninguna respuesta. El muy idiota había cambiado la cerradura y ahora no podía entrar en la vivienda que antiguamente compartían. Miró de nuevo hacia las ventanas del cuarto piso. Las persianas seguían subidas y en las cortinas no detectó el menor rastro de actividad. Eso solo podía significar una cosa: después de salir del trabajo tendría que volver.

«¿Dónde puede estar?», pensó.

En los últimos días le había llamado al móvil más de una docena de veces. Nada. No había forma de contactar con su ex. Lo había intentado en el móvil, pero una grabación no cesaba de repetir que el número marcado estaba apagado o fuera de cobertura en esos momentos. También le había enviado varios mensajes de correo que Mav no se había dignado en contestar.

Supuso que aún seguiría enfadado tras la ruptura. El fin de la relación no había sido algo que ella pudiera prever. Simplemente había ocurrido. El amor no era ningún chicle que se pudiese estirar de forma indefinida. Las cosas ocurrían por una razón.

Ella se había enamorado de otra persona. Así de simple. Fin de la historia. Por suerte, no tenían hijos ni una hipoteca que los uniera de forma permanente.

«Gracias a Dios», pensó.

De modo que la separación resultó mucho más fácil. Natalia recogió sus pertenencias una fría mañana de abril y terminó con seis años de relación. Con Mav supo que no iba a llegar a ningún lado. A pesar de poseer una licenciatura en Derecho y otra en Comunicación Audiovisual, su ex no tenía ninguna clase de aspiración. Estaba instalado en la mediocridad. Nada le motivaba. Nada le hacía ilusión. Desde la muerte de sus padres se limitaba a sobrevivir. Cada mañana se conformaba con subir la persiana del dormitorio y comprobar que el sol había salido un día más. Su ex estaba acostumbrado a las estrecheces. Sabía pasarlo mal. Se conformaba con poco. Nunca había tenido dinero y era poco amigo del lujo.

—Mientras tengamos para comer, un sitio donde estar y podamos pagar las facturas, ¿para qué queremos más? Con eso nos vale, ¿no? —decía.

Durante años había saltado de un empleo precario a otro: auxiliar administrativo, camarero, dependiente, teleoperador, fotógrafo, repartidor de publicidad o auxiliar de redacción eran algunas profesiones que figuraban en

su extenso currículum. Las empresas siempre le hacían contratos temporales que prorrogaban cada seis meses hasta un máximo de dos años. Después, le echaban a la calle. Además, Mav odiaba las ataduras y no quería asumir ninguna clase de responsabilidad.

Más de una vez, Natalia le había reprochado que no preparase una oposición. Al fin y al cabo, en el hipotético caso de que por uno de esos designios del azar obtuviese la plaza, era un trabajo para toda la vida.

—Se trata de estudiar, ¿no? Y en el fondo eso se te da bien —le dijo.

—Pues hazlo tú. ¿Sabes lo que implica opositar? En muchos casos es una pérdida de tiempo y dinero. Te apuntas a una academia, te gastas un montón de pasta y compites con otras personas que saben muchísimo más que tú. Estudiantes que llevan toda su vida preparando la oposición. Y, por si no lo sabías, muchas de las plazas que convocan los organismos oficiales ya están asignadas.

—Pe... pero si se trata de un concurso público.

—Eso recuérdaselo a la prima o al hermano del concejal de turno.

Se pasó la mano por el pelo y volvió a llamar al timbre con insistencia. A él no le había hecho mucha gracia que lo abandonase. Y cuando se llevó a Sid el problema se agravó.

Él adoraba al perro. Muchas veces llegó a pensar que lo quería más que a ella. Pero ahora, todo aquello había quedado atrás. Ella estaba con Alejandro y era más feliz de lo que había sido nunca. O eso, al menos, creía. Los primeros meses de una nueva relación siempre eran días de vino y rosas. Después, con el tiempo, comenzaban las discusiones y los problemas y todo iba a peor.

La puerta del portal se abrió y se quedó mirando a la señora de ojos claros, mirada inquisitiva y voz aterciopelada que acababa de salir. Era Ramona, la viuda del 4ºA. Como vivía sola y no tenía nada mejor que hacer, la mujer dedicaba su tiempo libre a espiar a los vecinos. Mav le había advertido que tuviera mucho cuidado con aquella arpía:

—¡Si puedes, evítala! Esa vieja es una metomentodo. Debería buscarse un ligue.

Con Ramona había que medir cada palabra. Cualquier gesto o expresión podían ser malinterpretados. El lema de Natalia se reducía a: «Vive y deja vivir».

¿Quién era aquella señora para fisgonear en la vida de los demás? Su día a día debía de ser muy tedioso. La imaginó con la oreja pegada a la pared

mientras trataba de enterarse de las miserias ajenas. O frente a la ventana, mirando a través de los visillos mientras ponía verdes a unos y otros. Como disponía de mucho tiempo libre, la mujer se había convertido en la cotilla oficial del barrio.

—¡Cuánto tiempo, guapa!

Su voz sonó más falsa que un billete de tres euros. Natalia forzó una sonrisa y pensó que se podía ahorrar los calificativos.

—Sí.

—¿Ocurre algo?

—Venía a ver a Maverick.

—¿No lo habíais dejado?

Ella siempre iba directa al grano. Se mordió el labio inferior y abrió bien los ojos.

—Sí, pero necesitaba hablar con él sobre ciertos asuntos. Y, por lo que veo, parece que no está —dijo señalando el timbre.

—Con lo buena pareja que hacíais. ¡Qué lástima que rompierais!

Ella asintió con resignación. Su ex estaba en lo cierto. Lo más conveniente era pasar de aquella mujer. Ignorarla por completo. Supo que si seguía hablando, terminaría sonsacándole la verdad. Y, quizá, dijera cosas inapropiadas.

—Si le ves, dile que me llame, por favor.

—Cla... claro. ¿Y dónde vives ahora?

Meditó la respuesta durante unos instantes.

«Y a ti, ¿qué coño te importa? ¿Quién eres tú para que tenga que contarte mi vida?», pensó.

—En... en la Alamedilla.

La viuda se quería enterar de todo.

—Buena zona. Yo conozco a una amiga allí. Vive en el bloque donde se encuentra la frutería.

«¿Y a mí qué cojones me importa a quién conozcas? Pesada, ¿por qué no me olvidas y me dejas en paz?»

—¡Ah, sí!

—Sí, a Hilaria, la hija de Julia que vive en...

Decidió cortar de raíz. Le importaba una higa Hilaria, Julia, Lucía o la vecina del decimoséptimo. No tenía ganas de perder el tiempo con aquella cotorra que solo albergaba rencor. Seguro que despotricaba a sus espaldas. Imaginó algunas de las barbaridades que podían haber salido de su boca

durante los últimos meses: «¡Menuda fresca está hecha la vecina del tercero! Esa chica es una pelandusca. ¡Una zorra! ¡Cómo ha podido abandonar a ese pobre chaval!»

—Tengo un poco de prisa. Así que, si no te importa, debo atender otras obligaciones.

—Iba a salir a hacer la compra. Si quieres te acompaño un poco y vamos juntas. Y así me pones al día.

«¿Al día? ¡Venga ya!»

—Te lo agradezco, pero no hace falta —dijo mientras negaba con la cabeza.

—Si no es ninguna molestia, mujer.

«Claro que lo es. Lo que me faltaba. Que se me acople esta petarda. ¡Si te aburres, te compras un caniche y lo sacas a pasear seis veces al día! O te pones a ver la telenovela y dejas de espiar a los vecinos. O, mejor aún, búscate un novio que te lleve a bailar. ¡Pesada!», pensó.

—Prefiero ir sola.

—¿Por qué? —dijo en un vano intento por alargar la conversación.

Comenzaba a perder la paciencia.

—Porque...

No quería ser maleducada. No obstante, Ramona no le daba demasiadas opciones.

«Algún día, alguien te partirá la cara».

—... Conoces el refrán, ¿no?

—¿Cuál?

—Mejor sola que mal acompañada.

Puso un mayor énfasis en las últimas dos palabras.

—Pe... pero qué dices, chica —dijo sorprendida—. Yo solo trato de ser amable.

«Es tan corta, que seguro que no lo pilla».

—Aplicate el cuento mala víbora y deja de meter la nariz donde nadie te llama. No te importa, ¿lo comprendes?

—¿Qué me has llamado? —dijo llevándose la mano hasta el pecho.

Parecía como si le fuese a dar una taquicardia. Se le aceleró el ritmo de la respiración y notó que echaba humo por las orejas.

—Lo que eres... una jodida olerona. Disfrutas oliendo los pedos de los demás.

Natalia forzó una sonrisa, se giró a toda velocidad y encaminó sus pasos

hacia la avenida de Portugal. Ni siquiera giró la cabeza.

—¡Pues a tu exnovio o lo que sea, le va a avisar tu padre, guapa! —gritó Ramona mientras le hacía una peineta.

«A palabras necias, oídos sordos», pensó.

No quería que aquella cotorra le arruinase la mañana. Caminó en silencio. Vio que era un día triste y el cielo permanecía encapotado. Desde hacía varios días, las nubes se habían adueñado del horizonte y no dejaban de descargar agua.

En el aire se podía oler el humo de las calefacciones. A pesar de que aún no eran ni las diez, los comercios ya habían abierto y algunos clientes observaban con atención los escaparates en busca de algún chollo. Apuró aún más el paso.

Las carreteras se encontraban llenas de vehículos. Cada poco los semáforos cambiaban de color. La ciudad comenzaba a desperezarse.

En Salamanca apenas había distancias. Para desplazarse de un sitio a otro no hacía falta recurrir al coche. Al ser una ciudad pequeña, se podía ir caminando a cualquier sitio. Incluso a los polígonos industriales. Ella no tardaba más de diez minutos en llegar al trabajo.

Su nueva pareja insistía en mudarse a Madrid, donde los sueldos eran mucho más altos. No obstante, Natalia se mostraba reacia. Prefería ganar menos dinero y disfrutar de una mayor calidad de vida. Ella no estaba hecha para pasarse horas y horas en el metro. Ni tampoco para entrar a las siete de la mañana y salir a las diez de la noche de las instalaciones de una fría oficina cuando ya hubiese oscurecido. Sabía que el trabajo de camarera y gogó era algo temporal. La juventud terminaba evaporándose. Algún día tendría que dejarlo. Pero mientras el cuerpo aguantase, seguiría. A veces, le tocaba lidiar con babosos, pero qué empleo no tenía sus inconvenientes. Si trabajabas en la mina, la silicosis se agarraba a los pulmones. Si eras teleoperadora debías aguantar a decenas de clientes maleducados durante toda la jornada laboral. Si te subías en el andamio de una obra, corrías el riesgo de que en cualquier momento te pudieras caer al vacío.

Un Peugeot 2009 estuvo a punto de arrollarla en el paso de cebra. El conductor frenó en seco, levantó las manos del volante y mostró sus disculpas. Natalia las aceptó. Vio la estela de goma que había quedado pegada en el asfalto. Pese a que se había sacado el carnet tiempo atrás, tenía pavor a los coches. Le estresaba conducir. En cuanto se subía a un vehículo, comenzaba a sentirse mal. Le dolía la cabeza, se mareaba y tenía ganas de

devolver. Los coches no estaban hechos para ella.

—Eso te pasa porque no estás acostumbrada a viajar —le decía Mav.
Quizá su ex estuviera en lo cierto. Detestaba salir de la ciudad.

Natalia era de Gerona y, tras terminar el instituto, se había trasladado a Salamanca con la intención de cursar la licenciatura en Administración y Dirección de Empresas. Durante el primer año acudió a clase con asiduidad. Pronto comprendió que los estudios de contabilidad no eran lo suyo. Durante el primer cuatrimestre, aprobó tres asignaturas y en el segundo otras dos. Tras nueve suspensos, decidió que no iba a malgastar el dinero de sus padres. Por la matrícula de la facultad habían pagado más de tres mil euros. De modo, que buscó un empleo por las tardes y se puso a trabajar. De lunes a jueves, ponía copas en un pub del centro y, los fines de semana, bailaba junto con otras dos chicas en una concurrida discoteca. Con lo que sacaba, tenía más que suficiente para afrontar los gastos del alquiler y comprar ropa y comida. Además, de vez en cuando, no dudaba en darse algún que otro capricho. Los relojes de marca solían ser su perdición.

Entró en el supermercado. Algunas estanterías se encontraban vacías. Se fijó en un montón de yogures con una etiqueta amarilla y circular que tenían un cincuenta por ciento de descuento. En el tercer pasillo se fijó en tres hombres que estaban reponiendo la sección de alimentación. Miró a derecha e izquierda, pero no vio a Maverick por ningún sitio. A veces, se encargaba de cobrar a los clientes.

Se acercó hasta el encargado. Un hombre de tez pálida, ojos verdes y boca desdentada. Su pelo era del color de la ceniza y tenía un lunar del tamaño de un botón en la mejilla izquierda. El sudor le resbalaba por la frente. Le sobaban más de quince kilos y llevaba un horrendo delantal rojo. Calculó que tendría unos cincuenta años. Por el aspecto dedujo que debía de ser Juan.

Su ex le había hablado muy mal de él: «¡Ese tío es un puto negrero! Nos trata como si fuéramos basura y nos obliga a meter un montón de horas. Y encima, luego, el cabrón no nos paga. ¡Menudo *hijoputa* está hecho! Y eso que la empresa no es suya».

Sonrió al recordar aquellas palabras.

—¡Hola! ¿Podría hablar con Maverick?

Juan dejó las cajas en el suelo, se pasó la mano por la frente para quitarse el sudor y miró a la mujer.

—Aquí no está —dijo molesto.

—¿Cómo?

—Hace tres días que no sé nada de él.

Eso sí que era inusual. En los últimos años, su ex no había faltado ni un solo día al trabajo. Mav nunca había estado de baja por temor a que lo despidieran.

—¿Y eso?

—Como no lo sepas tú, bonita... El muy cabrón nos ha dejado colgados. El viernes tenía que haber hecho un turno doble... Había que descargar un camión de conservas y no apareció. Si le ves, comunícale que no se moleste en venir más. ¡Está despedido! Aquí no queremos a ningún vago. ¡Esta es una empresa seria!

—Seguro que existe una buena razón.

—Pues ya es demasiado tarde. He contratado a otra persona.

Juan era uno de esos jefes que no creían en las segundas oportunidades.

Ella se marchó del supermercado con un terrible malestar. Algo no iba bien. Una cosa era que Mav no quisiera hablar con ella y otra que no acudiera a su puesto de trabajo. Tuvo un mal presentimiento. Le había ocurrido una desgracia. De eso sí que estaba segura. Para esas cosas poseía una especie de sexto sentido. Su madre le había confesado en más de una ocasión que tenía algo de bruja.

Apuró el paso. Por su mente danzaban decenas de ideas. Cada cual más sobrecogedora. Sopesó la posibilidad de acercarse hasta la comisaría de la Gran Vía. El jefe de Mav no le había visto desde el miércoles. Enseguida se puso a revisar los mensajes que tenía en el teléfono. Estaba intranquila. Miró algunos *wásaps* antiguos de su ex.

Una furgoneta se detuvo detrás Natalia. Ella estaba tan absorta en los mensajes del móvil que ni siquiera se enteró. Un tipo la agarró por la espalda, le puso un pañuelo con cloroformo en la boca y, antes de que pudiera gritar, la introdujo en el interior del vehículo. Después cerró la puerta, arrancó la furgoneta y se mezcló con la jauría de coches que poblaban la carretera.

Todo sucedió tan rápido que ni los transeúntes se percataron de lo que acababa de ocurrir.

5

Había perdido la noción del tiempo. Desconocía cuánto llevaba en el interior de la jaula. Desde que le encerraron, no había ingerido ninguna clase de alimento. Se sentía desorientado y débil. Miró con ansia el bocadillo que reposaba en el plato y pensó en cogerlo. Tan solo le daría uno o dos mordiscos para calmar el hambre. No obstante, tenía miedo de que el penitente hubiera echado alguna clase de droga o veneno. Al agua, sin embargo, sí había sucumbido. Por desgracia, la sed había podido con él. Tuvo la impresión de que tras beber había pasado algún tiempo dormido. Seguramente, había echado un somnífero en la botella.

Después de la paliza que le había dado a Loli, no se fiaba del psicópata disfrazado de cofrade. En las últimas horas le había visto un par de veces. Siempre para traerle algo de alimento. Tras la ingrata experiencia de la ruleta rusa, no había intentado entablar una conversación con él. ¿De qué serviría razonar con semejante demente? Él se había limitado a dejar un plato frío con un sándwich y unas cuantas sobras y después se había vuelto a marchar. Dedujo que le estaba controlando a través de la cámara.

Mav se hallaba tumbado sobre un viejo colchón que olía a pis y heces y, de vez en cuando, observaba los cristales de las ventanas. Imaginó a varios agentes mientras echaban la puerta abajo e irrumpían de forma apresurada en la nave. La imagen de los policías le devolvió a la realidad. Se preguntó cuánto tiempo más le iba a mantener retenido. Empezaba a estar cansado de aquella situación.

«Lo que daría por una ducha caliente y un par de chocolatinas. Uno no valora su libertad hasta que la pierde», pensó.

Se consoló con la idea de que no le habían metido en ningún zulo. En la jaula, al menos, podía moverse y estirar un poco las piernas. Aunque el paisaje que le rodeaba no era el ideal, podía ver la luz que se filtraba a través de los ventanales. Pensó en Ortega Lara, el funcionario de prisiones al que la organización terrorista ETA mantuvo secuestrado durante casi dos años en un minúsculo zulo, situado bajo el suelo de una nave industrial, en la localidad guipuzcoana de Arrasate. Si comparaba el lugar de encierro con el de Lara, lo suyo casi era un palacio.

Apeataba a sudor. Le picaba la barba. Cuando estaba varios días sin afeitarse, le salían un montón de granos.

Echó otro vistazo al bocadillo y decidió cogerlo. Levantó la tapa de pan y

vio un par de lonchas de queso y jamón de york. Las devoró con ansia, como si fuese un lobo que llevaba semanas sin comer. También dio buena cuenta del pan. Le supo a gloria.

Al concluir, se puso a realizar estiramientos. Le convenía moverse un poco. Algo de deporte no le vendría nada mal. Llevaba parado mucho tiempo. Como no deseaba que se le atrofiasen los músculos, realizó tres series de cincuenta abdominales. Debía estar alertar por lo que pudiese suceder.

Había hecho sus necesidades en una esquina y el olor a mierda flotaba en el interior de la jaula. Lo más curioso de todo era que había conseguido acostumbrarse al olor. Así vivían las vacas. Entre pajas y sus propias heces. Lo mismo sucedía con los cerdos.

«Vaya vida más asquerosa», pensó ofuscado.

Cuando empezó a notar molestias en el vientre, cambió de posición y realizó seis series de diez flexiones. Tenía los brazos oxidados. Apenas podían soportar su peso. Él no era muy dado a realizar ningún deporte. Con el trabajo tenía suficiente. Más de una vez, como propósito de año nuevo, había pensado en apuntarse a un gimnasio. No obstante, cuando concluía la jornada laboral no le quedaban fuerzas ni para sonreír.

—De este año no pasa —decía a Natalia cada treinta y uno de diciembre, poco antes de comerse las doce uvas delante de la televisión.

—Sí, claro. Como el año pasado y el anterior, ¿no? —le replicaba.

Se preguntó qué habría sido de Loli. Desde la paliza no sabía nada de ella. Eso solo podía significar que o bien la había liberado o, por el contrario, estaba muerta. Se decantó por la segunda opción. Seguramente, la había asesinado a golpes.

Escapar de aquel sitio resultaba una misión imposible. Quizá si hubiese sabido algo sobre forzar cerraduras puede que hubiese tenido una posibilidad. Él no era ningún Houdini. Por desgracia, las puertas no se abrían solas. De modo que no le quedaba más remedio que obedecer. Hasta el momento, el secuestrador no le había contado nada sobre cuáles eran sus intenciones. Si se trataba de una cuestión económica, no vería ni un céntimo.

Comenzaba a desesperarse. Cuando una persona estaba encerrada debía buscar una distracción. De otra forma, la cabeza no dejaba de darle vueltas. Cuando eso ocurría, corría el riesgo de volverse loca. Lo había visto en algunos documentales y lo había leído en un par de novelas policiacas. Pensó en los presos yihadistas de Guantánamo que apenas podían ver la luz del sol. En los reclusos condenados a cadena perpetua que se pasaban las horas

mueras en el interior de una minúscula celda. Ahora él comprendía lo que podían llegar a sentir detrás de unos barrotes. Pese a ello, él no había cometido ningún delito.

Cuando el penitente entró, Mav metió la cabeza entre las piernas, como un sumiso animal que se ha resignado a su suerte. Fue hacia él. El eco de sus pasos resonó en la nave. Como había aprendido la lección, contuvo la respiración y permaneció en silencio. Evocó una vieja cita de *Groucho Marx* que circulaba por el ciberespacio: «Es mejor permanecer callado y parecer tonto que hablar y despejar las dudas definitivamente». No quería contrariarle.

El secuestrador tiró una capucha entre los barrotes.

—¡Póntela! —dijo.

La voz distorsionada le heló la sangre. Se incorporó despacio sin saber lo que quería de él. Ni siquiera lo miró. Recogió la capucha del suelo y, en cuanto se la puso en la cabeza, se hizo la oscuridad.

—Acércate a los barrotes y estira los brazos.

Le hizo caso. Unas esposas se aferraron a sus muñecas. Tragó saliva. Decenas de pensamientos se sucedieron en su mente. Oyó el ruido de las cadenas y los goznes de la puerta mientras se abría.

Le obligó a salir de la jaula y lo condujo fuera de allí. Sintió la boca de la pistola en la zona lumbar. Después entraron en otro edificio. Lo dedujo por el ruido de la puerta al abrirse y al cerrarse y también por el cambio de temperatura. Allí hacía mucho más calor. Escuchó el eco de los pasos conforme avanzaban. Subieron unas escaleras de caracol y caminaron durante cinco minutos más. De repente, le dijo que se detuviera y entraron en otra habitación.

El cofrade le quitó las esposas, hizo que se tumbara y le volvió a esposar a lo que resultó ser una camilla. Luego tiró de la capucha y la cara de Mav quedó al descubierto. El sudor le había cubierto el rostro. Entornó los párpados y trató de adaptar la visión a la luminosidad de la sala. Le cegaban los destellos que emitían los focos.

«¿Dónde estoy?»

Aquello parecía un laboratorio. Azulejos blancos, una mesa, un par de sillas, un armario empotrado y un quirófano portátil. De reojo, vio algunos frascos que descansaban encima de una estantería metálica. No supo lo que contenían todos aquellos botes. Dedujo que serían drogas o calmantes. El lugar estaba muy limpio.

—¡Ni se te ocurra hacer una gilipollez! —le advirtió antes incluso de que

pudiera moverse.

Así que era eso. El maldito tráfico de órganos. ¿Qué le quitarían? ¿Un riñón? ¿El páncreas? ¿Las córneas? ¿Uno de sus pulmones? ¿Los dos? Solo con pensarlo le entraron escalofríos. Trató de aferrarse a la idea de que todo era un sueño.

—¿Qué pretendes?

—¡No sufras! Será rápido.

—¿Rápido?

—Sí.

—¿De qué coño hablas?

Mav movió los brazos, trató de levantarse de la camilla, pero las esposas se lo impidieron.

—¡Que te estés quieto, joder!

La voz metálica resonó con fuerza en la habitación.

No se lo iba a poner fácil. Pelearía por su vida. Estaba en lo cierto. Aquel malnacido quería sus órganos. Trataría de drogarle y después. Mejor no pensarlo.

—¡Y una mierda!

Lanzó unas cuantas patadas al aire y movió las manos todo lo que le permitían las esposas.

—No me obligues a ponerte una camisa de fuerza.

El penitente se acercó hasta él y comenzó a darle puñetazos en el estómago.

—Que te jodan —farfulló entre dientes.

Trató de doblar el tronco con la intención de cubrirse la tripa con las piernas. Enseguida se quedó sin aire. Sintió que se ahogaba.

—¡Ah, ah, ah!

No se iba a rendir a las primeras de cambio. Abrió la boca y amenazó con morderle. Si algo sabía era que aquel malnacido no le iba a abrir en canal mientras estuviese consciente y le quedase un ápice de fuerza.

El cofrade siguió dándole golpes. Mav aulló y trató de protegerse. La lluvia de palos caía de forma indiscriminada: en las costillas, en el esternón, en el vientre. De cuando en cuando dejaba escapar un aullido de dolor.

—¿Quieres más?

—¡Mátame si te atreves!

Le agarró del cuello y comenzó a estrangularlo. Notó la falta de aire en los pulmones. La cara adquirió una tonalidad morada. Se retorció a causa del

dolor.

Era una pelea desigual. Mav intentó golpearle con la rodilla, pero el penitente se colocó a un lado y esquivó cada embestida. Durante unos instantes, tuvo la impresión de que si se esforzaba un poco más podría volcar la camilla. Si lo conseguía, quizá ganase algo de tiempo.

—¡No, por favor! Ya basta —dijo Mav mientras trataba de recobrar el aliento.

Al cabo de un rato le soltó.

—Pues no te muevas.

El secuestrador jadeaba.

—¿Qué harás conmigo?

—Todo a su debido tiempo.

El cofrade cogió una ampolla, la abrió con mucho cuidado e introdujo la aguja de la jeringuilla en el líquido. Tiró del émbolo hacia atrás y la jeringa aspiró la sustancia. Le buscó la vena en el brazo y trató de pincharle.

—¡Si no quieres que te haga más daño, estate quieto, joder!

Mav se resistió.

—¿Qué es eso?

—Nada. Solo serán unos segundos.

Odiaba las inyecciones. De pequeño, el practicante le había puesto muchas, siempre a traición. Su madre debía ingeniárselas para distraerle mientras le ponían las vacunas. A veces, le sobornaba con algún juguete o golosina si accedía a que le pinchasen. Él solía mostrar una actitud hostil. Pataleaba e intentaba evitar por todos los medios que le hicieran daño. Las inyecciones le dejaban el culo rojo e hinchado, como la picadura de una abeja.

—¡Y una leche!

Sintió el pinchazo de la aguja. Arqueó la espalda. Un líquido fluyó por sus venas. Su corazón latía con más fuerza que nunca. Apretó los dientes con ira. Se retorció en la camilla como un pez al que el anzuelo de un pescador ha sacado del agua.

—¿Ves? No ha sido tan difícil.

—¡Hijo de perra! ¿Qué me has puesto?

—En cuarenta y ocho horas estarás muerto.

—¿De qué hablas?

—La dosis que te he administrado es letal... a menos que te suministre este antídoto —dijo mientras sostenía un frasco con los dedos.

Mav estuvo a punto de echarse a reír.

—¿Este es otro de tus jueguecitos?

—No. El martes, a estas horas, habrás pasado a mejor vida. A no ser... que me hagas un pequeño favor.

—¿De qué se trata?

—Esa es la actitud que más me gusta.

Abrió un cajón del armario y sacó una carpeta azul en cuyo interior había un dossier con anillas. Cogió un par de fotografías que se encontraban ocultas entre las hojas y se las mostró.

Vio el rostro de una mujer de ojos azules, con pecas y arrugas alrededor de los ojos. Tenía las facciones delicadas, la piel más blanca que la leche y el cabello, pelirrojo, recogido en una coleta que le caía sobre el hombro izquierdo. No parecía muy alta. Aparentaba entre treinta y cinco y cuarenta años. Aunque quizá tuviera alguno más. Parecía extranjera. A primera vista, no le resultó demasiado atractiva. A él le atraían las mujeres jóvenes con un físico espectacular.

—Que liquides a esta mujer.

Aquel loco deliraba.

—¿Estás mal de la cabeza? Yo no soy ningún sicario. ¿No puedes hacerlo tú? ¿Ahora te faltan agallas? Con Loli, se te ha dado muy bien, ¿no?

—Morirás en dos días —dijo mientras sostenía la vacuna entre los dedos.

—Me da igual.

—¿Cómo?

—Tampoco tengo mucho que perder. No tengo hijos ni familia. Durante años, mi vida ha sido una puta mierda. Así que, morir puede que sea un descanso. Quizá me has hecho un favor.

—¿Con que un favor, eh?

El penitente sacó un móvil del bolsillo, hurgó en los archivos y le mostró un vídeo. Se quedó helado. La cara le cambió de color. Entornó los ojos para verlo bien.

En la pantalla aparecía su ex.

¿Qué hacía allí Natalia? Estaba sentada en una silla y le habían atado los brazos y las piernas con cinta americana. Vislumbró la desesperación que desprendían sus ojos. Lloraba y farfullaba palabras ininteligibles a la cámara. Lo estaba pasando muy mal. El secuestrador congeló la imagen para que viese el rostro con claridad. Detrás de ella visualizó unas paredes mugrientas.

—Tu novia está en nuestras manos.

—Exnovia. Mi relación con ella terminó hace tiempo. Así que... me la

pela lo que le pueda ocurrir. Ella me abandonó como si fuera un trapo viejo. Además, me quitó a mi puto perro. Lo que le suceda ya no es asunto mío. Deberías ir a por su nuevo maromo. Ese sí que es un cabrón —dijo con frialdad.

Mentía, pero su tono de voz había resultado convincente. Sí que le importaba. Aunque ya no estuviesen juntos la seguía queriendo. Seis años de relación no se olvidaban de un día para otro. Ella le había dejado un profundo vacío, un enorme pozo en el que se ahogaba todas las noches. Dudaba que ese agujero lo pudiera llenar otra mujer.

—Como quieras.

Marcó un número de teléfono y dejó puesto el manos libres. Se oyeron un par de tonos. Al otro lado de la línea alguien descolgó.

—¿Sí?

Era la voz de una mujer. La reconoció. Pertenece a Casidiosa, la mujer con la que había quedado a través de aquella maldita aplicación.

—¡Pon al teléfono a nuestra nueva amiga!

—De acuerdo. Ahora te la paso.

Tras unos segundos oyó:

—¡Por favor, necesito que me ayuden!

Se quedó helado al escuchar a su ex. Hablaba entre lágrimas y parecía muy nerviosa.

—¿Estás bien? —dijo.

—Mav, ¿eres tú?

—Sí, soy yo.

—¿Qué es todo esto? ¿En qué andas metido?

—Yo, yo...

No supo qué decir.

—Parece que nuestro amigo no desea colaborar. Ya sabes lo que debes hacer. ¡Mátala! Hazlo sin contemplaciones —dijo el penitente.

—¡Desde luego! —dijo Casidiosa.

Estuvo a punto de saltar de la camilla. Los ojos se le salieron de unas cuencas que, instantes antes, parecían hundidas. Su cara era una furiosa mueca.

—¡No! ¡No! ¡Espera! —gritó desesperado.

Se escuchó el ruido de un disparo. La línea se cortó.

Pi. Pi. Pi. Pi. Pi.

—Demasiado tarde, amigo.

6

Maverick conducía con cautela por una carretera secundaria. Aún no había decidido qué hacer con la mujer que llevaba en el maletero. Estaba nervioso y apenas podía pensar con claridad. Decenas de pensamientos hervían en su cabeza. A ambos lados de la vía, los árboles se sucedían con rapidez y parecían estar unidos por las ramas. El cielo estaba preñado de nubes grises que presagiaban una tarde lluviosa. Las siete horas transcurridas le habían resultado frenéticas.

El recuerdo de Natalia pasó por su mente. Su ex aún seguía viva. O eso quería creer. Instantes después de que se cortase la comunicación, el penitente volvió a llamar por teléfono a Casidiosa. Ella le puso con su ex. Natalia estaba asustada y no sabía en qué lío se había metido. Hablaba con dificultad. Arrastraba las frases. Tartamudeaba cada poco. Le confesó que estaba bien, pero que no sabía por cuánto tiempo. Le contó que estaba preocupada por él. Había ido a su casa y al supermercado porque necesitaba un favor y no tenía noticias suyas. Mav le dijo que se tranquilizase. Los dos saldrían de aquel agujero.

Después de eso, el penitente colgó.

—Tú y tu ex terminaréis mal... a no ser.

En ese momento, solo existía una salida.

—Que mate a la mujer de la fotografía.

—Veo que empezamos a entendernos. En cuanto ella esté muerta... Natalia será liberada y tú recibirás el antídoto contra el veneno. Aún te quedan cuarenta y siete horas y cincuenta y cinco minutos. No, cincuenta y cuatro — dijo mientras miraba un reloj de pulsera.

—¿Quién es ella?

—Eso carece de importancia. Además, no te importa.

—Si la tengo que matar... al menos me gustaría saber qué es lo que ha hecho.

—Eso no te hará sentir mejor. Te lo digo por experiencia. Lo único que necesitas saber es que esa mujer debe morir. Te facilitaré su dirección y, cuanto antes lo hagas, mejor para todos. ¡Tu ex seguro que te lo agradecerá!

—¿Y qué garantías tengo de que vayas a cumplir tu parte del trato?

—No tienes ninguna garantía, pero si te sirve de consuelo, mi palabra... va a misa.

—¿A misa?

—Sí, soy muy devoto. Me gusta mucho la Semana Santa —dijo mientras se alisaba el vestido.

—Matar es pecado, ¿no?

—Existen pecados más graves que la muerte.

—Ah, sí, ¿cuáles?

Se oyó una risa metálica.

—La estupidez y la mentira.

Mav decidió seguirle la corriente. Aún no había decidido nada. Si ese trato le servía para que le soltara, sería capaz de vender su alma al diablo. En cuanto estuviese lejos de allí, se personaría en las dependencias policiales. Le contaría a la Guardia Civil todo lo que había sucedido en los últimos días para que lo investigasen. Aquel sujeto era una persona peligrosa. No podía seguir en libertad durante más tiempo. Supuso que habría más víctimas.

—Yo soy un hombre de palabra.

—Me alegro.

—Antes de dejarte libre quiero dejar las cosas claras. Odio los imprevistos. Por lo que has podido ver, yo siempre juego con las cartas marcadas. Me gusta ganar. Si me traicionas Natalia morirá con tan solo una llamada de teléfono. Y su muerte será horrible. La chica sufrirá lo que no está escrito. Después de violarla por todos los orificios, le cortaré la cara, las tetas, el culo, el coño. Le sacaré los ojos y la descuartizaré. Tu amiga correrá la misma suerte que Loli. Bueno, ella no se puede quejar. La suya ha sido una muerte dulce. Ah, recuerda una cosa: si no te pones este antídoto, date por jodido. En menos de veinticuatro horas notarás taquicardias, palpitaciones, dolores en el pecho y una terrible sensación de cansancio y malestar. Si me traicionas y acudes a la policía, será tu fin. Por muchos análisis que te hagan en el hospital no encontrarán ni rastro de la sustancia que te he inyectado. Es un virus experimental. Pasarán semanas hasta que sepan la causa de tu fallecimiento.

Se quedó bloqueado. ¿Y si estaba en lo cierto? ¿Y si solo le quedaban dos días? Aquel desequilibrado le había infectado con Dios sabe qué. La cuestión que tenía que resolver era si sería capaz de matar. Su vida y la de Natalia por la de la mujer pelirroja que aparecía en la fotografía. Sin embargo, le asaltaron las dudas. ¿Qué credibilidad tenía aquel individuo? ¿Podía fiarse de él? Claro que no. ¿Y si después de cumplir su parte le dejaba en la estacada? Ya había comprobado cómo se las gastaba con Loli. Aquel sujeto no se andaba con rodeos. Era peligroso.

El penitente le puso de nuevo la capucha en la cabeza, le quitó las esposas y le sacó de la habitación. Mav pensó en salir corriendo, pero en cuanto notó el cañón de la pistola en la espalda, decidió cambiar de idea.

—Voy a volver a esposarte y nos marcharemos en coche.

Mientras caminaba hacia el vehículo, Mav agudizó el oído. A la hora de localizar un lugar los sonidos eran muy importantes. Algunas personas invidentes visualizaban los espacios a partir de los ruidos de los objetos. Prestó atención a los pájaros y a lo que le pareció el runrún de un intermitente motor de riego. La nave en la que le habían tenido retenido debía de hallarse en una zona apartada. En el polígono de los Villares no había vegetación ni pájaros que piasen. Tan solo sonidos de coches, camiones y cláxones. Supuso que quizá podía encontrarse en una finca. En la provincia de Salamanca había muchas. Como el entorno era una zona propicia para las dehesas, abundaban las naves donde los ganaderos metían las reses.

Por el camino por el que circulaban había un sinfín de baches. Su espalda golpeaba constantemente contra el respaldo. El automóvil no paraba de dar botes. El viaje duró más de treinta minutos. El cofrade le obligó a bajar, caminaron durante un rato y finalmente le quitó las esposas.

—Cuando hayas liquidado a esa puerca, grabas un vídeo y lo envías al número que hay en la agenda del móvil.

—¿Qué móvil?

—Ya lo verás después. Llévalo siempre contigo. Dime que lo has entendido.

—Sí, claro —dijo tras asentir con la cabeza.

—Ahora quiero que cuentes hasta cien. Cuando llegues, puedes quitarte la capucha.

Desde luego que no iba a llevarle la contraria. Antes de que el vehículo hubiera desapareció en la línea del horizonte, se deshizo del saco que le cubría la cabeza. Una ligera brisa le sacudió la cara. Estaba sudando. Entornó los párpados para adecuar su vista a la luz. Miró hacia atrás. Le sorprendió un nubarrón de polvo que se perdía en la distancia.

A su lado distinguió una mochila como la que llevaban los niños al colegio. La abrió e hizo un inventario de lo que había. Al coger la pistola, sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. Ni siquiera sabía disparar. Ya se preocuparía de ese detalle más adelante. También había una cartera con efectivo. Contó unos mil doscientos treinta euros. Un teléfono de prepago. Algo de ropa limpia. Una foto de la mujer a la que tenía que liquidar junto con

su dirección y un reloj que contabilizaba el tiempo que le quedaba de vida. Cuarenta y seis horas y veinte minutos y bajando.

Volvió a guardar todos los enseres y se echó la mochila a la espalda. Al mirar a su alrededor descubrió que se hallaba en una escombrera. Aunque la maleza cubría parte del lugar, vislumbró restos de ladrillos, tazas de váteres destrozadas, una bañera hecha añicos, trozos de tuberías y sacos viejos y bolsas de basura.

Lo principal era salir de allí. El tiempo corría en su contra. Sorteó la pila de escombros y anduvo durante un buen rato hasta alcanzar la carretera. Siguió la estela de los hitos que había un poco más allá del arcén. Si se cruzaba con algún coche, haría autoestop. No confiaba en que los conductores se detuviesen, pero tampoco podía hacer otra cosa. Cada poco giraba la cabeza para comprobar si se aproximaba algún vehículo. Aquella vía era un tramo comarcal. Con toda seguridad solo la usaban los vecinos de los pueblos de alrededor y los tractores cuando se dirigían a arar o a cosechar las tierras. A lo lejos, se alzaba una nave para el ganado. Por la parte izquierda pudo distinguir decenas de alpacas, unas encima de otras.

De repente, detrás de él, oyó el ruido de un motor. Se giró y vio un Peugeot 2008 de color azul. Estiró el brazo y levantó el pulgar hacia arriba. Pensó que no le harían caso. Cuando el coche llegó a su altura frenó y le envolvió una polvareda. El conductor bajó la ventanilla, estiró el cuello y le miró con suspicacia desde el asiento del copiloto.

—¿Te has quedado tirado? —dijo un hombre robusto, con barba y pinta de borrachín.

A primera vista le pareció un espantapájaros. Le recordó a una de esas personas que en los bares siempre están instaladas en la barra con una copa en la mano. Tenía la frente angulosa, los ojos saltones y los mofletes más rojos que los tomates. Reparó en las gafas de culo de vaso que le caían sobre una nariz ganchuda y carente de atractivo. Vestía una camisa blanca con rayas verdes. Como tenía los tres primeros botones desabrochados, se fijó en la cantidad de vello que le sobresalía del pecho.

—Algo parecido. ¿Cuánto queda para Salamanca? —dijo.

—Poco. Esta es la carretera de Beleña. Yo voy para allá. Si quieres te llevo.

Cuando llegó a casa lo primero que hizo fue registrar a conciencia las habitaciones. No encontró nada. Aparentemente, todo seguía igual. Finalmente, encendió el calentador, se desnudó en el pasillo y se dio una ducha caliente. Agradeció el agua mientras le caía por la piel. Olía a sudor. Se restregó con la esponja todas las partes del cuerpo y le entraron ganas de llorar. Había estado más de seis días encerrado. Lo había pasado realmente mal.

Cuando terminó de lavarse, se puso algo de ropa limpia que encontró en el armario y valoró sus opciones. No podía permitir que Natalia muriese. Aunque ya no fueran pareja, estaba obligado a ayudarla. Más allá de la moralidad, el dilema era claro: una vida por otra. Bueno dos: la suya. Pero esa ya no importaba demasiado.

Vació la mochila encima del sofá e hizo inventario de lo que había. Cogió la fotografía y la tarjeta con sumo interés. Estudió la dirección. Reparó en los caracteres que alguien se había tomado la molestia de escribir. Se quedó pensativo durante unos instantes. Dejó la foto y sacó el arma. Le embargó una mezcla de miedo y poder. No pesaba demasiado. Pistolas había visto muchas. Sobre todo en las películas y en los documentales que emitían en la televisión.

Encendió el portátil y se puso a navegar por internet. Al cabo de un rato, averiguó que el arma que le habían entregado era una Sig Sauer P226 de 9 milímetros. Una pistola semiautomática muy común que utilizaban numerosas agencias y fuerzas de seguridad en Estados Unidos. Se fijó en que habían borrado el número de serie.

Tecleó en YouTube “Disparar una Sig Sauer P226” y un listado de vídeos apareció en la pantalla del monitor. Pinchó en el primero y vio a un hombre, vestido con ropa de militar, apuntando a unas latas. Se fijó en la forma en que flexionaba los brazos y en cómo echaba el martillo hacia atrás. Cuando abría fuego, la pistola retrocedía. De modo que cuando él disparase debía tener mucho cuidado si no quería quedarse sin dientes. Aprendió a sacar el cargador y contabilizó doce proyectiles.

¿Sería capaz de asesinar a sangre fría a una mujer indefensa? Apuntó hacia el techo, condujo el dedo hasta el gatillo y simuló un disparo imaginario. Bang. Bang. Bang. Repitió la operación varias veces más. Finalmente, apagó el ordenador, cogió el fajo de billetes que le habían proporcionado, el reloj con el tiempo que le quedaba, el teléfono móvil y se metió la Sig Sauer en el bolsillo de la cazadora. Antes de salir del piso, se caló una gorra azul de los

Memphis Grizzlies para ocultar su cara. La gorra venía de regalo en una revista de la NBA que compró tiempo atrás. No hizo ruido al cerrar la puerta.

En el rellano se cruzó con Ramona. Allí estaba la mujer, omnipresente. La vieja le observó como si le hubiera echado un mal de ojo. No se saludaron. Si las miradas matasen, aquella se habría cobrado su vida de inmediato.

«¡Ni que tuviera la peste, joder! Que te den, jodida cotilla menopáusica. ¿Qué es lo que te pasa?», pensó.

La vieja le caía mal. Él la había bautizado como la Olerona. Ramona disfrutaba oliendo los pedos de todo el mundo. Cuando pensaba en ella la imaginaba como un perro callejero que se ponía a olfatear cada metro cuadrado de la calle. O como esos otros chuchos a los que les gustaba oler los culos. Supuso que en cada bloque de viviendas debía de existir un ejemplar similar. El «homo *hijoputis*» se prodigaba en el barrio. Hij@s de puta había much@s. Pero como Ramona muy poc@s. Si en algo se había licenciado la anciana era en el arte de malmeter y echar mierda a sus semejantes. Los programas del corazón que emitían por la tele se habían perdido a una magnífica tertuliana. Su presencia en ellos hubiese dado mucho juego. Era experta en abrir heridas y generar polémicas.

Cuando salió a la calle, comprendió que estaba a punto de cruzar una línea roja. Si la traspasaba, no podría volver atrás. Nadie le aseguraba que fueran a liberar a Natalia si hacía lo que le había ordenado el cofrade. Se le pasó por la cabeza acudir a una comisaría. De inmediato, pensó que no le creerían. Aunque si les entregaba la pistola, el teléfono de prepago y el dinero, tal vez podrían investigarlo. Pero ¿y la sustancia que fluía por sus venas? Se percató de que no le quedaba mucho tiempo. Las agujas del reloj avanzaban con premura. Estaba indeciso y cada vez le quedaba menos tiempo.

«Ser o no ser », pensó.

Sacó una moneda del bolsillo y la lanzó al aire.

Lo dejó todo en manos del azar. La mala suerte era lo que le había llevado hasta allí.

Salió cruz.

Acababa de tomar una decisión. Caminó hacia la comisaría. Bajó por la avenida de Italia. En unos minutos alcanzó la avenida de Mirat. Había un atasco monumental a la altura de la Alamedilla. Cuatro carriles llenos de coches. Los conductores aguardaban a que un agente de tráfico les diese el paso. Cuando se encontraba a escasos metros del letrero donde se leía Policía Nacional, sonó el móvil que llevaba en el bolsillo. Se sobresaltó. De forma

instintiva echó un vistazo en todas las direcciones. Miró también hacia los bloques de pisos, las ventanas, los balcones y las azoteas. Al descolgarlo, reconoció la voz distorsionada del cofrade.

—¿Dónde coño crees que vas? ¿No tienes un encargo que hacer?

Mav puso la radio para silenciar los golpes que salían del maletero. La mujer debía de estar furiosa. Llevaba allí dentro más de veinte minutos. En la emisora, el locutor del programa había pinchado un viejo éxito de *The cure* de finales de los años ochenta. Se sabía de memoria *Friday, I'm in love*. Miró por el espejo retrovisor para cerciorarse de que no le seguía ningún vehículo. Tras circular por la Nacional 501 dejó atrás el pueblo de Calvarrasa de Abajo y cogió el desvío hacia el pantano de Villagonzalo.

Los agricultores aún no habían cosechado el maíz de los campos y eso que las mazorcas ya estaban bien secas. Tras reparar en una señal de tráfico, condujo con cuidado por si le salía algún jabalí. Por aquella zona ya habían ocurrido varios accidentes. Los animales salvajes salían por las noches en busca de comida para sus crías y no dudaban en cruzar la carretera en el momento más inesperado. El paisaje le resultó bonito. Nada que ver con los códigos de barras de ladrillo y hormigón que estaban omnipresentes en las ciudades. Una tonalidad amarillenta se fundía con el grisáceo de las nubes. La instantánea le trajo a la memoria los cuadros románticos de Caspar David Friedrich.

Tardó tres minutos en atravesar el pueblo de Machacón. Cogió el segundo giro a la izquierda y subió por un camino rural que solían frecuentar los aficionados a la bicicleta de montaña. Se trataba de un sendero de grava y arena. Al circular por él, las ruedas levantaron una nube de polvo. Cada poco miraba hacia atrás. A lo lejos se iban difuminando los bloques homogéneos de casas. Siguió el camino durante un cuarto de hora hasta que llegó a un tramo casi inaccesible. Una zona escarpada y de difícil acceso, llena de arbustos y jaras, en la que era fácil perderse si no se conocía bien el terreno. En aquel lugar creía que nadie le molestaría.

Antes de detener el vehículo, pensó muy bien lo que estaba a punto de hacer. La llamada del cofrade había precipitado los acontecimientos. La recordó con miedo e inquietud. Su voz metálica aún resonaba en sus oídos.

—Te estamos vigilando, gilipollas. ¿Qué crees? Que somos idiotas. Antes de que hayas puesto la denuncia, tu ex estará muerta. ¡Y tú también! Te recuerdo que la sustancia que te inyecté no aparecerá en ningún análisis, a no ser que sepan lo que están buscando.

Mav tragó saliva y giró la cabeza en todas las direcciones. Miró a través de los soportales de la Gran Vía. Había muchas personas a su alrededor.

Gente que salía de la oficina principal de Correos. Personas que esperaban la llegada del autobús. Mujeres cargadas con bolsas de la compra. Hombres que iban hacia la calle Zamora. Jóvenes que se dirigían al instituto. Podía ser cualquiera. Trató de ver quién llevaba el móvil pegado a la oreja. Le llamó la atención un señor calvo, trajeado, que hablaba a través del manos libres.

«¿Será él?», pensó.

Al cabo de unos segundos, el tipo cruzó un paso de cebra y encauzó los pasos hacia la plaza de la Libertad.

—Ne... necesito un coche. No puedo utilizar el mío.

—¿Para qué cojones lo quieres?

—Si debo matar a esa señora, lo haré a mi manera.

—¿Tu manera?

—Sí. Y no hace falta que me recuerdes lo que está juego. Lo sé perfectamente.

—Pues no se nota. Cada vez te queda menos tiempo.

—Sí, lo sé.

—Tic-tac, tic-tac.

La llamada se cortó. En el móvil había quedado registrado un número de teléfono.

Maldijo su suerte. ¿Por qué le habían elegido? ¿Qué es lo que habían visto en él? En la ciudad había censadas casi ciento cincuenta mil personas. Mav no era más que un simple panoli. El último mono. Un don nadie. Se sentía frustrado. Tenía ganas de darse cabezazos contra los buzones instalados en la pared de Correos.

Una señora de estatura media, ataviada con un plumífero azul, le miró con preocupación.

—¿Te encuentras bien? —dijo.

Su voz le sacó de su ensimismamiento.

—Sí. No es nada. Estoy bien.

La mujer le observó mientras se alejaba.

No podía contemplar otra posibilidad. Debía hacerlo. Deambuló por las calles sin rumbo como un fantasma que vaga a través de las dependencias de una mansión abandonada. Mientras caminaba, tuvo la impresión de que los transeúntes no dejaban de mirarle. Su rostro parecía un libro abierto. Seguro que se preguntaban qué es lo que le ocurría. La Sig le pesaba en el bolsillo.

Dirigió los pasos hacia el paseo del Rollo. Aquel lugar era una zona triste y sucia. No llegaba al abandono del barrio de Buenos Aires, pero como los

edificios eran viejos uno tenía la impresión de haber retrocedido un par de décadas en el tiempo. La basura se apilaba junto a los contenedores. El Ayuntamiento se había olvidado de reformar las aceras. Seguramente, prefería dar prioridad a otros lugares. En Salamanca, como en muchas otras ciudades españolas, se priorizaba el centro y los lugares más visitados por los turistas. Aunque la Administración no lo quisiera reconocer, en pleno siglo XXI seguían existiendo ciudadanos de primera y de segunda categoría.

Los bloques de viviendas contaban con más de ocho pisos y estaban ocupados por familias trabajadoras, estudiantes con alquileres baratos e inmigrantes latinoamericanos. En los balcones se distinguían los tenderetes de la ropa, de los que colgaban prendas recién lavadas. Al aproximarse al parque, se percató del lamentable estado de los columpios. Las canastas tenían los tableros rotos. Las porterías estaban más oxidadas que las bisagras de las puertas del palacio de Nabucodonosor, antiguo rey de Babilonia. Las paredes y el suelo se encontraban llenos de pintadas. Prestó atención a un grupo de chicos que jugaban al escondite. Deseó ser como ellos. Sin preocupaciones ni responsabilidades de ninguna clase. Libres como pájaros.

Aún no había ideado ningún plan. Se sentó en un banco y pensó en la forma de salir indemne de aquel atolladero. Al cabo de un rato, se levantó y miró la fila de vehículos aparcados en batería. Eligió uno antiguo. Un Renault 19 con más kilómetros que Matusalén. Por la mala pinta, supuso que el vehículo debía de llevar allí aparcado mucho tiempo. Las ruedas tenían la presión baja y las lunas se encontraban manchadas de barro y de polvo. Necesitaba un utilitario que nadie echase de menos. El Renault parecía el más indicado. Giró la cabeza a derecha e izquierda. También dirigió su atención hacia las ventanas y los balcones de los edificios.

Tras asegurarse de que nadie le estaba observando, acercó el codo izquierdo a la luna del conductor y la golpeó en repetidas ocasiones. Una descarga eléctrica le sacudió el brazo.

«Joder, al final me parto el codo», pensó.

El cristal tardó en romperse. Le costó que se hiciera añicos. Introdujo la mano por la ventanilla, tiró del seguro hacia arriba y abrió la puerta con decisión. En cuanto se subió en el asiento de cuero, puso las manos encima del volante. El sudor le cubría la frente. Se miró en el espejo y la imagen que le devolvió le produjo escalofríos.

Bajó la tapa que había debajo del volante, trasteó en los cables e hizo un puente. Esa era una de las enseñanzas que había aprendido de su padre unos

años atrás. Se la enseñó cuando apenas era un crío, un día que no encontraba las llaves y se tenían que marchar de viaje a Valencia. El coche arrancó al tercer intento. Una estela de humo salió del tubo de escape. El depósito de gasolina le indicó que estaba en las últimas. Tendría que detenerse a repostar. Se incorporó a la carretera y condujo con precaución. En caso de que le detuviera la Policía Local para realizarle un control de alcoholemia ya podía darse por muerto. En cuanto le identificasen y le pidieran los papeles del vehículo lo detendrían.

La luz le empezó a cegar. Cuando bajó la visera para protegerse los ojos del sol le cayeron unas llaves. Eran del Renault. Refunfuñó por ser tan idiota. Si hubiera mirado allí antes no tendría que haber puenteado aquel cacharro. Tomó la rotonda del alto del Rollo, cogió la tercera salida y fue directo hacia el paseo de la Estación. Las ráfagas de aire le entraban por la ventanilla. No pretendía tentar a la suerte. Conducir por la ciudad con un vehículo robado no era una buena idea. Antes de llegar, se detuvo en una gasolinera que había al final de la calle y llenó el depósito. Pagó al empleado, agachó la cabeza para evitar las cámaras y reanudó la marcha.

El domicilio de la mujer se encontraba en la zona de Vialia. Aquella parte de la ciudad la habían reformado recientemente. Edificios de lujo convivían con bloques de protección oficial. El Ayuntamiento había recalificado algunos de los terreros.

Bajó del coche, introdujo una de las llaves en la cerradura del maletero y lo abrió. Le pareció espacioso. Vio un par de cajas de cartón, una manta de lana y una vieja caja de herramientas.

«Servirá», pensó convencido.

Lo cerró y se acercó hasta el número veintisiete de la calle Molina. Era una buena zona. Contaba con un parque lleno de columpios, toboganes y unos cuantos bancos, donde las personas mayores se sentaban a charlar y tomar el sol durante el verano. Justo enfrente habían construido un colegio público. Centró su interés en un par de ancianas que habían sacado a pasear a sus mascotas. Al instante se acordó de Sid. Quería con locura a aquel *golden retriever*. No debió permitir que su ex se lo llevase. Tenía que habérselo impedido.

Empujó la puerta de hierro del portal. Estaba cerrada. Según la nota que le había escrito el cofrade, la mujer vivía en el 3ºB. Tocó el timbre del 4ºA. A los pocos segundos, oyó la voz de un hombre:

—¿Sí?

Cruzó los dedos y rezó para que el tipo no fuera uno de esos tiquismiquis que renegaban de la publicidad. Muchos vecinos estaban hartos de que les metiesen propaganda en los buzones. Algunas comunidades habían instalado un buzón a pie de calle para que depositasen todos los folletos publicitarios.

—Correo comercial —dijo Mav.

La puerta se abrió con una exasperante lentitud. Entró en el portal, dio unos cuantos pasos y sus ojos buscaron las placas metálicas de los buzones. Cuando las localizó, leyó la inscripción que le interesaba. Descubrió que la mujer se llamaba Laura López [García](#). Como solo aparecía ese nombre, supuso que vivía sola. Eso facilitaba la labor. De pronto, escuchó el ruido de unos pasos acercándose.

—Mierda —farfulló entre dientes.

Alguien bajaba por las escaleras. Debía de tratarse de algún vecino. Maldijo su suerte. En el momento más inoportuno siempre le tenían que molestar.

Nadie podía verle allí. Lo que menos necesitaba era un testigo que lo identificase. De forma instintiva, buscó un lugar donde esconderse. Centró su interés en un hueco que había detrás de las escaleras. Era un poco pequeño, pero si lo intentaba tal vez cupiera. Si se ocultaba en aquel lugar, la persona que bajaba pasaría de largo y no podría verle, a menos que se le ocurriera girarse. Permanecer allí oculto constituía una temeridad. Era demasiado arriesgado. De modo que volvió tras sus pasos y salió a la calle sin hacer ruido.

«Por los pelos», pensó.

Del portal salió un anciano con rostro de haber pisado una mierda de perro. Parecía uno de esos viejos amargados que están enfadados con el mundo. El señor se colocó bien la chaqueta de pana y echó a andar calle abajo. Aunque había una placa de vado permanente, Mav decidió aparcar el coche delante de la puerta del garaje que había junto al portal. Desde esa posición nadie le vería. Si algún propietario del garaje le llamaba la atención por haber aparcado allí, le diría que tenía que bajar unas cosas de uno de los pisos. En caso de que la discusión fuera a más no tendría ningún problema en quitar el vehículo. Encendió las luces de posición y dejó el motor encendido.

Tocó el timbre de Laura y esperó. En caso de que no estuviese en casa se marcharía y volvería a media tarde.

—¿Quién es? —dijo una voz de mujer.

—¡Hola! Tengo que entregar un paquete en este piso.

—¿Un paquete? ¡Qué raro! Que yo sepa... no espero ningún envío.

—¿Es usted Laura López García?

—Sí.

Sonó el portero automático. Él no se inmutó.

—Es bastante pesado y no entra por la puerta. ¿Podría ayudarme?

—¡Un momento! Pero creo que ha habido un malentendido. ¡Bajo ahora!

Mav fue hasta el coche y abrió el maletero. Cuando la vio en la puerta del portal, se percató de que era más guapa en persona. La fotografía no le hacía justicia. Enseguida quedó hipnotizado por los ojos azules, los hoyuelos que se le formaban alrededor de la comisura de los labios y por una cálida sonrisa que si se lo proponía podía derretir el corazón más gélido. El pelo, suelto, le caía en cascada sobre los hombros. Aunque tenía bastantes pecas, sus facciones poseían la serenidad de una estatua griega. Un jersey blanco con rayas azules moldeaba unos pechos pequeños, pero firmes. Los pantalones vaqueros se ajustaban a la perfección a unas caderas estrechas y prometedoras. Iba en zapatillas de deporte.

Él alzó la mano para que ella se diese cuenta de que era el repartidor.

—Está aquí.

Señaló el maletero levantado. Cuando Laura se acercó le envolvió un aroma a lavanda. Antes de que pudiera darse cuenta del engaño le mostró la pistola. Ella se quedó paralizada. Le miró a los ojos y se mostró confundida. Su rostro, ya pálido de por sí, se pobló de arrugas.

—¡Sube, joder! O te mato aquí mismo.

—Pe... pero.

—Ni se te ocurra gritar.

Mav la empujó, le metió los pies y, de un portazo, cerró el maletero. Después se montó en el coche, pisó el acelerador y se dirigió hacia la urbanización de Cabrerizos. Desde ese lugar bajaría hasta el pueblo de Aldealengua, pasaría por Huerta hasta coger la carretera comarcal que le conduciría hasta Villagonzalo. Si seguía esa ruta secundaria puede que tuviese alguna posibilidad. En las carreteras principales la Guardia Civil solía realizar controles aleatorios de alcoholemia. El maletero no dejaba de sonar. Clan. Clan. Clan. Ella debía de estar golpeando la puerta con los pies. El corazón le latía a mil por hora. Acababa de secuestrar a una mujer. Y lo peor, en breve, tendría que apretar el gatillo.

—¡Para de dar patadas, joder!

Miró el reloj. Le quedaban treinta y nueve horas y diecisiete minutos.

8

Al levantar el maletero la vio tumbada en posición fetal. Tenía el pelo revuelto, el rímel corrido, el jersey arrugado y los pantalones manchados de grasa a la altura de las rodillas. Laura le escupió en la cara y le dedicó una mirada cargada de desprecio. Estaba furiosa y echaba humo por las orejas. Se fijó en las bolsas que se le formaron debajo de los ojos. En ellos apreció una mezcla de rabia y miedo. Ella trató de salir del minúsculo habitáculo. Al intentarlo, le arañó en la cara, pero Mav la empujó para que se quedara dentro.

—¡Estate quieta, joder! O tendré que hacerte daño.

Laura se puso a gritar y a dar patadas como si la hubiese poseído alguna clase de fuerza sobrenatural. Forcejeaba. No quería que volviese a cerrar la puerta del maletero. Se estremeció cuando la apuntó a la cabeza con la pistola. La mujer paró de inmediato y se le aceleró aún más el ruido de la respiración.

—¡No lo hagas, por favor! —dijo asustada.

Le temblaba la voz igual que a una persona que no está acostumbrada a hablar en público.

—No me dejas demasiadas opciones. Dame un motivo razonable para no hacerlo.

En un lado de la balanza estaban su ex y él. Él y su ex. En la otra había una pelirroja a la que ni siquiera conocía. ¿Quién era aquella misteriosa mujer de mirada penetrante, piel blanquecina y rostro agraciado? ¿Qué es lo que había hecho? ¿Por qué querían matarla? Si hacía las preguntas adecuadas, quizá ella pudiera darle algunas respuestas. Miró el reloj y comprendió que se le terminaba el tiempo. Se hallaba en una encrucijada.

—¿Por qué me haces esto?

—Estoy entre la espada y la pared —dijo.

Ella trató de apaciguar los ánimos.

—Aún no has hecho nada.

—De momento te he secuestrado. Y eso en el código penal español constituye un delito. Me podrían caer de seis a diez años como mínimo.

—¡Te juro que no te denunciaré! Seré una tumba.

—Seguro.

—No diré ni una palabra.

Una sonrisa irónica se proyectó en su rostro. Él se había comportado igual cuando estuvo encerrado en la jaula. El miedo le había obligado a actuar

de la misma forma. En el fondo no eran tan distintos.

«Y luego dicen que los seres humanos no nos parecemos en nada», pensó.

—No puedo.

—Claro que puedes. Siempre existe una salida...

—Para ti es fácil decirlo.

Mav le sostuvo la mirada durante un buen rato. Después, cerró los ojos y apretó los dientes. Imaginó que la mujer que había allí dentro no era una persona sino un animal salvaje que merecía ser sacrificado. Una bestia dañina que destruía las cosechas y mataba el ganado. Pensó en las arañas. Sí, las arañas. Esos insectos que le daban tanto asco cuando se los encontraba trepando por las paredes. Creyó que delante de él tenía una tarántula gigante. Sí, Laura era una araña a la que había que exterminar. No merecía que siguiese respirando. Trató de mentalizarse para lo que pudiese ocurrir después.

—¡Por favor, por favor! —farfulló entre lágrimas.

Al entornar los párpados se le revolvió la tripa. Odiaba que alguien le suplicara. Podía ser muchas cosas, pero no era ningún asesino. Tomó algo de aire. Respiró profundamente. Le temblaba el brazo con el que sujetaba la Sig Sauer. Las preguntas se sucedían en su cerebro. ¿Qué derecho tenía él a quitarle la vida a otra persona? Aquella mujer no le había hecho nada. Era inocente. Recordó el asco que sentía cada vez que salía en televisión un hombre que asesinaba a su pareja en un nuevo caso de violencia de género. Ahora, no había ninguna diferencia entre él y los maltratadores. En caso de que apretase el gatillo se convertiría en un cobarde sin escrúpulos.

—¡Cállate! Tengo que pensar qué narices hago contigo.

Ella le observó horrorizada.

—¡Suéltame!

—Lo siento, pero no puedo hacer eso.

—¿Por qué? ¿Qué te lo impide? Me marchó y tan amigos...

Era lista. Trataba de ganar tiempo.

—Sí, claro. Y luego todos los martes voy a tu casa a tomar el té, ¿no te jode!

Mav bajó la pistola, se quitó la gorra de los Grizzlies y se pasó la mano izquierda por el pelo. Sudaba. Echó un vistazo a su alrededor. No había ni rastro de ningún automóvil en un radio de diez kilómetros. Había tomado precauciones. Se había asegurado de que nadie lo siguiera.

—¿Por qué no? —dijo con los ojos húmedos y un poco enrojecidos.

Las jaras y los arbustos se mecían con el aire. Algunos pájaros se habían

posado sobre las ramas de las encinas. Un camino arcilloso e irregular, invadido de matojos, se abría paso a lo lejos. Estaba acelerado y no pensaba con claridad. Desde lo alto pudo ver el canal de Villagonzalo. La presa se alzaba majestuosa como una enorme e interminable pared que delimitase la frontera de un país.

Cuando era pequeño, su padre solía llevarle hasta aquel sitio para que se bañase. El pantano se hallaba a las afueras del pueblo. En la orilla había tramos de arena blanca donde normalmente solían tomar el sol los bañistas. Algunos fines de semana, su padre y él comían un bocadillo de tortilla de patatas en uno de los merenderos y, después de haber hecho la digestión, se daban un buen chapuzón en el agua. Lo recordó con nostalgia. Tenía la certeza de que la vida transcurría demasiado deprisa.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —dijo inquieta.

Mav la ignoró, se dio la vuelta y se puso a hacer aspavientos. Debía tomar una decisión. Titubear no le serviría de nada. Podía echarlo a suertes. Solo le faltaba coger una margarita e ir quitándole los pétalos como había hecho con Casidiosa.

«Sí. No. Sí. No».

Alzó la vista en un gesto de frustración. En el fondo era un cobarde.

—¡No puedo hacerlo, joder! —gritó desesperado.

Si la dejaba libre, Natalia estaba sentenciada. No obstante, tampoco tenía la certeza de que el penitente la fuese a dejar marchar. ¿Podía fiarse de él? No, claro que no. Era un hijo de perra, un manipulador y estaba en sus manos. Dependía de él. Tal vez a estas horas su ex ya estuviese muerta.

¿Y si le llamaba por teléfono y le proponía un intercambio? Laura por su ex. No le pareció una idea descabellada. Quizá estuviese abierto a entablar una negociación.

Cogió el móvil y miró el número de teléfono de la llamada que había recibido cuando estaba al lado de la oficina de Correos.

Si quería matar a aquella mujer, ¿por qué no se manchaba él las manos? ¿Por qué se lo encargaba a otros? ¿Acaso le suponía un problema? Con Loli había sido muy expeditivo. Sintió escalofríos al recordar la paliza.

En la situación en la que se encontraba, el cofrade podía chantajearle eternamente. ¿Y si después de ejecutar a Laura le pedía otra cosa? Otra muerte. Otro encargo. Otra persona que quisiera liquidar. No le pareció descabellado.

Aprovechando que él le había dado la espalda, Laura salió del interior

del maletero y, sin hacer ruido, echó a correr colina abajo. Cuando Mav quiso darse cuenta, la mujer ya le sacaba más de veinte metros. No se lo pensó demasiado. Fue detrás de ella. Mientras la perseguía no cesaba de gritar:

—¿Dónde crees que vas?

La tía estaba en forma. Sus piernas, ligeras como las de un adolescente, se deslizaban por el terreno irregular igual que si fueran las de una experimentada atleta de Cross. Seguro que era una de esas mujeres que se enfundaban un top y unas mallas y salían a correr por la ciudad todos los días. Se percató de que cada vez había más distancia entre ellos. Si era capaz de mantener aquel ritmo pronto la perdería de vista.

El camino de tierra tenía un descenso pronunciado. En algunos tramos resultaba hasta traicionero. El más mínimo traspies y caería rodando. Lamentó no poseer una mejor condición física. Le pesaban las cervezas y las horas tumbado en el sofá. Al cabo de un rato, comenzó a notar un dolor agudo y punzante en el abdomen. Laura se escapaba. Debía parar. Le había dado el flato.

—¡No tienes escapatoria! ¡No me obligues a matarte!

Sacó la SIG del bolsillo y efectuó un disparo al aire. Nada más oír la detonación, Laura interrumpió la carrera.

—¡Si no me dejas ninguna opción, te volaré la tapa de los sesos! Te juro que lo haré.

Él siguió avanzando. Cuando llegó a su altura, Laura se quedó quieta. Estaba de espaldas y no movía ningún músculo. La agarró del brazo e hizo que se diera la vuelta. Los ojos de ambos se encontraron. Ella le miró con rabia. Incluso con el gesto torcido le pareció una belleza. En su iris creyó vislumbrar la furia de un mar desatado. Había algo salvaje en ella. Un fuego interior que permanecía adormecido salió a la luz. Sintió ganas de abalanzarse sobre ella y besarla. No obstante, una mujer como Laura jamás se sentiría atraída por un mierda como él.

—¡Hazlo! Acaba de una vez maldito desgraciado —dijo furiosa.

Había rabia en sus palabras. Mav dudó. Ella le cogió la mano y condujo la pistola hasta su frente que se había llenado de arrugas.

—¡Dispara, valiente! ¡Mátame! ¡Aprieta el gatillo! ¿Para qué alargar la agonía?

Tomó una bocanada de aire. Le palpitaban las sienes.

—No es algo personal.

—Y entonces, ¿qué es?

—No tengo nada contra ti. Alguien desea quitarte de en medio. Parece que molestas.

—¿Quién? —dijo escéptica.

—Eso mismo me gustaría saber. Por eso, necesito hacerte unas cuantas preguntas. Si me echas un cable, permitiré que te vayas —dijo tratando de resultar convincente.

Bajó el arma, se sentó en el suelo y cruzó las piernas. Ella le imitó. Le seguía doliendo el flato.

—Estoy en un lío de cojones. Un tipo disfrazado de penitente, como esos fulanos que salen en las procesiones de Semana Santa, me está chantajeando. Me tiene cogido por los huevos. En menos de cuarenta horas estaré muerto.

Mav, cabizbajo, cogió unos guijarros pequeños y empezó a jugar con ellos.

—¿Por qué? —dijo intrigada.

—Esperaba que tú me pudieras ayudar.

Ella mostró cierta sorpresa.

—¿Yo?

Se fijó en las pecas que tenía en la base del cuello. Su carótida no cesaba de latir. Enfadada estaba muchísimo más guapa.

—Sí. Si muerdo nadie lamentará mi pérdida. Sin embargo, no quiero que maten a mi exnovia.

—¿Y qué tiene que ver ella en todo esto?

Él tiró las piedras lo más lejos que pudo y se rascó la barbilla.

—El mismo fulano que me ha inyectado en las venas alguna clase de veneno la tiene retenida. La asesinará a menos que yo... acabe contigo —dijo titubeante.

—¡Joder!

—Aunque no estoy seguro de que vaya a cumplir su promesa.

Hubo un silencio. Ella parecía extrañada.

—¿Tienes alguna idea de quién puede estar detrás de todo esto?

Laura lo miró con lástima. Sus facciones, antes duras e inexpresivas, se habían vuelto delicadas. Apreció una mayor ternura en sus ojos. Durante unos instantes, meditó la respuesta. Ella parecía querer abrirse, pero había algo que se lo impedía. Desconfiaba del sujeto que tenía enfrente. Finalmente, se mesó los cabellos, se mordió la parte inferior del labio y asintió despacio, no muy convencida.

—Puede.

Quizá se había equivocado de estrategia. Tal vez debió llamar a su puerta y hablar con ella en vez de introducirla a la fuerza en el maletero de un coche. A veces, podía llegar a ser demasiado brusco e impulsivo.

—¿Quién eres Laura?

Ella sonrió.

—Una pobre chica de ciudad.

Tenía una dentadura perfectamente alineada. Imaginó la pasta que debía de haberse dejado en clínicas dentales.

—¿De ciudad, eh?

—Sí. Nací en Valladolid hace treinta y cuatro años.

—¿Eres del ochenta y cuatro?

—Ajá.

—Gran cosecha.

—¿Quieres que te cuente una historia?

Después, ella miró hacia los lados, como si temiera que alguien los estuviese escuchando y empezó a hablar.

—Lo que te voy a contar ahora se remonta a finales de 1936. Por aquel entonces Madrid estaba a punto de caer en manos de las tropas franquistas. Los bombardeos se sucedían en las calles. Los soldados del general Franco avanzaban por la península y, tras unos pocos meses, se encontraban muy cerca de la capital. El ejército republicano, menos entrenado y sin apenas experiencia militar, no podía contener los ataques. Las perspectivas no eran nada halagüeñas. Temían que en poco tiempo las milicias nacionales tomaran Madrid. Así que Largo Caballero, el presidente de la República, decidió trasladar la sede del Gobierno hasta Valencia. Desde allí, pretendía reorganizarse y plantear una ofensiva contra las tropas sublevadas que los conduciría a la victoria. Antes de emprender el viaje, ordenó requisar todas las obras del Museo del Prado por temor a que los bombardeos las pudiesen destruir o a que las tropas nacionales se hicieran con ellas y las pudiesen utilizar para sufragar los gastos ocasionados por la contienda bélica. Del museo se llevaron libros, documentos históricos y objetos artísticos de un valor incalculable. En total más de dos mil cuadros. Pero eso no fue todo. Durante esos días, la Guardia Nacional Republicana también requirió por la fuerza y sin ningún tipo de control las colecciones de monedas de oro y plata del Museo Arqueológico Nacional. A muchas de esas joyas numismáticas se les perdió la pista para siempre. A Valencia también enviaron dinero, joyas, plata, piedras preciosas y lingotes de oro que los Tribunales Populares incautaban a los civiles, acusados de colaboracionismo, en las checas.

—¿Qué eran las checas?

—Eran unos centros de interrogatorio, tortura y fusilamientos que dirigían los miembros del Frente Popular. Ellos eran los jueces y los verdugos. Todo simpatizante del bando franquista que caía en sus redes ya podía darse por muerto. Allí había demasiada justicia, camarada —dijo de forma irónica.

Mav se acordó de que su padre le había hablado de ello. El tatarabuelo había estado en uno de aquellos centros de internamiento. Después, lo habían subido a un camión junto con otras personas discordantes con el régimen y ya no le habían vuelto a ver. Se rumoreaba que lo habían fusilado en un bosque cercano a Torrejón de Ardoz. Nunca hallaron su cuerpo.

—A lo que iba —dijo—. El caso es que el traslado de todas esas obras fue una auténtica chapuza. El Gobierno republicano no contaba con demasiados recursos. Era una época difícil. En las calles había

desabastecimiento, hambre y mucha miseria. Además, para realizar el traslado apenas disponían de efectivos y equipamiento con los que proteger los valiosos tesoros. El viaje a tierras valencianas debió de ser una odisea: trayectos intransitables, baches, controles de carreteras. Aunque todo fue un completo despropósito, finalmente las obras llegaron a su destino. Gran parte del botín incautado se escondió en la comarca catalana del Ampurdán. Concretamente, en la mina de La Vajol, también conocida como la mina de Negrín, ya que fue él la persona que la expropió para la República.

—Hace años solía veranear con mis padres por allí —dijo.

Ella le observó con ojos inquisitivos como si quisiera decir: «¿Por qué cojones me interrumpes, niño?» Aquel rollo le estaba aburriendo. Él prefería que fuese al grano y no se anduviera con tantos rodeos. «Lo bueno si breve, dos veces bueno», pensó. Pero no dijo nada para no ofenderla. En el instituto la historia siempre había sido su asignatura pendiente.

—Eso sí, el Gobierno se tomó la molestia de reformar el lugar. Para ello construyó un inexpugnable búnker. En la cámara acorazada se guardaron los lingotes de oro y plata sustraídos del Banco de España, los objetos religiosos y todas las joyas pictóricas que se habían llevado de Madrid. Y ese tesoro estuvo en aquella mina de talco hasta poco antes de finalizar la guerra, cuando un agonizante Gobierno republicano decidió trasladarlo a la sede de Naciones Unidas en Ginebra para que lo custodiasen de manera temporal. A principios de febrero, salieron de La Vajol setenta y un camiones con destino a Suiza cargados con aquel tesoro. Uno de esos camiones jamás llegaría a Ginebra. ¿Qué le sucedió al vehículo? ¿A dónde fue a parar su valiosa carga? Se cree que el camión, además de los lingotes de oro, transportaba el relicario mayor de la Virgen de la Cinta junto con valiosos documentos de la catedral de Tortosa y una joya de incalculable valor: el cáliz del papa Luna.

Encadenaba las frases con una asombrosa rapidez, como si no fuese la primera vez que relataba aquella historia.

—Y eso, ¿qué tiene que ver con que alguien quiera matarte?

Ella se pasó la mano por el pelo en un gesto que denotó su coquetería antes de volver a fijar sus ojos en él. Había algo de soberbia en ellos. Imaginó que aún le guardaba rencor por haberla encerrado en el maletero.

—Soy propietaria de una tienda de antigüedades. Realizo peritajes, compro y vendo toda clase de objetos antiguos: litografías, grabados, objetos de decoración, muebles del siglo XVI, cuadros y joyas. Cualquier cosa que tenga más de cincuenta años. Hace más de una semana, un hombre de negocios

al que nunca había visto se presentó en mi tienda para que le tasara un cáliz de plata con esmaltes transparentes. Creo que podría tratarse del cáliz del papa Luna que trasportaba el camión que desapareció en 1939 poco después de que saliera de la mina de La Vajol. Por desgracia, no pude realizar un exhaustivo análisis de la pieza ya que al día siguiente el cliente regresó a la tienda y se la llevó. El hombre parecía muy alterado y no dio demasiadas explicaciones. Tan solo me comentó que ya no le interesaba conocer el valor del cáliz y me pagó por las molestias ocasionadas. El nombre del cliente era Ramón Bernárdez Morales.

—¿Hablas en pasado para referirte a él?

Laura agachó la cabeza y arrancó unos hierbajos que había en el suelo. Después, se sacudió las palmas de las manos para quitarse los restos de tierra.

—Sí, porque murió veinticuatro horas después de que viniese a verme. No sé si has leído algo sobre ello en los periódicos.

—Lo cierto es que no. He estado muy ocupado —dijo con sorna mientras pensaba en la jaula en la que había estado preso.

—Al parecer lo encontraron en una habitación de hotel. Estaba dentro de la bañera, envuelto en un charco de sangre. Se había rajado las muñecas con un cuchillo.

Mav la observó con creciente interés.

—¿Suicidio?

—Eso es lo que sugería la información publicada, pero ¿por qué iba a quitarse la vida? ¿Qué razones tendría?

La miró a los ojos y creyó ver en ellos un poso de tristeza.

—Uno no puede saber qué es lo que pasa por la cabeza de la gente.

—No creo que sea una casualidad. Esto huele muy mal. ¡Apesta! No sé cómo consiguió el cáliz, pero estoy convencida de que esa pieza tuvo algo que ver. En mi oficio hay personas muy peligrosas: traficantes, mafias y sujetos sin escrúpulos que serían capaces de vender su alma al diablo con tal de conseguir determinadas piezas artísticas. El mercado del arte es un lucrativo negocio que mueve grandes cantidades de dinero. Los saqueos a las iglesias, los hurtos a coleccionistas y los robos en los museos están a la orden del día. Ese hombre estaba metido en algo turbio. ¡Lo sé! Y eso es lo que acabó con él. Lo he visto otras veces. ¡Y llámame paranoica, pero no son figuraciones mías! —dijo preocupada.

—¿A qué te refieres?

Arqueó las cejas y echó un vistazo a su alrededor. Seguía sin confiar en

Mav.

—Hace cinco días alguien intentó atropellarme mientras cruzaba un paso de cebra.

—¿Cómo?

—Un vehículo negro estuvo a punto de enviarme al otro barrio. Fue un milagro que salvase el pellejo. El coche vino hacia mí a toda «pastilla». Si no me hubiera tirado hacia atrás me habría arrollado.

—¿Pudiste ver quién conducía?

—No. El Mercedes llevaba las lunas tintadas.

—Y, ¿qué hay de la matrícula?

—Todo sucedió muy deprisa. Fue en un abrir y cerrar de ojos. Cuando quise darme cuenta, el coche ya había desaparecido.

—¡Joder!

—Pero eso no es todo.

—¿Ah, no?

—Ayer por la noche, cuando volvía a casa, un hombre me agarró por la espalda y me colocó un cuchillo en la garganta. Pensé que quería robarme. No obstante, me advirtió que no metiese la nariz en temas que no me interesaban. Por suerte, un grupo de jóvenes que paseaban por donde estábamos se percataron de que algo ocurría y me ayudaron de inmediato. El asaltante echó a correr. Los chicos le siguieron durante un buen rato, pero le perdieron de vista.

—Si lo volvieras a ver, ¿lo reconocerías?

—Creo que sí. Era un tipo fuerte, corpulento y tenía la cara tapada con la capucha de una sudadera. El aliento le olía a alcohol.

Mav pensó en el cofrade. ¿Sería el asaltante? Quizá él ya había intentado matar a Laura sin éxito. Por eso, se lo había encargado a él. Ahora, el penitente se limitaba a esperar una llamada de teléfono sin correr ningún riesgo. En su mente se acumulaban las preguntas. ¿Cómo podría salvar a Natalia?

—¿Lo has denunciado?

—No he ido a la policía ¿Para qué?

—¿Para que lo investiguen, joder! Si no lo hacen ellos... ya me dirás.

—No van a dar con él.

—¿Cómo estás tan segura?

—Ese hijo de perra sabía lo que hacía. Además, tenía pensado desaparecer. Esta tarde iba a colgar en la tienda el cartel de cerrado. Después,

reservaría un billete en la estación para marcharme de viaje unas cuantas semanas. Pero tengo la sensación de que sea quién sea la persona que está detrás de toda esta historia, no me va a dejar en paz. Parece que soy un cabo suelto. Tres incidentes, contando tu secuestro, en tan poco intervalo de tiempo solo puede significar una cosa: que para alguien soy una molestia.

—Ya, pero ¿qué pinto yo en todo esto?

Ella encogió los hombros. Arrugó la frente y suspiró.

—No lo sé. Quizá podamos averiguarlo juntos.

No sabía si debía confiar en Laura. No la conocía lo suficiente. Tal vez todo aquello que le había contado era una patraña. Posiblemente lo único que buscaba era que no le hiciese ningún daño. Pese a ello, la historia del cáliz le había resultado creíble. Además, tampoco tenía demasiadas opciones.

«Es ella o el caos», pensó.

—Me temo que no me queda demasiado tiempo. Y a mi ex tampoco.

—Pues habrá que darse prisa.

—Puede que ya la haya matado.

—O no. La esperanza es lo último que se pierde, ¿verdad?

—Ya, pero ese hijo de perra quiere verte bajo tierra. O mueres o mi ex ya puede darse por jodida —dijo preocupado.

10

Mav miró una vez más el vídeo que había grabado unos minutos antes y sintió escalofríos. El resultado le recordó a las películas snuff. La sangre y la tierra habían salpicado la ropa de Laura.

La mujer se hallaba tumbada bocarriba sobre una manta arcillosa. Estaba descalza y tenía los dedos de los pies manchados de barro. En el estómago había un pequeño charco de sangre. Su jersey había quedado reducido a unos cuantos jirones de tela. Se le veían las tiras del sujetador y hasta un voluminoso lunar en el hombro.

El rostro, retorcido, miraba exánime a la cámara del móvil y transmitía una expresión de pánico. La lengua le sobresalía de la boca, los pómulos se le habían hinchado y los ojos, rojos y brillantes, pugnaban por escaparse de las cuencas.

Por la expresión de su semblante se podía deducir que había tenido una muerte violenta. La grabación duraba alrededor de unos treinta segundos. Había sacado algunos planos generales del busto y también se había recreado en las salpicaduras de sangre de las piernas.

Aunque la señal 4G era un poco débil en aquella zona y en la pantalla del móvil solo aparecían dos barras de cobertura, Mav se conectó a internet. Abrió una cuenta de correo en Gmail y creó un mensaje nuevo al que adjuntó el vídeo de la muerte de Laura.

En el asunto escribió: Cofrade. Lo guardó en la carpeta denominada Borradores y salió de la aplicación. Finalmente, buscó el número de teléfono que había en la agenda y lo marcó.

Escuchó tres tonos antes de que alguien descolgara.

—Está hecho, pero debo decirte que el asunto se complicó. Se me fue de las manos. Ella intentó escapar. Peleamos. La mujer cayó al suelo. Y yo... yo. Ha sido una puta carnicería. No lo pude evitar. La asesiné a quemarropa — dijo en un tono lastimero que sonó como si estuviese dando el pésame a la familia de un amigo fallecido.

—¿Sí? Pues envíame el vídeo. Quiero verlo.

La voz metálica del penitente le puso los pelos de punta. Allí estaba Billy otra vez, aquel sonido distorsionado por algún programa de ordenador. Se dio cuenta de que la respiración del penitente era similar a la de Darth Vader en *La guerra de las galaxias*. Aquellos jadeos entrecortados le pusieron aún más nervioso.

—No puedo mandártelo por *wasap*. Pesa más de cien megas. ¡Espera! Haré otra cosa.

Le proporcionó el nombre de la cuenta de correo que había abierto unos minutos antes y la clave para que pudiese acceder. El penitente debía de encontrarse cerca de un ordenador pues tardó poco en contestar.

—Buen trabajo. Veo que has hecho los deberes de una forma muy satisfactoria. De todas maneras, me gustaría saber dónde se encuentra el cuerpo. Quiero verlo in situ.

—Eso no será posible.

—¿Por qué?

Contuvo el aliento durante unos instantes.

—Lo... lo he quemado.

—Que has hecho, ¿qué?

Notó que le empezaban a fallar las fuerzas. Se sentía débil como si hubiese contraído la gripe. El torniquete del brazo había conseguido detener la hemorragia. Aun así, estaba cansado y su mente no pensaba con demasiada lucidez. A eso había que sumar los espasmos musculares en el cuello y la cabeza. Necesitaba comer algo. Reponer las fuerzas. La mierda intravenosa que le había inyectado comenzaba a hacer efecto. Y eso que apenas habían transcurrido unas horas.

—Rocié el vehículo con gasolina y lo prendí fuego.

—¿Lo has quemado? —dijo sorprendido.

—Sí, el cadáver de esa mujer se encontraba en el interior. El cuerpo ha quedado reducido a cenizas. Ella ya no te molestará más. ¡Te lo juro por mis muertos! Además, si no hay cuerpo nadie podrá acusarme de asesinato, ¿no? —dijo mientras cruzaba los dedos.

Se escuchó un profundo silencio. Aquel mutismo no podía significar nada bueno.

—¿Hola? ¿Sigues ahí? —preguntó Mav intranquilo.

Si se enfadaba podía resultar impredecible.

—Sí.

La voz metálica volvió a resonar con fuerza.

—Yo ya he cumplido. Ahora espero que tú... —dijo dejando la frase en suspenso.

—Como te prometí tu ex está bien. Sana y salva. No ha sufrido ningún daño.

—¿Dónde está? —dijo ilusionado.

—La encontrarás en tu casa.

—¿Cómo? ¿En mi apartamento?

Las dudas le asaltaron. ¿Era una broma? ¿Estaba jugando otra vez con él? ¿Se había tomado la molestia de llevarla hasta allí?

Lo más sensato hubiera sido liberarla en cualquier lugar apartado como hizo con él.

—Sí, junto con la dosis del antídoto —dijo riéndose.

La línea se cortó. Mav esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Luego apagó el teléfono móvil y lo guardó en el bolsillo.

—Lo hemos conseguido. ¡Se lo ha creído! —dijo mientras observaba a la mujer que se hallaba a su lado.

Ella le devolvió la sonrisa. Laura parecía un fantasma de ultratumba. A la palidez de su semblante había que sumar la sangre y la tierra con la que se había embadurnado parte del cuerpo. Su pelo se encontraba sucio y cubierto de polvo y arcilla. Se ruborizó al fijarse en las tiras del sujetador de encaje negro que caían por sus hombros.

—Te dije que era una buena actriz.

—¡Ya lo creo! A partir de ahora deberías enfocar tu carrera hacia el mundo de la interpretación. Se la hemos metido doblada a ese tío.

Mav le cedió su jersey para que se tapara. Ella se lo puso. No le quedaba nada mal.

—Soy buena haciéndome la muerta, ¿no? —dijo mientras se lo ponía.

—Más que eso.

Él quiso abrazarla. Estaba feliz. Laura lo había planificado todo al milímetro con una asombrosa sangre fría. Al principio había dudado, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Fue ella la que sugirió que se hiciera un corte con la navaja en el brazo. Después, él la embadurnó parte del torso y del rostro con su sangre. Laura se revolcó y retozó en el suelo durante un buen rato. No dudó en arrancarse parte del jersey para otorgar un mayor realismo a la historia que habían acordado contar.

«El secreto reside en los detalles», le había confesado.

El resultado le había sobrecogido.

—Con un poco de imaginación, algo de attrezzo, tu sangre y mis dotes de actriz... podríamos engañar a cualquiera.

Mav torció el gesto.

—¿Te duele el hombro? —dijo ella.

—Un poco.

—El corte que me hice ha sido más profundo de lo que creía. Además, la mierda esa del veneno creo que comienza a afectarme a la vista. Veo un poco borroso.

—Subamos al coche.

Antes de reemprender la marcha, sacó el móvil del bolsillo, extrajo la tarjeta SIM y la hizo añicos.

—Por si acaso está pensando en localizarnos.

A continuación, partió el teléfono en dos cachos y los tiró lo más lejos que pudo.

—No sé cuánto durará el engaño.

—Si nadie te siguió no tiene por qué saberlo.

Él asintió con la cabeza.

—Sí, cuando vine hacia aquí me aseguré de ello. No vi ningún coche detrás. De eso sí estoy seguro.

—De momento, hemos conseguido ganar algo de tiempo... que tal y como están las cosas ya es mucho.

—Tienes razón —dijo ilusionado.

Subieron al Renault 19. Mav optó por cambiar de ruta. Condujo por el camino arcilloso hasta un pequeño pueblo de casas blancas, construidas a base de adobe, llamado Carpio-Bernardo que en la Edad Media había sido una fortaleza. En lo alto de un montículo se conservaban los restos de un antiguo castillo: cuatro piedras que aún permanecían en pie. Pueblos como aquel pronto desaparecerían. Cada año que transcurría tenían menos vecinos censados. La población emigraba a los grandes núcleos urbanos en busca de oportunidades.

Al llegar al cruce tomó una vía secundaria, llena de baches, que le llevó hasta Alba de Tormes. Procuró no sobrepasar los noventa kilómetros por hora. A ambos lados de la carretera se sucedieron los campos de trigo y maíz junto con los tramos de dehesas y encinas. Vio terrenos cercados, donde pastaban vacas y cerdos en libertad.

Aquel era el paisaje que mejor definía a la provincia. Las explotaciones ganaderas convivían con las zonas de cultivo. Durante el viaje, Laura parecía absorta en sus pensamientos. La observó de reojo, con esa fascinación que suscitan las personas desconocidas. Resultaba a la vez una mujer misteriosa y fascinante.

—¿Dónde quieres que te deje? —preguntó.

Ella tenía el cráneo apoyado en el reposacabezas y de reojo observaba el

espejo retrovisor, como si no existiese nada más en el mundo. Detectó cierta inquietud en su mirada.

—No puedo volver a casa. En Santa Marta tengo una amiga...

Él asintió.

—¿Crees que nos siguen?

Laura continuaba con los ojos fijos en el espejo.

—No, me parece que no. Creo que me estoy volviendo una paranoica. Aunque quizá debí haberme tumbado en la parte de atrás. Si nos están vigilando, cualquier precaución es poca.

Tenía razón. En caso de que alguien se percatara del engaño, su ex ya podía darse por jodida. Y esa máxima también podía aplicarse a Laura. Si el cofrade se enteraba de que aún seguía respirando, con toda seguridad, lo volvería a intentar. Seguramente, enviaría a otra persona con menos escrúpulos que Maverick. Se preguntó si sería capaz de utilizar el mismo método para captar a su sustituto. Quizá en esta ocasión recurriría a los servicios de un sicario.

—Dudo que nos hayan seguido.

—Y, ¿cómo estás tan seguro?

—Como son zonas muy solitarias... uno repara en la presencia de otro vehículo casi de inmediato.

—Nunca se sabe.

—En cuanto compruebe que Natalia está bien iré a la policía y les contaré toda la historia. ¡Espero que cojan a ese cabrón!

—Te pediría que me dejases al margen.

—Por eso no te preocupes.

Tras pasar Calvarrasa de Arriba, tomó la rotonda y cogió la segunda salida justo donde habían construido una nueva urbanización de adosados con piscina comunitaria. En la cuneta, un poco más allá de la carretera, habían levantado una enorme valla publicitaria que casi se veía desde la autopista. Cada chalet costaba trescientos noventa y nueve mil euros. A esa cifra había que añadir el IVA.

Pensó en quién podía vivir allí. Él tardaría siglos en reunir semejante cantidad de dinero con su miserable sueldo de reponedor a jornada completa en el supermercado. Aquellos palacios constituían un lujo que solo se podían permitir unos cuantos privilegiados. En cuanto venciese el contrato de alquiler, debería empezar a buscar una habitación en un piso compartido. Eso era lo máximo a lo que podía aspirar con su nómina de mierda. Los políticos

decían que la crisis económica, causada por el desplome del sector de la construcción y las hipotecas basura, era cosa del pasado. Nada más lejos de la realidad. Mav lo sabía muy bien. La mayoría de sus conocidos apenas llegaban a fin de mes y eso a pesar de que algunos tenían hasta dos y tres empleos. Para muchas personas la crisis no terminaría nunca.

Detuvo el coche a las afueras de Santa Marta, junto a un paso de cebra.

—¿Aquí te viene bien?

—Sí.

—¡Gracias!

—Te dije que te ayudaría, ¿no?

Otro silencio.

Ella inclinó la cabeza hacia el asiento del conductor y le dio un beso en los labios. Mav la estrechó en sus brazos y sintió la lengua de Laura dentro de su boca. Cálida, húmeda, excitante. Ella pasó las piernas por encima del embrague, se puso a horcajadas sobre él, hurgó en sus pantalones y le desabrochó el cinturón. Enseguida se mezcló el ruido jadeante de sus respiraciones. Las uñas de la mujer se le clavaron en la espalda. Él ahuecó las manos en torno a los pechos de ella. No tardó en quitarle el sujetador con una pericia asombrosa. La anticuaria introdujo la mano en el calzoncillo. Él la apartó unos instantes y empezó a quitarse la ropa.

—¡No, para, no podemos! —dijo ella jadeante.

—¿Qué?

«No, no pares ahora», pensó.

—Esto no está bien. Tú tienes tu vida y yo... la mía.

Laura se apartó y volvió a colocarse en el asiento del copiloto. Él giró la cabeza y la miró con deseo. Vio la melena revuelta y el fuego que había en el interior de sus ojos. El pecho le latía con más fuerza que nunca.

Permanecieron unos instantes sin decir nada, limitándose a mirar hacia los bloques de ladrillo y hormigón que se alzaban inexpugnables sobre un cielo preñado de nubes. Ella se volvió a poner el sujetador, miró hacia el espejo y se retocó un poco el pelo.

—¿Qué harás ahora? —dijo Mav.

—Lo primero... darme una ducha, cambiarme de ropa y desaparecer. Me marcho para siempre de esta maldita ciudad. ¡Nunca me encontrarán!

—¿Y qué hay del cáliz del papa Luna?

—Ya no me interesa.

Laura se apeó del coche y extendió la mano a modo de despedida.

—¡Ah, se me olvidaba! —dijo—. Si necesitas contactar conmigo puedes enviarme un mensaje. Mi e-mail es lauragedta@hispon.net.

Mav condujo hasta Salamanca. Antes de abandonar el Renault 19 en el aparcamiento de un centro comercial, limpió las huellas dactilares del volante y del habitáculo. El lugar se encontraba abarrotado. Había coches por todas partes. Era hora punta. La gente acababa de salir del trabajo. Vio a muchas personas mientras empujaban los carritos de la compra. El templo del consumo estaba en plena ebullición. Caminó hasta casa con paso cansino. Le seguía doliendo el brazo y deseaba reencontrarse con Natalia.

Al ir a meter la llave en la cerradura, descubrió que la puerta estaba abierta.

«¡Qué extraño!», pensó.

Como aún no se había deshecho de la pistola, sacó el arma y contuvo la respiración. Anduvo en silencio a través del pasillo y se puso a registrar las distintas habitaciones. Lo hizo con muchísima cautela. Miró en el cuarto de baño, en el salón, en la cocina y cuando se disponía a registrar el dormitorio se le heló la sangre. Sobre la cama, cubierta totalmente con el edredón, divisó una silueta humana.

—¿Eres tú, Nata?

Cuando estaban juntos la llamaba de esa forma. Era un apelativo cariñoso. A ella no le gustaba. Aun así, él insistía en emplear ese nombre. Se acercó hasta el cabecero de la cama y guardó la pistola. Supuso que el cofrade le había suministrado alguna clase de droga para que durmiera. Al levantar el edredón estuvo a punto de vomitar. Su ex estaba muerta y a lo lejos comenzó a escuchar el estruendo de las sirenas.

Natalia se encontraba desnuda, con las manos cruzadas encima del pecho. Su rostro exhibía una mueca de sufrimiento extremo, como el de las tallas religiosas que sacaban en procesión durante los pasos de la Semana Santa. Debía de haber sido una muerte horrible. Tenía los ojos bien abiertos, la lengua fuera y los pómulos desencajados. Debajo de la barbilla, su asesino le había abierto una nueva sonrisa. El cofrade le había rajado la garganta de lado a lado con una pericia asombrosa. Vio cortes en los brazos, el pecho, los muslos y las piernas. Todos los indicios apuntaban a que se había ensañado con ella. Se fijó en el reguero de sangre que había manchado la cama y sintió náuseas. Ni Jack el Destripador hubiera resultado tan cruel.

Dio un paso atrás, juntó las palmas de las manos y estuvo a punto de perder el equilibrio. Respiró hondo e intentó analizar la situación con más detenimiento.

¿Por qué? ¿Por qué la había matado? ¿Qué es lo que le había hecho? Nadie merecía morir así. Apoyó la espalda contra la pared y tomó unas cuantas bocanadas de aire. Casi no podía ni respirar. Le oprimían las paredes del dormitorio. Cada vez le resultaban más pequeñas. Notó como si se estuviesen estrechando a su alrededor. Al mirar hacia el suelo se topó con el arma del crimen: un chuchillo. La hoja era afilada y relucía con el brillo de unos zapatos recién lustrados. Cerró los ojos, puso las manos en las rodillas y dobló ligeramente la cintura.

Las sirenas se oían cada vez más cerca. Se acercó hasta la ventana y corrió un poco la cortina. Abajo, en la calle, vio un coche de la Policía Local que había aparcado en la acera. Dos agentes salieron del vehículo y encauzaron los pasos hacia el portal. Venían a por él.

Valoró las opciones. Debía tomar una decisión. Probar su inocencia le llevaría bastante tiempo. Y tiempo era precisamente algo de lo que no disponía. Moriría en menos de treinta horas. Si decidía quedarse tendría que dar muchas explicaciones. Un cadáver en la cama no era algo que pudiera explicar con facilidad. Los investigadores le bombardearían a preguntas. Por precaución, activarían el protocolo de violencia de género. Le detendrían de inmediato.

Oyó el ruido del timbre. De forma instintiva dirigió su atención hacia el telefonillo. Un hormigueo le sacudió el estómago.

«¡Ya están ahí, joder! Vienen a por mí. Hay que largarse. ¿A qué coño

esperas?»

No podía quedarse en el piso. Volvió a tapar el cadáver de su ex con las sábanas y las mantas y juró que daría con su ejecutor. El crimen no iba a quedar impune. De alguna forma él haría justicia.

Ni siquiera se molestó en buscar el antídoto. Supo que entre aquellas cuatro paredes nunca lo encontraría. El penitente se la había jugado. Se acercó hasta la cómoda del pasillo. Cogió la pistola, un poco de dinero y algo de ropa que introdujo en la mochila que le había entregado el cofrade. Poco después, salió al rellano de la escalera. Trató de cerrar la puerta, pero se dio cuenta de que no podía. La cerradura estaba rota.

¿Quién los había avisado? ¿Quién había dado la voz de alarma? ¿El cofrade? ¿Uno de los vecinos del bloque?

Oyó un clic metálico. Alguien había abierto la puerta de abajo a los agentes. Escuchó el ruido de unos pasos resonando en el portal.

«Mierda, mierda, están subiendo por las escaleras», pensó.

Si bajaba se los encontraría.

¿Y si se quedaba? Podía hablar con ellos, descubrir qué les había llevado hasta allí. Pero ¿y si entraban en el domicilio? ¿Y si veían a Laura?

«No, el domicilio es inviolable», pensó. «Solo pueden entrar con una orden judicial. Aunque también lo podrían hacer si tienen conocimiento de que se ha cometido un delito».

¿Y si algún vecino había entrado antes en su piso al percatarse de que la puerta se encontraba abierta y había descubierto el cadáver debajo de las sábanas?

Era una posibilidad. No podía arriesgarse.

Decidió subir una planta. Lo hizo con sigilo, amortiguando el impacto de las pisadas. El corazón le latía a doscientas mil revoluciones por minuto. Tocó el timbre del 4ºA y esperó impaciente.

Al cabo de unos instantes la puerta se entreabrió. Esbozó la mejor de sus sonrisas. No se le daba nada bien fingir.

Ramona llevaba una diadema con un montón de rulos en el pelo, una raída bata gris y zapatillas de Hello Kitty. En su rostro había una mezcla de sorpresa y estupor. La mujer debía de estar preguntándose qué hacía en el rellano de la puerta. Se abalanzó sobre ella, entró en la vivienda y cerró la puerta detrás de sí.

Los dos se quedaron abrazados.

—¿Qué vas a hacer? ¿Violarme? —dijo nerviosa.

Mav se apartó un poco. Prefería que corriese el aire. No tocaría a esa señora ni aunque fuese el último ser humano sobre la faz de la tierra.

—Ya te gustaría...

—Si lo haces gritaré.

El pasillo olía de una forma extraña, como si hubiese estado cocinando coles o berzas.

—Antes me la corto... que follar contigo.

—Si no estoy tan mal —dijo mientras se llevaba las manos al pelo y trataba de quitarse la ridícula diadema.

El comentario la había herido en su amor propio.

—Tranquila... que te vas a quedar con las ganas.

No quería hacerle daño mientras no fuera absolutamente necesario.

—¿No me ves guapa?

La Olerona comenzó a quitarse los rulos. Divisó las arrugas que se le formaron alrededor de la comisura de los labios. Su piel, seca y mustia, le recordó a un ajado pergamino.

—Quiero que permanezcas calladita, ¿de acuerdo?

—¿Y después me follas? —dijo.

Al hablar se le iluminaron los ojos.

—¿Qué? Ni en broma.

—¿Quieres ver mi almeja?

—No, no hace falta.

—¿No quieres comérmela un poco? —dijo mientras conducía la mano hacia el cinturón de la bata.

«Solo espero que no tenga pensado hacerme un estriptís».

—Ahí, yo no bajo ni de coña.

—Solo un poquito... venga. Te doy veinte euros.

—Deja de decir chorradas. Estoy en un lío bien gordo.

—Sé que me deseas. Lo noto cuando cruzamos nuestras miradas en el portal. ¿Te crees que no me doy cuenta? Veo la forma en la que me miras cuando subo por las escaleras. ¡Todavía soy una milf muy apetecible!

La mujer confundía el amor con el asco. Aunque en los últimos años su relación no había ido más allá de un «¡Hola, buenos días!» o un «¡Parece que hoy va a llover!», odiaba con todas sus fuerzas a aquella vieja cotilla. No obstante, ahora necesitaba su ayuda. Así que decidió suavizar el tono de la conversación y dejar a un lado los prejuicios.

—¿Milf?

—Sí, madres a las que te gustaría follar.

—Tú, ¿una milf?

Casi le da un ataque de risa.

—Claro —dijo tajante.

Y se contoneó.

—Si acaso... granny.

—¿Yo una abuela? ¡Venga ya! Un cuerpo como el mío no se ve todos los días.

Desconocía el concepto que el resto de personas tenían de ella.

—Quizá con las luces apagadas...

—Espera que me despeloto.

—No, por favor, no hace falta. No quiero quedarme ciego.

—La soledad es muy jodida, hijo. Yo sé mucho sobre eso. Una mujer necesita el calor de un hombre. Debe saber que sigue viva. Pero desde que murió mi pobre Santiago... mi vida sexual es inexistente —dijo suspirando.

«Pues yo no te voy a quitar las telarañas. Antes me pego un tiro o dejo que me fulmine el virus que llevo encima».

—Te hace falta un novio, Ramona. Podrías buscarlo por internet. Hoy en día, hay muchas aplicaciones de contactos para combatir la soledad. Si lo deseas, te paso una —dijo con malicia tras acordarse de Casidiosa.

—Yo no quiero ser como esas viejas a las que encuentran en casa, momificadas, diez meses después de que hayan muerto. Necesito estar con alguien. Que me quiera un poco. ¿Acaso es mucho pedir?

—No, claro que no. Por cierto, ¿tienes algo de alcohol?

—¿Vodka? —dijo ilusionada.

—No. Alcohol 96.

—¿Por qué? ¿Ocurre algo?

—Necesito curarme esto.

Le enseñó el corte que tenía en el brazo. Un tajo, de unos diez centímetros, le decoraba parte del hombro. La herida no tenía buena pinta. Ella lo miró con curiosidad y frunció el ceño.

—Ahora te lo curo.

Él se quedó sorprendido con el cambio de actitud. Ramona desapareció y, al cabo de unos segundos, regresó con un bote de alcohol, otro de yodo y unas gasas. Mav agradeció el gesto con una sonrisa de complicidad. La anciana no debía de estar muy bien de la cabeza.

Pasaron al salón. El lugar estaba decorado con estilo. El mobiliario lo

componían un *chaise longue* gris de tres plazas, una estantería llena de figuritas compradas en los mercadillos y una mesa de cristal que descansaba sobre una alfombra de piel de leopardo. El suelo de parqué relucía con el fulgor de una mañana soleada. Imaginó que lo habría encerado recientemente.

La vivienda le pareció espaciosa y limpia. Siempre había imaginado la casa de Ramona llena de crucifijos y objetos religiosos. Pero, para su sorpresa, no vio ninguno. Tampoco había adornos antiguos que proyectasen una imagen rancia.

En la pared descubrió una televisión LG de más de cincuenta pulgadas. Los partidos de fútbol debían de verse de maravilla. En el otro extremo vislumbró una reproducción de un cuadro de *Edward Hopper*, el pintor del silencio. En el lienzo distinguió a cuatro personas sentadas en un restaurante durante lo que parecía ser una larga noche. Giró la cabeza y miró a través del ventanal por el que se filtraban los últimos rayos de sol de una agonizante tarde. Visualizó a Ramona, día tras día, junto a la ventana mientras observaba lo que sucedía en la calle y trataba de enterarse de las desgracias ajenas.

Apretó los dientes cuando le roció la herida con alcohol.

—¡Joder!

—¿Escuece? —dijo con una mordaz sonrisa.

Le limpió el corte con la gasa. Su cara proyectó una mueca de dolor.

—Un poco.

Estuvieron unos instantes sin mediar palabra. Cuando terminó de curarle, Ramona tomó asiento en el sofá, dejó los enseres encima de la mesa y le miró intrigada.

—Ahora quiero que me cuentes qué es lo que ha pasado —dijo.

Mav pensó si había sido ella la que podía haber dado la voz de alarma. Le pareció factible. ¿Quién si no? Decidió disipar las dudas.

—¿Acaso no lo sabes?

Su cara mostró cierto asombro. «¿De qué coño me hablas? Yo no sé nada. No tengo ni idea», parecía sugerir su penetrante mirada. O era una buena actriz o decía la verdad. Se decantó por la segunda opción.

—No, claro que no. Llevó en casa toda la tarde. Estuve encerando el suelo.

Él se tomó unos segundos.

—Mi ex está muerta.

—¿Qué?

Su voz sonó fría y fúnebre como el discurso de un político que se

encuentra alejado de la realidad.

—Han... han matado a Natalia.

—Nooo. ¿Quién?

—No lo sé —mintió.

Ella le observó con desasosiego.

—Hace unos días se comportó como una maleducada.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo la viste?

—Creo que fue el jueves de la semana pasada —dijo haciendo memoria

—. Tuve un encontronazo con ella. Se metió conmigo. Me llamó víbora y también olerona.

Ese apodo se lo había puesto él. Sonaba mucho mejor en su boca.

—¿Cómo?

—Me acusó de ser una cotilla. Dijo que disfruto oliendo los pedos ajenos.

Mav contuvo la risa mientras decidía qué hacer con Ramona.

—¡Vaya! Quería preguntarte si... ¿en los últimos días has visto algo fuera de lo normal?

Era dar palos de ciego, pero había que intentarlo.

—¿De qué hablas?

—Si has visto algo raro en el portal.

La frase la descolocó por completo.

—¿Raro?

—Sí. No sé... ¿Alguna persona te ha llamado la atención? ¿Te has cruzado con algún desconocido en la escalera? ¿Has oído ruidos extraños en mi piso? ¿Nadie ha preguntado por mí? Cosas así. Situaciones que se salgan de la rutina.

Ella condujo su dedo índice de la mano izquierda hacia el mentón.

—No, que yo sepa no... Y soy muy observadora.

—Eso ya lo sé —dijo con ironía.

—Y, ¿qué vas a hacer?

—No tengo ni idea. Tampoco puedo quedarme aquí. La policía está en mi piso. Necesito salir del edificio sin que me vean.

—Si no tienes nada que esconder, ¿por qué te marchas?

Él se encogió de hombros. No le apetecía perder el tiempo en explicaciones absurdas. Tampoco confiaba en ella.

—Es complejo de explicar.

—Complejo, ¿eh?

La vecina cruzó los brazos.

—Yo no la he matado. La quería. Estuvimos muchos años juntos. Nunca tendría el valor de hacer algo así. Estoy seguro. Alguien quiere incriminarme.

—¿Quién?

—Si lo supiera...

—Y, ¿por qué?

—Eso es lo que pretendo averiguar.

—Parece una novela de Agatha Christie.

—Lamento haberte avasallado de esta forma. No era mi intención.

—¡Descuida! Estoy acostumbrada a que me traten mal. Todo el mundo cree conocerme, pero nadie sabe nada de mí.

Pensó en atarla a una silla y ponerle una mordaza en la boca.

—Si me marchó, ¿llamarás a la policía?

—No, claro que no. ¿Por quién me tomas?

¿Podía fiarse de su palabra?

—Ya.

—Y si no es indiscreción, ¿a dónde irás?

12

Tras bajarse del cacharro que conducía Mav, Laura encauzó sus pasos hacia un trastero que había alquilado unos meses antes con un nombre falso en la calle Colombia. Estaba intranquila. Constantemente miraba hacia atrás. Tenía la impresión de que miles de ojos la acechaban. Ella no era quién decía ser. Laura, Virginia, Lea o Jennifer solo eran mudas de serpiente. Alias. Nombres que figuraban en distintos documentos de identidad y de los que, tarde o temprano, se terminaba deshaciendo.

Con la historia del papa Luna había conseguido convencer a aquel pobre desgraciado. Algunas de las cosas que le había contado eran ciertas, pero otras se las había inventado sobre la marcha para poder ganarse su confianza. Era buena improvisando. Mentía bien. Siempre había sido una experta en esa materia: una superviviente nata.

Cuando se hallaba en una situación comprometida, su cerebro funcionaba con una increíble rapidez.

«Sí, se lo ha tragado. ¿Tú? ¿Anticuaria? ¡Venga ya! Y lo mejor ha sido cuando le he confesado lo del muerto en la bañera. Le ha faltado poco para entrar en shock. Por desgracia, esa parte sí es verdad. ¿Y la cara que se le ha quedado cuando le he contado que me intentaron atropellar? ¡Vaya bulo! ¡Casi me muero de la risa! ¡Menudo pobre diablo!», pensó.

Ella era una ladrona profesional. El tipo no tenía ni idea de dónde se había metido. Supuso que dentro de poco estaría muerto.

Una punzada le golpeó en el estómago al pensar en esa posibilidad. ¿Por qué le había besado? ¿Acaso sentía atracción por él? ¿Acaso aquel idiota le importaba? No, claro que no. A ella no le importaba lo más mínimo. Si ni siquiera le conocía. No sabía nada sobre él. Solo había sido un impulso irracional: atracción física, deseo, nada más. Se había dejado llevar por la situación. Pese a ello, había algo en él que le resultaba excitante.

«¿Síndrome de Estocolmo?», pensó.

En su profesión no tenían cabida los sentimientos. El amor estaba vedado. No era la primera ocasión en que una persona moría por sucumbir a sus emociones. Por otro lado, ella tendía a cosificar a los hombres. Solía verlos como meros instrumentos para alcanzar sus fines. No obstante, no podía quitárselo de la cabeza. Habían pasado unos minutos y seguía pensando en él.

Apuró aún más el paso y observó los coches que circulaban a gran velocidad por la carretera. Cada vez que se aproximaba un vehículo trataba de

ocultar su rostro. De momento, seguía viva, pero era consciente de que corría un gran peligro. Tenía que esfumarse. Mimetizarse con el paisaje. Desaparecer.

Bajó por la calle Hortaleza y se internó en la plaza de Trujillo. Centró su atención en un parque donde a diario muchas personas llevaban a sus mascotas. Se fijó en un perro que acababa de defecar. La dueña recogió las heces en una bolsa, las tiró a la papelera y siguió caminando calle abajo. Durante unos instantes, pensó en darse la vuelta. Cualquier precaución le pareció poca.

Vio la hilera de árboles y plantas que delimitaban el perímetro. Observó con fijeza el castaño con el tronco torcido. A su lado había un rosal que tenía las hojas mustias. Echó un vistazo a ambos lados de la calle y trató de recobrar el resuello. Cuando se sintió segura, echó a andar. Atravesó la zona de recreo donde se hallaban los columpios, subió un escalón y anduvo unos cuantos metros por la alfombra de césped. Al llegar a la altura del rosal, se puso de cuclillas y empezó a remover la tierra.

Olía fatal, a heces y basura. Debía darse prisa o su actitud resultaría sospechosa. Por suerte, no había nadie mirando. Aun así, siempre estaban las ventanas de los bloques de viviendas que rodeaban el parque. O las unidades motorizadas de la Policía Local que patrullaban el lugar cada cierto tiempo. Cavó lo más rápido que pudo. La arena se le incrustó entre las uñas. No lo había enterrado a demasiada profundidad. Tenía que estar allí.

Al cabo de unos minutos pensó que tal vez se había equivocado.

«Quizá es el rosal de más allá. O puede que lo haya encontrado algún jardinero», pensó.

En ese caso, no podría hacer nada excepto regresar al apartamento alquilado. Esa posibilidad era demasiado arriesgada. Podía haber alguien vigilándolo. Su trabajo en Salamanca había concluido después de más de seis meses. Cuando ya estaba a punto de darse por vencida, sus dedos se toparon con un envoltorio azul. Le invadió una inmensa alegría. Lo cogió, sacudió los restos de tierra y se lo guardó en el bolsillo. Ni siquiera se molestó en revisar el contenido. Por motivos de seguridad había hecho una copia de las llaves. En su oficio siempre era conveniente prepararse para cualquier eventualidad. Las contingencias estaban a la orden del día. Cuando le encargaban sustraer determinada pieza artística elaboraba un minucioso plan y, por fácil que le resultase el encargo, siempre hallaba la forma de escapar. Si no quería que los gusanos le hiciesen compañía, debía ponerlo en práctica.

Durante más de veinte minutos caminó hasta el polígono industrial el Montalvo. Cuando llegó, subió por una de las avenidas laterales hasta un horrible edificio de tres plantas, construido a base de piedra de Villamayor, hierro y hormigón, situado en la calle Colombia. Más de quince mil metros cuadrados destinados a almacenar objetos. Al entrar, descubrió que el guardia de seguridad se encontraba sentado en su garita leyendo una revista. Ella lo saludó. Él dejó a un lado la lectura y asintió con la cabeza. Como ya sabía dónde se hallaba el guardamuebles fue con rapidez hacia el sótano. Bajó las escaleras de dos en dos y recorrió un angosto pasillo hasta dar con el trastero 325. Sacó la llave del envoltorio azul, la introdujo en la cerradura y levantó la pesada puerta con las dos manos. Tras dar la luz, la volvió a bajar. Se aseguró de cerrar bien por dentro.

El trastero tenía una planta rectangular y era espacioso. En el contrato de alquiler figuraban dieciocho metros cuadrados. Al fondo, pegadas junto a la pared, se veían un montón de cajas de cartón, apiladas unas encima de otras. Comenzó a revisarlas. En el interior tenía lo imprescindible para desaparecer. Dinero, una nueva identidad, ropa y varios pasaportes falsos que meses atrás había adquirido en el mercado negro.

Cuando abrió la última de las cajas, comprobó que el tesoro seguía allí. Cogió el cáliz, confeccionado en plata sobredorada con esmaltes transparentes, y lo sostuvo entre las manos. Aquella reliquia había permanecido en la catedral de Tortosa hasta mil novecientos treinta y seis, año en el que el Gobierno de la II República la requisó. Las malas lenguas afirmaban que la copa había sido empleada en misas negras con la intención de invocar al diablo. Otras fuentes sostenían de forma errónea que el cáliz había sido utilizado por Jesús durante la última cena.

El cáliz se había fabricado a finales del siglo XIV y durante los últimos setenta años había pasado por las manos de varios coleccionistas privados. Laura se acordó de Ramón Bernárdez. Un par de semanas atrás ella se había registrado, con uno de sus muchos nombres falsos, en el hotel donde el hombre se alojaba. Lo llevaba siguiendo desde hacía varios meses. El tipo era un traficante de arte. Tenía una tienda de antigüedades en la Gran Vía. Desde aquel lugar hacía sus chanchullos. Alrededor de las dos de la madrugada, se colocó un pasamontañas en la cabeza y forzó la puerta de la habitación con una ganzúa. Sorprendió al hombre mientras dormía. Al principio, Ramón se mostró reacio a hablar al oír la voz de la mujer. Sin embargo, cuando le apuntó con una pistola cambió de opinión.

Al parecer, la pieza había salido de la mina de la Vajol con destino al buque Vita, un barco que perteneció a Alfonso XIII y que Juan Negrín, último jefe del Gobierno, ordenó fletar para la República.

—En febrero de mil novecientos treinta y nueve la embarcación salió del puerto de Le Havre en la costa de Normandía —dijo Ramón mientras observaba el arma.

—Y, ¿cuál era su destino?

—El estado mexicano de Veracruz. En su bodega, el navío llevaba infinidad de objetos incautados durante la guerra por la Caja General de Reparaciones, además de joyas, diamantes, cuadros, lingotes de oro y muchos otros objetos de valor. Indalecio Prieto, antiguo ministro socialista de Defensa Nacional y por entonces embajador de la República en México, se encargó de todo. Para ello, contó con la complicidad del presidente Lázaro Cárdenas y de multitud de funcionarios mexicanos. Como nunca se hizo inventario de la carga, por temor a que el Gobierno de Franco pudiese reclamar el tesoro una vez terminada la guerra, se cree que el valor total de lo que el Vita transportaba era de cincuenta millones de dólares. Aunque algunas fuentes señalan que pudo superar los trescientos.

—¿Trescientos millones?

—Así es. Todos aquellos tesoros se descargaron en el puerto de Tampico y se llevaron en secreto en tren hasta la ciudad de México. Finalmente, la carga terminó en un taller de la ciudad con la intención de fundir el oro y la plata para venderlo al Banco de México. El taller funcionaba a pleno rendimiento. Los trabajadores desmontaban las joyas, extraían las piedras preciosas de los relojes y fundían las piezas de valor para que no las pudiesen reclamar sus legítimos dueños. Hasta que la explosión de un tanque de acetileno en el taller despertó el interés de la prensa mexicana. Ante las suspicacias y el revuelo que se montó en la opinión pública, el Gobierno de México decidió trasladar el cargamento hasta una zona más solitaria. Así que eligieron el parque nacional Nevado de Toluca. Allí, el ejército cercó el lugar e improvisó unas instalaciones para que continuaran las tareas de despiece y fundición de las piezas. Hace unos años, unos buceadores hallaron dentaduras postizas sin las piezas de oro, relicarios, pulseras a las que les habían sustraído las piedras preciosas, cruces, esferas de relojes y cajas de seguridad con el lema Monte de Piedad y Montepío en el fondo de uno de los lagos. Se suponía que con el dinero obtenido por la venta del oro ayudarían a todos los republicanos españoles que se hubiesen exiliado en Francia y México.

—Nada más lejos de la realidad, ¿no?

—Los políticos solo se ayudan a sí mismos. Por suerte, se realizó una minuciosa selección. El cáliz y algunas de las piezas no se fundieron. Eran demasiado valiosas como para ser destruidas. De esta forma, se vendieron a varios coleccionistas privados en Nueva York. El cáliz lo adquirió un importante empresario dedicado al sector de la metalurgia y lo tuvo en su poder durante cincuenta y tres años. A su muerte, la copa se subastó y la adquirió Mathew Green, un excéntrico multimillonario de Virginia.

Laura conocía a Green por las informaciones que había leído en la prensa. El tipo era un playboy, un filántropo que dedicaba sus días a viajar, volar en parapente y vivir la vida. Green había amasado una fortuna con su empresa de construcción en la década de los ochenta. De ahí pasó a otros sectores de negocio. Diversificó sus empresas: alimentación, limpiezas, catering, sanitarios y ocio y entretenimiento. A principios de los años noventa poseía Buitraco Films, la segunda cadena de videoclubs más grande de Estados Unidos.

—¿Cómo llegó la pieza a tus manos?

—Por casualidad.

Ella sabía que las casualidades no existían. Siempre había una razón.

—Ya, claro...

—Una de las personas a las que represento se coló en una de las mansiones que Green tiene en California y burló su sofisticado sistema de seguridad. En una de las salas, oculta detrás de un cuadro, dio con una caja fuerte. Tras abrirla, en su interior descubrió la copa y unas cintas en vhs bastante comprometedoras. En ellas se veía a Green y a varios encapuchados, ataviados con unas extrañas túnicas, con el cáliz mientras realizaban una serie de extraños rituales.

—¿Qué clase de rituales?

Ella tragó saliva y contuvo el aliento. Se acordó de las leyendas que circulaban alrededor de la vasija. El cliente que la había contratado para recuperar la pieza mencionó algo sobre ello: «No te dejes engatusar. Todo es ficción, charlatanería. Simple folklore», le había advertido.

—Sacrificios humanos. Se hacen llamar la Hermandad.

—¿La Hermandad?

—Tienen tatuado en la espalda una especie de marca que los distingue... Llevan tiempo detrás de mi cliente.

Antes de abandonar la habitación, ella lo ató a una silla, le colocó una

mordaza en la boca para que nadie escuchase sus gritos y se hizo con el cáliz que Ramón había ocultado debajo de la cama.

—Si te lo llevas... estarás firmando mi sentencia de muerte.

Cuando Laura salió de la habitación el hombre seguía con vida. Horas después, la policía lo encontró en la bañera desangrado. Se había cortado las venas. Encima de la cama los agentes hallaron una nota de suicidio. Estaba convencida de que alguien había enmascarado su muerte.

«Quizá, después de todo, lo de la Hermandad no sea un farol», pensó.

Lo que ella no lograba entender era cómo habían dado con su paradero. ¿Cómo supo aquel idiota dónde encontrarla? Ella solía ser muy precavida. En su oficio, si no se tenía cuidado, se podía terminar dentro de una bolsa de plástico. La experiencia le había enseñado a desconfiar de todo el mundo. Por eso, era una de las mejores ladronas del gremio. Llevaba años traficando con obras de arte. El trabajo no estaba mal remunerado, pero había que hacerlo bien. Se preguntó qué fallo había cometido para que Mav se presentase en su puerta.

Cogió el espejo y las tijeras que había en una de las cajas y empezó a cortarse el pelo. Al terminar, abrió un envase con tinte, leyó las instrucciones y preparó la mezcla en un recipiente de plástico. Se la aplicó en la cabeza con una brocha. Lo hizo de forma uniforme, tratando de no dejar restos pelirrojos. Esperó durante un rato. Para hacer más llevadera la espera, revisó su nueva identidad: Maite Díaz Gómez. Memorizó el nombre y el número del DNI. Cuando pasaron los quince minutos, rebuscó en una de las cajas y extrajo tres botellas de agua mineral. Las vació en un barreño y se aclaró el pelo varias veces. Después se quitó la ropa que llevaba puesta y se lavó las distintas partes del cuerpo como pudo. El agua fría la mantuvo alerta.

En otra de las cajas había empaquetado varias prendas. Eligió unos tejanos, un tanga, una camiseta con un dibujo gris y una cazadora vaquera. Se vistió despacio. Al verse reflejada en el espejo tuvo la sensación de que se había quitado un lustro de encima. El tono rubio le otorgaba cierto aire intelectual. Pensó en las estudiantes universitarias. Podían confundirla con una de ellas.

Envolvió el cáliz en papel de periódico y lo guardó en una mochila que se echó al hombro. Contaba con mil doscientos euros en efectivo. Suficiente hasta llegar a Madrid. Si la cosa se ponía fea podía recurrir a las tarjetas. Aunque eso suponía que podrían rastrearla. Había planeado viajar en autobús. A la mañana siguiente se reuniría con la persona que la había contratado. En cuanto

realizase la entrega y cobrase, desaparecería durante un largo tiempo.

Al llegar a la recepción, se dio cuenta de que el guardia se había quedado dormido en la garita. Le oyó roncar. Sus labios trazaron una sonrisa. Al salir del edificio se aseguró de que la puerta no diese ningún portazo. En la calle se había hecho de noche. Las farolas estaban encendidas y el silencio se había adueñado de todos los rincones del polígono industrial. De fondo, distinguió algún que otro camión junto a las aceras.

A esas horas los autobuses urbanos habían dejado de circular. Caminó por el carril bici que bordeaba el río hasta alcanzar el puente Romano. El río Tormes tenía mucho caudal a consecuencia de un lluvioso invierno. Subió por la Vaguada de la Palma en dirección a la zona de los hospitales. Se topó con un grupo de jóvenes que estaban realizando un botellón. Uno de ellos le ofreció su litrona de cerveza para que bebiese un poco y la animó a que se uniera. Ella declinó la oferta con una sonrisa y siguió su camino. El autobús salía en menos de treinta minutos. Se puso a cruzar la carretera cuando las luces de un vehículo que circulaba a toda velocidad la deslumbraron.

Ni siquiera le dio tiempo a gritar.

13

—¡Joder, hacía un siglo que no te veía! ¿Dónde te has metido? Has adelgazado un montón —dijo César tras abrir la puerta de su apartamento.

Tuvo la sensación de que había transcurrido una eternidad desde la última vez que habían coincidido en el trabajo. César era regordete, tenía los ojos saltones, la nariz aguileña y una incipiente barriga. Le gustaba comer. A diario se atiborraba de bollería industrial. Donuts, bizcochos y pancakes formaban parte de su dieta. Mav le había advertido que debía comer menos dulces y más verduras. O pronto se convertiría en una de esas personas obesas, que salían en los programas de la televisión norteamericana, dispuestas a someterse a una operación de reducción de estómago.

—Será por la mala vida que llevo.

Reparó en que su rostro se encontraba lleno de granos. A pesar de que sobrepasaba la treintena, el acné no quería abandonarle. Probablemente, tanta grasa tenía que salir por algún lado. Vestía una camiseta negra con las letras de Star Wars serigrafiadas a la altura del pecho, pantalones de chándal y unas chancletas que dejaban al descubierto unos dedos gordos y rollizos. El tío era un friki. Adoraba las películas de George Lucas y se volvía loco con los cómics y los videojuegos. En los últimos meses estaba enganchado al *Fortunite*.

—¿Dónde te has metido?

Mav giró la cabeza hacia los lados para cerciorarse de que nadie los pudiera escuchar. Un gesto de preocupación se dejó entrever en su semblante. Parecía demacrado, como si de repente hubiese envejecido más de veinte años. En los últimos días, había vivido demasiadas experiencias traumáticas.

—Es una historia muy larga.

—Tengo tiempo de sobra.

—Yo no.

—Juan te ha despedido.

—¿Ah, sí? Pues qué bien. ¡Me la pela! Con lo cabrón que es, no me esperaba otra cosa.

Su voz mostró rabia. Odiaba a aquel maldito negrero que le obligaba a echar un montón de horas. El tipo exigía una puntualidad británica. Los empleados entraban a las siete y media de la mañana. En caso de que algún trabajador llegase cinco minutos más tarde, Juan no dudaba en expedientarlo. En el supermercado uno sabía a qué hora entraba, pero no cuándo salía.

«La mercancía no espera», se justificaba el cabrón.

—Te llamó al móvil un montón de veces, pero... como no lo cogías. Dice que no te va a pagar ni el finiquito.

—Por mí como si se mete la pasta por el culo. No me interesa.

—Ahora, ha contratado a un chino.

—¿A un chino?

—Sí, Yen. Y el pobre no se entera de nada.

—¿Podemos hablar dentro?

—Claro. Pasa.

Entró en el apartamento y suspiró aliviado. Los últimos cuarenta minutos habían sido frenéticos. Estaba empapado por el sudor y le martilleaba el cráneo. Había dado esquinazo a los policías que merodeaban por el rellano de la escalera. No había sido nada fácil. Se acordó de que había bajado las escalinatas con temor. Estaba asustado ante la posibilidad de que un vecino le pudiera reconocer y diese la voz de alarma. Pese a su miedo, nadie le había delatado. Después, había esquivado los coches patrulla que había aparcados junto a la acera. Le llevó un rato aclarar las ideas.

Durante más de media hora había caminado por la ciudad sin rumbo fijo. A pesar de que estaba desesperado, trató de no exteriorizar su preocupación. Le quedaban menos de treinta horas. ¿Qué alternativas tenía? ¿Dejarse vencer por la desesperación? ¿Rendirse? No. Eso no iba a suceder. Natalia merecía justicia.

—Acabo de hacer la cena, ¿quieres una porción de pizza?

Pensó en Ramona. Al menos la vieja cotilla no le había traicionado a las primeras de cambio. A veces, la gente le sorprendía.

—No, gracias. No me apetece.

Estudió con detalle la sala de estar. Seguía igual que la última vez. Reinaba el desorden y la falta de higiene. Una lámpara de mesa vomitaba un tenue resplandor. El polvo se hacinaba en la mesa de cristal. En las paredes había un póster de Casablanca con la fotografía de perfil de Bogart y Bergman. También una pequeña televisión de la que sobresalían los cables de la videoconsola. César se pasaba las horas delante de la pantalla. Reconoció varios de los juegos que descansaban sobre los anaqueles de una pequeña estantería. Él había sido su rival en el NBA 2K18. El sofá de piel resultaba incómodo y, cada poco, se hundía. Parecía como si el asiento quisiera succionarlo.

—Necesito que me eches una mano. No sé a quién recurrir. Estoy en un

marrón de cojones —dijo con énfasis.

Le contó todo lo que había sucedido después de su encuentro con Casidiosa.

—¿La poli te busca? —dijo tras engullir una porción de pizza.

—Sí, pero estaré muerto muy pronto. A no ser... que hagas algo por mí.

César no le creía. Tenía la impresión de que su antiguo compañero le había contado un bulo para reírse de él.

—¿Estás de coña, verdad?

—No bromeo, tío.

Le observó con suspicacia.

—Me estás vacilando, ¿no?

—Ojalá. Me muero, tío.

César cogió el móvil, agachó la cabeza y miró las noticias locales.

—¡Joder! Eres famoso. Mira esto. Tu fotografía sale en el periódico.

Se acercó a la pantalla y vio que su rostro aparecía en la portada de un diario digital. La imagen no era reciente, pero servía para identificarlo.

«Podían haber elegido una mejor», pensó.

La instantánea se había tomado en un establecimiento de la plaza Mayor unos años atrás, cuando Natalia y él eran felices. Por aquel entonces ella le seguía queriendo. Se fijó en que tenía el pelo más largo y su semblante no albergaba tantas arrugas.

—¡Vaya mierda!

Se habían dado prisa. La noticia había corrido como la pólvora. El diario debía de tener una buena fuente infiltrada en la policía.

—Aquí dice que eres un fugitivo peligroso.

—¿Yo? ¿Peligroso?

—Eso es lo que pone.

—Tú me conoces bien...

Se hizo un silencio.

—No sé, tío.

—¿No sabes? ¿Ahora me vienes con esas?

—Tal vez deberías marcharte.

—¿Por qué?

—No quiero que me tomen por tu cómplice.

—¿Cómplice? ¡No digas chorradas! Además, tú eres el responsable de que me encuentre metido en este lío.

—¿Yo? Pe... pero ¿de qué hablas? —dijo mientras se llevaba la mano

izquierda a la cabeza.

—Sí, tú.

Se limpió la grasa del atún y el beicon en los pantalones y le miró como un sacerdote que hubiese escuchado la blasfemia de un feligrés durante la celebración de la eucaristía.

—Pe... pero ¿qué dices hombre de Dios?

—¿Recuerdas la aplicación que me recomendaste?

—¿Cuál?

—La maldita *app* de contactos...

—¿La de ligar?

—Esa misma.

—Nooooo.

—Pues esa mierda me ha jodido la existencia.

—¡No fastidies!

Él asintió.

—Déjame el teléfono.

—¿Por qué?

Mav le arrebató el móvil de las manos y comenzó a mirar los iconos del menú. Enseguida dio con la aplicación de contactos, la abrió y tecleó el nombre de Casidiosa en el buscador. Enseguida aparecieron dos perfiles. Uno seguía activo. El otro no se había utilizado en los últimos seis meses.

—¿Ves a esta zorra? —dijo mientras le mostraba la pantalla.

Los ojos verdes y el pelo rubio de la mujer captaron su atención. Un silbido emergió de su boca.

—¡Joder está buenísima!

—Si tú lo dices...

«Eso es porque se ha excedido con el Photoshop. Cuando la veas en persona, seguro que ya no te parecerá tan guapa», pensó.

—Pues claro.

—Necesito que quedes con ella.

—¿Yo? ¿Para qué?

—Para echar un polvo... no te jode. Tú, ¿qué crees?

Él encogió los hombros, como una tortuga que se repliega detrás de su caparazón.

—No lo sé.

—Voy a ajustar cuentas con esta tía. Ella me llevará hasta la persona que está detrás de la muerte de Natalia.

—Lo siento mucho, pero yo no quiero problemas.

—¿Por qué?

—A mí... déjame al margen.

—Menudo amigo que estás hecho.

—Oye, oye... tan solo somos compañeros de trabajo.

—¡Ah! Ahora somos colegas de curro, ¿no? ¿Y cuando te ayudé con la mudanza, eh? ¿Y cuando te dejé dinero para pagar el portátil? ¿Y cuando medié en la discoteca para que aquel armario empotrado de más de dos metros no te rompiera la cara?

—Vale, vale... Lo he pillado a la primera. No hace falta que me lo repitas. ¿Qué debo hacer?

—Serás el cebo.

—¿Qué? —dijo asustado—. Ni de coña.

—Me muero, colega. No me queda demasiado tiempo.

César no supo si su amigo bromeaba o hablaba en serio.

—Está bien.

—Tú no tendrás que hacer nada. Yo me encargo. Esa tía no actúa sola. Hay más gente implicada. Alguien me golpeó cuando subí a la furgoneta.

—¿Y si no puede quedar esta noche?

—Pues tendré que ir a ver a un cura para que me dé la extremaunción. De todas formas, estoy seguro de que no ha sido la primera vez. Creo que siempre recurren al mismo modus operandi.

—¿Modus operandi? ¿Ahora eres poli?

—Es una forma de hablar.

—Pues me estás acojonando...

—No soy el primer incauto al que le joden la vida —dijo mientras se acordaba de Loli.

Se fijó en que el nombre de usuario que utilizaba César en la aplicación de contactos era JediDick.

—¿Dick?

Como icono para el perfil había añadido una imagen de Son Gokū, el personaje de una serie infantil que poseía una fuerza sobrehumana.

—Estoy bien dotado. Más que Nacho Vidal.

—No lo dudo, amigo.

Mav abrió un hilo para mantener una conversación con Casidiosa y tecleó en el móvil:

JediDick: ¡Hola guapa!

Esperó un par de minutos. No obtuvo ninguna respuesta.

Al cabo de un rato, escribió otro mensaje.

JediDick: ¿Te gustaría pasarlo bien?

Nada. No estaba conectada.

—¡Putra mierda! —dijo enfadado—. ¿Hay alguna otra forma de localizarla?

—¿Sabes su número?

—No.

—¿Su dirección IP?

Él movió el cráneo a derecha e izquierda.

—Entonces... no hay nada que hacer.

—¡Joder!

—Lo siento, tío.

Empezó a notar mareos. Sentía como si las fuerzas le estuviesen abandonando.

—Soy un cadáver. Esa zorra me ha jodido bien —dijo con lástima.

Iba a morir y aún no había cumplido los treinta y ocho. Pensó en las cosas que le quedaban por hacer: viajar a Nueva York, visitar el Madison Square Garden, comprar una moto, comer en un restaurante tailandés, presenciar un partido de fútbol en el Nou Camp, aprender a tocar la batería, hacer puenting...

La lista le pareció interminable.

—¿Y si acudes a un hospital?

—¿Para qué?

—Allí te pueden hacer pruebas. Seguro que descubren lo que te ha inyectado ese tío.

—No hay tiempo para eso. Los análisis tardarían bastante.

—Y, ¿qué vas a hacer?

—Redactar mi testamento.

—¿Me dejarás tu colección de blurays?

Mav retorció el semblante.

—Menudo cabrón que estás hecho —dijo mientras esbozaba una sonrisa de oreja a oreja.

—En fin, si ya no vas a estar... te dará igual, ¿no? Total... como no tienes a nadie.

Las palabras de su amigo le hirieron. Decía la verdad. Estaba solo. No había nadie más. Ya ni siquiera podía contar con Natalia. Imaginó su entierro

y, al pensar en la poca gente que acudiría, se echó a llorar. Había malgastado su existencia en un curro de mierda, apenas contaba con amigos y no dejaba descendientes. Su paso por la vida había resultado demasiado breve. Y lo que más le carcomía era que no dejaría ninguna huella. No había hecho nada importante. Se había limitado a sobrevivir. Era un don nadie. Ninguna persona le recordaría. Bueno, quizá César, cuando se pusiera a ver las películas en bluray.

—Eres un cabrón, ¿te lo había dicho alguna vez?

Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Sí, todos los días me lo repites.

—Pues te lo vuelvo a decir: cabrón.

Al cabo de un rato se iluminó la pantalla del teléfono. Mav se sobresaltó y saltó del sillón como un aficionado que ve como su equipo de fútbol mete gol en el último instante de la prórroga. El corazón le latía a tres mil revoluciones por segundo. Distinguió la foto del perfil de Casidiosa.

—Es ella. Es ella... —dijo exaltado.

—¿Qué ha puesto?

—Dice que si... me apetecería jugar. ¡Ya lo creo!

Tras más de veinte minutos en los que intercambiaron varios mensajes subidos de tono, acordaron verse a la una menos cuarto de la madrugada en un descampado próximo al polígono de los Villares.

—Pero ¿ahí no se practica el *cruising*? ¿En ese lugar no es donde hay un montón de drogas y mierda? —dijo César.

—Sí, creo que sí.

—Ya puedes vigilar tu culo.

—He quedado con ella al lado de la valla publicitaria que se encuentra junto a la rotonda. ¿Aún conservas tu vieja chatarra?

Hablaba de un Ford Fiesta que César había tuneado en sus ratos libres. Había invertido un dineral en el vehículo. Le había cambiado el motor, las llantas, la suspensión, los asientos y el tubo de escape. En caso de que tuviese un accidente y el coche quedase reducido a un amasijo de hierros y chapa, la compañía aseguradora no le pagaría ni cincuenta euros por él.

—Le he puesto llantas nuevas. Carbura mejor que nunca.

—Pues cámbiate... que nos vamos. Necesito llegar un poco antes para tantear el terreno. No quiero sorpresas.

Mientras su compañero de fatigas se embutía en un chándal, él cogió un cuchillo de la cocina y lo miró a contraluz. La hoja le pareció afilada. Lo

envolvió en un trapo, se lo guardó en el bolsillo y lamentó haberse deshecho de la pistola en el río Tormes, cuando iba de camino a casa de César.

Ahora la iba a necesitar.

César no quiso tomar ningún riesgo. Condujo con cautela. Procuró no sobrepasar los cuarenta kilómetros por hora. Las calles se habían sumido en un oscuro letargo. Las luces de las farolas iluminaban las aceras. Las avenidas se encontraban desiertas. Los salmantinos ya se habían recogido. Al día siguiente debían madrugar. Subieron por la plaza de toros. Antes de alcanzar la Facultad de Bellas Artes, Mav distinguió unas luces azules y rojas que brillaban en la oscuridad. Se encontraban en el arcén de la izquierda, a una distancia de unos quinientos o seiscientos metros. Supuso que podía tratarse de una ambulancia o de un vehículo de Protección Civil.

—¿Qué es eso? —dijo.

—¡Mierda! Creo que se trata de un control de alcoholemia.

La preocupación se reflejó en el semblante de Mav.

—O puede que me estén buscando. No voy a arriesgarme. ¡Detente! Me bajo aquí.

—Y yo, ¿qué hago?

Las manos le temblaban en el volante.

—Sigues con el plan. Aparcas y esperas al lado de la valla.

—¿Y si me paran?

Notó un tono de alarma en la voz de su compañero.

—¿Has bebido?

—No.

—Pues soplas y ya está.

Detuvo el vehículo.

—No sé, tío.

—¡Cíñete a lo que hemos hablado! A ti no te buscan. Mi cara es la que ilustra las portadas de los periódicos digitales.

—¿Y si no aparece la mujer?

—Es la tercera vez que lo dices. Lo hará. Ten un poco de paciencia. Confía en mí.

—¿Confiar en ti?

—Claro. Tú solo tienes que entretenerla todo lo que puedas. La furgoneta estará por los alrededores. Por nada del mundo te subas, ¿me oyes?

—¿Y mi teléfono?

Mav lo sacó del bolsillo y se lo entregó. Se apeó del coche y cerró la puerta sin hacer ruido. Jirones de vapor salieron de su boca.

La valla se encontraba mucho más arriba. Tendría que rodear a los policías y caminar durante un buen rato. Hundió la cabeza en los hombros, cambió de acera y se mantuvo lejos de la luz de las farolas. La oscuridad se convirtió en su aliada. Se internó entre la maleza del descampado y cruzó los dedos.

El lugar se encontraba lleno de litronas rotas, pañuelos de papel usados, bolsas de plástico, excrementos y jeringuillas. Con frecuencia, muchos adictos acudían allí a drogarse. Los agentes solían hacer la vista gorda mientras los yonquis estuvieran tranquilos y no se metiesen con nadie. A sus jefes solo les preocupaba que los drogadictos se chutasen delante de un colegio. «Vive y deja vivir», parecía ser el lema.

Caminó hasta alcanzar la valla. Se fijó en que César había aparcado el coche y aguardaba impaciente. Tenía encendidos los faros delanteros. Vio como sacaba un paquete de tabaco y encendía un cigarrillo. Buscó un escondite. Lo encontró detrás de unos árboles. Aún era temprano. No podía apartar a Natalia de sus pensamientos. Se le revolvió el estómago cuando la recordó tumbada sobre la cama con la garganta abierta. Pagarían por lo que le habían hecho. Miró la hora en el reloj y se dio cuenta de que cada vez se encontraba más cerca de la muerte. Las agujas no se detenían. Pensó en el antídoto y en las posibilidades que tenía de sobrevivir. Le parecieron remotas. Hasta entonces no había apreciado lo que era sentirse vivo.

«Uno no se da cuenta de lo que posee hasta que lo pierde», pensó mientras se acordaba de sus padres.

El ruido de un motor le sacó de su ensimismamiento. Reconoció la furgoneta. Era una vieja Volkswagen Transporter de color blanco que utilizaba gasolina diesel. Distinguió una figura en el asiento del conductor aunque no la llegó a identificar. Supuso que se trataba de Casidiosa. ¿Quién podía ser si no?

De forma instintiva, condujo la mano al bolso y agarró el cuchillo. La furgoneta se detuvo a más de cincuenta metros del coche de César y alguien se bajó. Era una mujer. Lo dedujo por la ropa. Llevaba una minifalda, una blusa que se le ceñía al cuerpo y unas plataformas con más de diez centímetros de tacón. Se acercó a su amigo. Comenzaron a hablar. No consiguió saber lo que decían. Desde donde se encontraba no los podía escuchar. Imaginó que estarían acordando qué hacer. Si tenía un cómplice, no podía estar muy lejos. Lo más probable era que se hallase en el interior del vehículo.

Mav rodeó los árboles, sorteó las zarzas y, aprovechando que la pareja se

encontraba de espaldas, corrió hacia la parte delantera de la furgoneta. Cuando alcanzó su objetivo, apoyó la espalda en la puerta y asintió.

«Ahora o nunca», se dijo.

Agarró el cuchillo con fuerza y, sin hacer ruido, abrió la puerta corredera. Se oyó un leve chirrido. Vio un bulto debajo de unas mantas. Correspondía a una figura humana. Allí había alguien escondido.

—¡No te muevas o te saco las tripas, cabrón!

Posó la hoja de la navaja sobre las mantas. Si lo que hubiera debajo realizaba cualquier movimiento, no tendría ningún reparo en hundir el cuchillo y atravesar el tejido cuantas veces fuera necesario.

—Lo he pillado —dijo alguien.

—¡Levántate! Y hazlo muy despacio...

Mav se apartó un poco para que cuando la figura oculta se incorporase, no pudiese abalanzarse sobre él. Un semblante demacrado, huesudo, como el de los yonquis que buscan su chute diario emergió del revoltijo de mantas. Le recordó a uno de esos perroflautas que se podían encontrar en una vivienda llena de okupas. Calculó que el hombre tendría entre treinta y cinco y cuarenta años. Se fijó en el rostro afilado, las rastas grasientas y los ojos enrojecidos. Vestía una camisa negra de tirantes con una fotografía estampada de Los Ramones y unos mugrientos vaqueros rotos a la altura de la rodilla izquierda. Contaba con varios tatuajes en los brazos. Reparó en una calavera y en dos serpientes enroscadas.

—No he hecho nada, tío. Tan... tan solo dormía en la furgo.

—¿Dormías?

—Sí, hasta que has venido tú y me has despertado.

—¿Sabes quién soy?

—Ni idea, tronco.

—¿No me reconoces?

—No. Es la primera vez que te veo —dijo mientras arrugaba el semblante.

—Pues estuve en este mismo lugar hace unos días. ¿Fuiste tú quién me dio un golpe en la cabeza?

—Yo no sé nada.

Mav giró un poco la cabeza y, a lo lejos, vio a César y Casidiosa. Continuaban hablando. Aún no se habían percatado de lo que había sucedido. Las luces de posición del vehículo seguían encendidas.

Entró en la furgoneta. Olía a porro y a sudor. El hombre le observó con

desconfianza.

—¿Qué buscas, colega?

—No soy tu amigo ni tu colega, ¿te enteras? Ahora te darás la vuelta y pondrás las manos en la espalda —dijo mientras se acordaba de que el cofrade había empleado el mismo método para reducirlo.

—¿Y si no me da la gana?

—Te rajo igual que a un puto cochinito...

—Vale, tronco. Lo... lo entiendo.

—Si obedeces todo irá bien.

Miró a su alrededor. Buscó algo con lo que atarle. El habitáculo se encontraba sumido en la penumbra.

—¿De qué coño vas?

—Como grites o trates de joderme, el próximo navajazo irá al corazón. ¡Esto no es ningún juego, mierdecilla!

En la parte izquierda distinguió una caja de cartón. Dentro había varias bridas. Cogió una. Seguro que las había utilizado para inmovilizar a más de un incauto.

—¿Quieres pasta?

—¿Me has visto cara de ratero?

Cuando se disponía a atarle, el okupa le soltó un codazo. Mav lo esquivó, le dio una patada en la espinilla y le clavó el cuchillo en el hombro. Un aullido de dolor resonó en la furgoneta. Trató de taparle la boca para que no se escuchasen los chillidos.

—¡No grites o te juro por mis muertos que te coso a puñaladas!

Vio furia en los ojos del hombre. La sangre le caía por el brazo.

—Yo... yo no te he hecho nada. ¡Déjame marchar!

—¡Date la puta vuelta!

Obedeció.

Le ató las manos con una brida y después hizo lo mismo con los pies. Se dio cuenta de que tenía la camiseta ensangrentada. Buscó un trapo y le amordazó.

Revisó la furgoneta. En la guantera encontró algo de hierba, la documentación del vehículo y una pistola. Abrió el tambor, comprobó que se encontraba cargada y se la guardó en el bolsillo. Tras asegurarse de que el okupa no podía salir, bajó del vehículo y caminó hasta llegar a la altura de Casidiosa. Quería cogerla desprevenida.

Al verla de espaldas sintió asco. Maldijo la aplicación. Si no hubiera

contactado con ella, Natalia seguiría viva. Vio la nuca de la mujer. Sintió un irrefrenable deseo de golpearla y de rajarle el cuello. Sería un acto de justicia poética.

—¡Hola guapa!

César y la mujer se dieron la vuelta. El semblante de Casidiosa se quedó petrificado en cuanto lo reconoció y vio que la apuntaba con una pistola.

—¿Te acuerdas de mí?

—¡Coño, Tom Cruise!

—¿Para quién trabajas? —dijo Mav.

Estaban a solas. César se había marchado y el okupa permanecía en la parte trasera de la furgoneta. Le había practicado un torniquete para que no se desangrara. Casidiosa se encontraba sentada en el asiento del copiloto. Tenía los brazos atados a la espalda. Al observarla, distinguió la indiferencia que desprendían sus ojos verdes.

—Si... si te lo digo estoy muerta —dijo resignada.

Él la agarró del cuello. Si no le contaba lo que quería saber, la torturaría. Estaba mentalizado sobre lo que tenía que hacer.

—Lo vas a estar de todas formas. Ahora es de mí de quién te tienes que preocupar.

Apretó con su mano derecha para que sintiera lo que era no poder respirar. Ella gimió. Se le contrajeron los músculos. El rostro se le llenó de arrugas. Los ojos de la mujer se le salieron de las órbitas. Enseguida notó la falta de aire.

—¡Tú no le conoces! —dijo jadeante.

La soltó al cabo de unos segundos.

—Sí, que le conozco. Es un malnacido. Ni te imaginas dónde me ha tenido encerrado ese cabrón.

Si no hablaba, acabaría con ella.

—Pues en ese caso... yo me olvidaría.

Casidiosa no merecía ni el aire que respiraba.

—Te diré lo que voy a hacer —dijo tras sacar la navaja del bolsillo—. Empezaré por tu cara. Primero te cortaré los párpados, después la nariz, las orejas y finalmente la boca. Lo haré muy despacio para saborear el momento. ¿Recuerdas a la Dalia Negra?

Ella no dijo nada. Su cabeza parecía hallarse en otro lugar.

—La encontraron en Los Ángeles. Alguien la cortó en dos. Sí, de cintura para abajo. Pero lo peor era su rostro.

Condujo el cuchillo hasta sus labios.

—Lo haré así —dijo mientras deslizaba la hoja por la comisura.

Ella se estremeció en cuanto el metal entró en contacto con su piel.

—Tus clientes ya no te verán de la misma forma. Nadie querrá montárselo con una puta marcada. Quedarás como los payasos del circo.

—¡Vale, joder! Pero aparta eso de mi cara.

Tras sopesar sus palabras, se separó de ella y dejó el cuchillo encima de la guantera.

—¡Habla!

—Es un tío —dijo con frialdad.

—¿Qué tío?

—No sé mucho sobre él. Apenas le conozco. Creo que le llaman el Predicador. Solo le he visto unas diez o quince veces.

—¿El Predicador?

—Sí.

—¿Podrías describirlo?

—Es alto, fuerte, con el pelo rubio. Lleva un pendiente en una oreja y tiene la parte izquierda de la cara totalmente quemada. Con él solo tengo una relación comercial.

—¿Comercial?

—Llevo a la gente que contacta conmigo hasta un almacén abandonado que hay a las afueras de Moriscos. Los dejo y me voy.

—¿Te vas?

Le lanzó una mirada cargada de desprecio.

—¡No me mires así! Estoy harta de chupar pollas, lamer culos y reír las gracias a desgraciados. Yo solo trato de sobrevivir. Es dinero fácil. De alguna forma hay que ganarse la vida.

—¿Sabes lo que hace a esas personas?

—Ni me interesa... ni tampoco quiero saberlo. Él me paga quinientos euros por persona. Eso es todo lo que necesito saber. Lo que él haga o deje de hacer... no es asunto mío.

—¿A cuánta gente habéis jodido la vida?

—No lo sé.

Él la zarandeó. Ella le miró ofuscada. Sintió ganas de estrangularla. Tan solo debía colocar las manos alrededor de su cuello y apretar con fuerza.

—Dime un número o te desfiguraré la cara.

—Veinticinco... veinticinco personas.

El mal existía. Se encontraba en todas partes y podía adoptar múltiples formas. Vio en ella a una bruja. Una sanguijuela que se alimentaba de pobres desgraciados que solo buscaban algo de diversión.

—¿Qué pasó con Natalia?

—¿Quién?

—La mujer que secuestrasteis hace unos días. Te oí por teléfono mientras hablabas con el Predicador. Él te pidió que acabaras con ella.

—Oye, oye... yo no hice nada.

—¡No te creo! Hasta la forma en que lo dices resulta cuanto menos sospechosa.

—Me... me limitaba a obedecer órdenes. ¡Te lo juro por mi madre! No he matado a nadie. ¡Jamás! Nunca haría algo semejante.

—Pero los envías a la muerte, ¿no?

—Ella estaba bien. Él solo nos dijo que la subiéramos en la furgoneta y la asustáramos. ¡Nada más! Después, la llevamos hasta el almacén y la dejamos allí. Cuando nos marchamos ella estaba *vivita y coleando*.

—Quiero que me lleves hasta ese lugar.

—¿Estás loco?

Él negó con la cabeza.

—O lo haces o dejaré que tu amigo se desangre lentamente.

Ella miró hacia atrás. La preocupación se adueñó de su semblante. El okupa tenía la cara embadurnada de sudor y temblaba, como si tuviese mucho frío.

—Llévale a un hospital. Él no tiene nada que ver con todo esto.

—Tampoco mi exnovia. ¡Y, oh, sorpresa... está muerta!

Se quedó callada.

—¿Cómo se pone en contacto contigo?

—A través de *wasap*. Cuando tengo la mercancía le escribo un mensaje.

De la boca de Mav brotó una carcajada.

—¿La mercancía? Bonito eufemismo. ¿Cómo te paga?

—Deja un sobre con el dinero debajo de una piedra.

—¿Tienes las llaves del almacén?

—En la guantera.

La abrió, revolvió entre los objetos que había y se hizo con ellas.

—Quiero que le envíes un mensaje.

—¡Vaya, vaya! Tenemos un nuevo invitado —dijo el Predicador poco después de consultar en el móvil el sistema de mensajería instantánea.

No lo había previsto. Aun así, eso no alteraba sus planes. La mayoría de los miembros estaban en camino. Algunos venían desde muy lejos. Nueva York. Tokio. Londres. Berlín. Otros ya habían llegado. Faltaban menos de cuarenta y cinco minutos para que diese comienzo la ceremonia.

Se enfundó el traje de penitente, cogió un sudario y salió de la habitación. La Hermandad requería los servicios de una persona a jornada completa. Eran demasiadas responsabilidades. Bajó con cuidado las escaleras de caracol que conducían a las mazmorras. Conocía el trayecto de memoria.

Las antorchas que colgaban de las paredes le marcaron el camino. Los techos se encontraban llenos de grietas y telarañas. Lo mismo sucedía con las paredes de piedra. El edificio contaba con más de doce siglos de historia y había sido reformado en varias ocasiones. En las galerías hacía un frío del demonio y, a pesar de las toneladas de raticida que echaba cada año, las ratas correteaban por todos los rincones. Algunas noches las oía chillar. En la antigüedad aquel lugar había sido testigo de cientos de muertes y torturas. El eco de sus pasos resonó con fuerza en el empedrado.

Atravesó varios pasadizos hasta dar con la celda. Cogió un viejo quinqué que yacía sobre una apolillada mesa de madera y lo acercó a una de las antorchas. Tras encender la vela, se fijó en la mujer que se ocultaba detrás de los barrotes. Le pareció mucho más guapa que en las fotografías. Se dio cuenta de que se había cortado el pelo y se lo había teñido. La nueva imagen le favorecía. Le otorgaba un aire juvenil y desenfadado.

«Un desperdicio tener que hacerlo», pensó.

—¿Qué es lo que quieres? —dijo asustada.

—¿Dónde está?

Su voz sonó grave sin el distorsionador vocal.

—¿Quién?

—El idiota que debía matarte.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Nos separamos. Cada uno se marchó por su lado.

—Por su lado, ¿eh?

Acercó la antorcha hasta los barrotes. La luz parpadeó varias veces. Reparó en el rostro, frío y sereno, de la mujer. No supo si decía la verdad. El

único método fiable consistía en torturar a las personas. Solo así podía saber si alguien le estaba mintiendo. En los últimos tiempos había aprendido a observar a la gente. Se podían saber muchos aspectos de la personalidad de un individuo a través de la ropa que utilizaba, el aspecto físico, la forma de moverse, los gestos o las inflexiones en la voz. Para ello se requerían grandes dosis de atención y paciencia. La mayoría de las personas resultaban superficiales y no veían más allá de lo que tenían delante de sus narices.

—A estas horas debería estar detenido... pero no lo está. No me gustan los cabos sueltos. Te lo volveré a repetir, ¿a dónde ha ido?

—No tengo ni idea.

En su tono de voz percibió algo que no había notado la vez anterior: miedo. Las personas atemorizadas no solían mentir.

—Está bien, te creo. De todas formas dentro de unas pocas horas no tendré que preocuparme más —dijo mientras sonreía.

—¿Quién eres?

Al ponerse de lado, la mujer vio las quemaduras. La parte izquierda del rostro del Predicador se encontraba repleta de cicatrices. Eran asquerosas. En la piel se le habían formado surcos irregulares que convivían con bultos y costras reseca.

—Eso carece de importancia.

—Para mí no. No sé qué pinto aquí. Quiero saber por qué me has encerrado en este lugar —dijo mientras trataba de ver más allá de los barrotes.

Una estruendosa carcajada emergió de la garganta del cofrade.

—Ahora resulta que eres una pobre chiquilla desvalida que no sabe nada de lo que sucede a su alrededor.

Intentó apartar las cicatrices de su mente. Debía aparentar firmeza. Si exhibía alguna clase de debilidad aquel monstruo la devoraría.

—Así es.

—Y, ¿qué me puedes contar del cáliz que llevabas encima?

—Me... me lo encontré —dijo titubeante.

—¿Te lo encontraste?

—Ajá. En un contenedor de basura.

—¿Piensas que soy gilipollas?

—Sí tú lo dices...

Carraspeó y la volvió a mirar de arriba abajo.

—No te preocupes. Dentro de muy poco averiguarás por qué te he traído

hasta aquí. Hazme un favor. ¡Ponte esto! —dijo mientras introducía la túnica entre los barrotes.

—¿Por qué?

La mujer miró el atuendo con estupefacción.

—Para ser una presa... haces demasiadas preguntas.

—¿Y si no quiero ponérmelo?

—En ese caso me veré obligado a tomar medidas. No tienes elección. O lo haces por las buenas o bien... entro y te ayudo. Te garantizo que la delicadeza no es una de mis mejores cualidades.

Ella se sobresaltó. Sabía identificar a una persona cuando creía que era peligrosa.

—No hace falta. Pu... puedo arreglarme yo sola.

—Me alegro.

Con los dedos cogió la túnica. Durante unos instantes se miraron fijamente.

—¿Te asusta mi aspecto?

Se le aceleró el pulso en cuanto reparó en sus ojos. Había una mezcla de lujuria y vacío en ellos. Aquella mirada le pareció la de un psicópata. La había visto antes en algunos documentales de la televisión. Ted Bundy o Edmund Kemper observaban a sus víctimas de la misma forma. Al fijarse en las cuencas oculares, presintió que sus días tocaban a su fin.

—No, claro que no.

Era mentira. Aquel sujeto le daba grima. Si pudiera pondría distancia de por medio. Cuanta más, mejor.

—Un accidente de coche cuando apenas era un chaval —dijo mientras se acariciaba las cicatrices con las yemas de los dedos—. Afortunadamente, no perdí la visión del ojo, pero mi vida quedó marcada. Lo sé, provocho rechazo en la gente. Las personas tienden a alejarse. No ven más allá de mi rostro. ¿Sabes cómo me llamaban mis compañeros de clase en el colegio?

Hubo un silencio.

—El Niño Elefante. Lo hacían para joderme. Al principio, me molestaba que me comparasen con Joseph *Merrick*, pero con el tiempo dejé de preocuparme. Con el paso de los años uno se acostumbra. ¡Qué remedio!

—¿Te podrías dar la vuelta?

La examinó con creciente interés.

—A las mujeres os tengo muy vistas.

—Por favor.

—Si lo pides así...

El Predicador se giró, cruzó los brazos y añadió:

—De todas formas, yo prefiero a los hombres.

—¿Ah, sí?

—Sí, son más predecibles. Las mujeres no sois de fiar. Lo lleváis en los genes. En cambio, los tíos somos igual que un libro abierto. Lo que ves: es lo que hay. Así de transparentes somos.

Se quitó la ropa a toda prisa, la tiró al suelo y se enfundó el sudario. Su cabeza no cesaba de dar vueltas. Se percató de que tenía la piel de gallina.

—¿Qué me vas a hacer?

—Paciencia, querida. Paciencia.

—Yo no tengo nada que ver. Solo soy una mujer que...

Volvió a girarse.

—Ahora lo entiendo. Es como en ese chiste ¿no? —dijo mientras chascaba los dedos.

—¿Cuál?

—Ese... donde un hombre encuentra a su esposa acostada con el vecino de arriba. La mujer, sorprendida, le comenta: «Cariño, no sé quién es este señor y ni qué hace en mi cama». El marido corre hacia el amante, lo saca a rastras de la habitación y le dice a su esposa: «Claro, amor, seguro que este malnacido te ha echado burundanga en el café». Y ella replica: «Lo lleva haciendo los últimos tres años y siempre cuando tú no estás».

La mujer guardó silencio. El chiste no le había hecho ninguna gracia.

—¿Creías que ibas a librarte después de robar el cáliz?

—¡Déjame, por favor!

—Llevábamos meses detrás de ti. Estabas dentro de nuestro radar. Miguel Mendoza, el tipo que te contrató, está muerto. Ya no tendrás que preocuparte más por él.

Notó una punzada en la tripa, como si hubiese comido un alimento en mal estado. Sintió que le flaqueaban las rodillas y que podía caerse al suelo de un momento a otro. No podía creerlo.

«¿Muerto? ¿Cuándo? ¿Cómo ha sucedido?»

Se suponía que dentro de unas horas deberían reunirse.

—¿Cómo?

—Anoche, cuando volvía a casa, se cayó a las vías del metro y sufrió un fatal accidente. El maquinista no pudo hacer nada. Ya lo decía mi abuelo que en paz descansa: las prisas no son buenas consejeras. En fin... una verdadera

lástima. Aunque tengo la impresión de que el mundo no va a lamentar su pérdida.

Ella reparó en que le temblaban las manos y su corazón no cesaba de latir. Cada vez iba a más velocidad.

—No, no puede ser.

—La vida es lo que tiene: que nunca sabes lo que va a suceder a continuación. A propósito, deberías comer algo.

—Gracias, pe... pero no tengo hambre.

—Si yo digo que comas, lo haces... sin más, ¿lo entiendes?

Era mejor no cabrearle. No tenía elección. Optó por seguirle la corriente.

—Cla... claro.

Él se acercó hasta la mesa, cogió un sándwich de jamón de york y queso que estaba encima de un plato y una botella de agua y se los entregó. Resignada a su suerte, ella agachó la cabeza, le dio un mordisco al pan e intentó concentrar su atención en la forma de salir. Masticó en silencio. Pensó que había estado en peores situaciones. Si se mostraba sumisa tal vez podría aprovechar cualquier descuido. La gente solía fiarse de una mujer desvalida. En más de una ocasión esa táctica le había servido para escapar.

—Buena chica, Sonia.

Al oír el nombre se le heló el corazón.

—¿Pareces sorprendida?

—No yo... yo.

Se atragantó con el sándwich y se puso a toser.

—Sonia Gutiérrez Díaz. Ese es tu verdadero nombre, ¿no?

—¿Cómo?

Bebió un poco de agua.

—Laura, Maite, Marta, Cristina, Eva... son demasiados alias. ¿Cómo consigues esas identidades? ¿Acudes a un cementerio, revisas las lápidas y apuntas los nombres de las niñas que han fallecido de forma prematura?

—¿Cómo lo has averiguado?

—Lo cierto es que no ha sido fácil, pero cuento con medios, con gente con recursos. Hace tiempo que seguíamos tus pasos. Desde que te contrató Mendoza hace seis meses y te instalaste en el piso del paseo de la Estación. No tendrías que haberte involucrado. Ese cáliz nunca debería haber salido de este lugar. Ahora, por fin, ha vuelto a sus legítimos propietarios.

—¿Por qué lo queréis?

—Paciencia, Sonia.

—¿Por qué es tan importante?

Sonia se notó débil. De pronto, le entraron ganas de vomitar. La botella cayó al suelo y el agua mojó el empedrado. El horror se adueñó de ella. Contuvo las arcadas. Le dolía la cabeza. Todo a su alrededor daba vueltas. Enseguida se le nubló la vista como cuando un miope, con una alta graduación, se desprende de las gafas. Las formas, los colores se fueron difuminando. Cada vez se volvieron más borrosos.

—¿Qué me has hecho? ¿Qué es lo que me sucede?

Antes de que cayera al suelo, oyó una estruendosa carcajada.

El Predicador abrió la puerta de la nave. Las bisagras crujieron. Reparó en la nube de polvo que flotaba en el aire. El lugar lo utilizaba como almacén. Allí solía encerrar a los nuevos prisioneros. Pasado un tiempo prudencial y también por seguridad, los solía trasladar a las celdas del castillo.

A su izquierda se encontraba el interruptor. Al pulsarlo, descubrió que las bombillas no se encendían. Pensó que quizá se habían fundido los plomos o que se había vuelto a estropear el diferencial. Maldijo su suerte al pensar que tendría que llamar a un electricista. Se aproximó a tientas hasta la jaula. La luz que entraba por las ventanas cada vez era más escasa. En las paredes se dibujaron sombras chinescas. Quería ver lo que le había traído Emilia.

—¡Vaya, vaya! ¿Qué es lo que tenemos aquí? —dijo en un tono más alto del habitual.

Contempló la silueta de una persona tirada en el suelo. Desde su posición no podía verla demasiado bien. Una manta le cubría el cuerpo.

«Buena chica», pensó acordándose de Emilia.

Aquella yonqui era de fiar. Siempre le suministraba carne fresca a cambio de un precio ridículo. Lo que más valoraba era su discreción. La mujer sabía mantener la boca cerrada. Si hablaba, ya conocía las consecuencias: iría a por su hijo. Aunque el chico se había independizado y había renegado de su madre drogadicta, ella seguía queriéndolo desde la distancia. «Yo por Aitor sería capaz de hacer cualquier cosa, incluso matar», le había confesado en una ocasión.

Mientras existiese una amenaza real, Emilia jamás haría nada que pusiera en peligro la vida de su hijo. Se le daba bien buscar los puntos débiles de las personas. Si conseguía dar con ellos, cualquier individuo comería de su mano.

Nadie debía enterarse de lo que sucedía entre aquellas cuatro paredes. Aunque no era consciente de ello, la mujer llevaba más de dos años trabajando para la Hermandad. Hasta el momento no tenía ninguna queja. Ella cumplía y recibía un sobre. A veces, le daba dinero. Otras, heroína.

—¡Eh, basura, despierta! —dijo mientras golpeaba los barrotes con la mano.

El bulto que permanecía en posición fetal ni siquiera se inmutó.

—Eres uno de nuestros invitados más ilustres. La ceremonia no puede comenzar sin ti.

Sonia ya estaba lista, pero aún faltaban algunos de los invitados.

—¡Arriba! Si me obligas a entrar será mucho peor.

Se deshizo del capirote, cogió una llave que guardaba en el bolsillo y la introdujo con delicadeza en la cerradura. Abrió el candado y quitó la cadena.

Antes de entrar en la jaula, sacó el arma, separó las piernas y apuntó hacia la figura que había debajo de las mantas.

—¡Levanta ahora mismo!

No hubo ninguna reacción.

—¿Acaso eres sordo? ¿Tienes algún problema auditivo?

Se acercó hasta él y le dio un puntapié en lo que intuyó que podían ser las costillas. El cuerpo se sacudió.

—¡Vamos, despierta!

Al levantar la manta, divisó a un hombre. Lo reconoció. Era el amante de Emilia.

«¡Qué coño hace este aquí!», pensó extrañado.

Mav, que hasta entonces había permanecido oculto detrás de una de las columnas, se le acercó por la espalda y, con la culata del arma, le dio un golpe detrás de la oreja. El penitente cayó con la cara contra el cemento. La pistola salió despedida. Un ruido seco se extendió por todos los rincones.

—¡Hijo de perra! —gritó.

Sangraba. Notó un fuerte dolor en la boca y en la mandíbula. Trató de evaluar los daños. Tuvo la impresión de que le había roto la nariz y alguna que otra pieza dental.

—Oh, vaya, ¿te duele?

—¡Me has roto los dientes, mamón! —dijo furioso.

—Pues eso no es nada. Ni te imaginas lo que te espera.

—¡Que te jodan!

—¡El que te va a joder soy yo, capullo! Esa malnacida y su novio ya no volverán a traer a nadie a este lugar. Es una lástima que se los haya llevado una sobredosis.

—¿Los has matado? —dijo sorprendido.

—Considéralo un accidente.

Cuando Casidiosa le condujo hasta la nave, supo que no podía dejarla con vida. Ella y su novio eran peligrosos. La droga la había encontrado en la parte de atrás de la furgoneta junto con unas jeringuillas. Al menos habían tenido una muerte dulce. Aun así, no podía apartar de su cabeza todas las personas que seguramente habían muerto por su culpa.

El cofrade se encontraba aturdido por el golpe. Le ardía la cabeza. Trató

de ponerse en pie, pero no le dio tiempo. Mav le agarró del traje e hizo que rodase por el suelo. Cuando lo tuvo bocarriba, se puso a horcajadas sobre él y comenzó a golpearle con la pistola. Ni siquiera se inmutó por las quemaduras. Le hundió la culata en los pómulos, en la boca, en la mandíbula, en los brazos que, a duras penas, trataban de proteger el rostro.

—¡Vamos, valiente! ¿Qué es lo que te pasa? ¿Solo sabes pegar a las mujeres? ¿Acaso eso te excita?

La sangre le salía por la boca.

—Ca... cabrón —farfulló medio grogui.

En los últimos días había soñado con esa escena. Ahora lo tenía a su merced, indefenso. Lo estrangularía, pero antes le haría sufrir lo indecible.

—¡Sí, soy un cabrón! Pero, en realidad, no me conoces. No tienes ni idea de lo hijo de perra que puedo llegar a ser.

—¡Estás en mis manos, gilipollas! Te... tengo el antídoto. ¿Acaso no lo quieres? —dijo en un vano intento por salvar el pellejo.

—Me la suda.

—¿Cómo?

Volvió a golpearle. Esta vez en el estómago y en las costillas. Se dobló por la cintura. Con cada respiración, llamaradas de fuego le recorrían el cuerpo. Intentó recuperar el aliento, aunque el aire apenas llegaba a sus pulmones.

—¿Sabes a quién debes temer?

Quería causarle una hemorragia interna. El cabrón merecía sufrir. Lamentó no poseer un puño americano. El estropicio hubiera sido mucho mayor.

—¿A ti? —dijo renqueante.

Su rostro dejó traslucir una sonrisa.

—Sí. ¿Y sabes por qué? Porque no tengo nada que perder.

—Tienes mucho que perder, gilipollas: la vida, ¿te parece poco?

—Me has arrebatado lo único que me importaba en este mundo... Puede que muera, pero tú vendrás conmigo al infierno.

El Predicador le escupió. El gargajo le impactó en la cara. Se limpió la saliva con el dorso de la mano.

—Veo que no has tenido suficiente.

Mav se levantó y le lanzó un puntapié tras otro. Después, colocó el talón sobre el menisco del cofrade y lo pisoteó sin piedad.

—¡No! ¡No! —gritó.

Los huesos crujieron.

—¿Qué se siente? ¡Dímelo!

—¡Para, por favor!

—Eso mismo es lo que te dijo Loli antes de que la molieses a palos.
¿Acaso lo has olvidado ya?

Ni siquiera se lo pensó. Con el pie, le machacó la rodilla. El cofrade retorció el semblante y dejó escapar un aullido.

—¡No! Hijo de perra... Para.

No tuvo compasión.

—¡Jódete!

El Predicador hacía aspavientos mientras intentaba protegerse la pierna con las manos. Tenía el rostro descompuesto y aullaba a consecuencia del sufrimiento.

—Me has roto la pierna —dijo con los ojos húmedos y algo enrojecidos.

—Eso no es nada.

—¡Déjame y te daré el antídoto!

Mav no le escuchaba. Su cabeza parecía hallarse en otro lugar.

—Ahora se han invertido los papeles.

Buscó el revólver del penitente que había rodado por el suelo. Cuando lo encontró, abrió el tambor y quitó los proyectiles. Le mostró una de las balas.

—Mírala bien porque el juego terminará esta noche.

Introdujo el proyectil en el tambor, lo cerró y le dio vueltas con las yemas de los dedos. Miró a su antiguo secuestrador con los ojos muy abiertos.

—¡Ca... cabrón!

Una expresión de odio se perfiló en su semblante. Tenía el cuerpo hinchado y amoratado. Trató de arrastrarse por el suelo, pero recibió una patada en la boca. El dolor le atravesó el cerebro y tuvo la sensación de que le estaban clavando puntas en el cráneo.

—Acabo de experimentar un *deja vu*. Solo que ahora soy yo quién empuña la pistola. ¿Te acuerdas de lo que me hiciste hace unos días?

—¿De qué hablas?

—Quiero respuestas.

Colocó el cañón del revólver encima de la rodilla sana. Estaba decidido a disparar.

—¿Por qué me elegiste?

Le corroía el dolor. Su cara parecía la de un eccehomo apaleado en la cruz.

—¡Qué más da!

—¡Respuesta equivocada!

Apretó el gatillo. El penitente contuvo el aliento. Se oyó un clic.

—¡Está bien! Te lo diré, pero antes quita eso de ahí —dijo tembloroso.

El sudor le perlaba la frente. Su pecho no cesaba de latir.

—De eso nada.

El cofrade seguía tendido en el suelo, boqueando.

—Eras la persona idónea. Dabas el perfil.

Mav apartó el revólver.

—¿El perfil?

—Sí. Buscábamos un cabeza de turco: alguien que cargase con las culpas.

—Un primo, ¿no?

Jadeaba mientras se cubría con las manos la pierna herida.

—Efectivamente. En caso de que la policía hubiese abierto una investigación no les habría llevado a ningún sitio. Además, como tú dijiste: estás solo. No tienes a nadie. Eres un puto lobo solitario. Los investigadores se hubieran limitado a encajar las piezas. En un par de días el caso habría estado cerrado. Por eso, te elegimos. Tan solo debías liquidar a esa mujer.

—¿Por qué hablas en plural?

—No pensarás que estoy solo en toda esta historia.

—¿Quiénes sois?

Por un instante asomó un destello de incertidumbre en sus ojos.

—Eso no puedo decírtelo.

—¿Qué te lo impide?

—Este asunto te viene demasiado grande.

—De momento, te tengo encañonado.

Le volvió a colocar la pistola en la rodilla. Apretó el cañón contra el menisco.

—Voy a volártela.

Vio una profunda determinación en sus ojos.

—¡No!

—Pues desembucha o pasarás el resto de tu vida en una silla de ruedas.

—¿Has oído hablar alguna vez de la Hermandad?

—No. ¿Qué sois? ¿Una jodida secta? ¿Un maldito grupo de pirados que los fines de semana se dedican a leer la Biblia?

—Somos una sociedad secreta con más de treinta siglos de historia. Nuestros orígenes se remontan al siglo IX antes de Cristo y contamos con un

reducido grupo de colaboradores. En nuestra organización solo cabe lo mejor: la crème de la crème, la élite de la sociedad. Políticos, grandes empresarios, jueces, economistas y hasta productores de Hollywood. Si te dijese algunos de sus nombres te quedarías helado.

—¿Y qué es lo que hacéis?

—Servimos a nuestro amo y Señor.

—¿Quién?

—Lucifer —dijo riéndose.

Al pronunciar el nombre, los ojos se le encendieron.

—¿El diablo?

—Es más que eso. Una mente tan insignificante... tan reducida como la tuya jamás lo llegaría a comprender. Dentro de muy poco, el maestro volverá a la tierra.

—¿El maestro? ¡Joder! Estás peor de lo que creía —dijo riéndose.

—Eso es lo que dicen los incrédulos. El mayor éxito del diablo es hacer creer que no existe. Yo he visto cosas que tú nunca creerías.

—¡No me lo digas! Has visto naves en llamas más allá de Orión y también rayos C brillar en la oscuridad cerca de la Puerta de Tannhäuser, ¿me equivoco? —dijo con sorna, evocando a Roy Batty en *Blade Runner*.

—Tómalo a broma si quieres, pero ese día está al caer. Las puertas del infierno se abren una vez cada dos mil años...

—Me parece que has visto demasiado *Sobrenatural*. ¿Cuántos sois?

—Más de los que imaginas.

—Y ¿todos lleváis esos ridículos capirotos?

—Es una forma de protegernos.

—¿Protegeros?

—Así es. Los capirotos representan la hipocresía de aquellas personas que durante el día muestran a los demás un rostro respetable, pero en cuanto llega la noche esas mismas personas se transforman, se desinhiben, se desprenden de los tabúes y las ataduras sociales y exhiben su verdadera cara.

—O sea, que sois un grupo de pervertidos y depravados sexuales.

Se sentó, con la espalda encorvada hacia delante y puso sus brazos alrededor de las rodillas. Apenas podía moverse. El dolor cada vez le resultaba más intenso. Su rostro parecía una masa inerte de carne y moratones. Mav distinguió las quemaduras. La apariencia le recordó al protagonista de la película *Máscara*.

—¡Te equivocas, muchacho!

—Ya. ¿Por qué querías que matase a Laura?
—Eso no puedo decírtelo. So... solo obedecía órdenes.
—¿Por qué?
—Hice un juramento.
—¿Un juramento?
—Así es.
—Pues no te va a servir de nada si estás muerto.
—La tal Laura que mencionas... ese no es su nombre.
—Y, ¿cuál es?
—Sonia. Ella tenía en su poder algo que no le pertenecía. Algo que era nuestro.
—¿El cáliz?
—Chico listo.
—¿Dónde está?
—¿El qué?
—No te hagas el idiota.
—En el castillo.
—¿Por qué es tan importante?
Silencio.
—¿Acaso no me has oído? Te he hecho una pregunta.
Le apuntó a la cabeza y apretó los dientes. El cofrade cerró los ojos.
—Teníamos que darte un pequeño empujón. Sabíamos que era la única forma de que acabases con ella. No eres la primera persona a la que utilizamos... Hasta ahora había funcionado.
—¿Y Natalia? ¿Por qué tuvisteis que matarla? ¿Qué os había hecho?
—Se nos fue de las manos. Ella intentó huir y... lo demás lo tuvimos que improvisar sobre la marcha —dijo jadeante.
—Y ¿qué hay de Loli?
El Predicador se encogió de hombros.
—Imagínatelo...
—¿Dónde está su cadáver?
—Nunca darás con él.
—¿Dónde puedo encontrar el antídoto?
—Si te lo digo, ¿qué voy a ganar?
—Quizá no te mate.
—No te creo.
—Allá tú.

—Está en la tercera planta. En... en mi despacho.

—¿Cómo llego hasta allí?

El Predicador se lo explicó. Después, le colocó la pistola entre las cejas.

Se miraron a los ojos fijamente.

—Me has dado tu palabra.

—No soy un hombre de honor.

Apretó el gatillo.

Clic.

—¡Joder, qué potra tienes!

Finalmente, le golpeó sin piedad durante un buen rato hasta que lo dejó inconsciente.

En cuanto Sonia despertó un par de horas más tarde, se dio cuenta de que no veía bien. Estaba aturdida, le dolía la cabeza y no podía pensar con claridad. Sentía como si la noche anterior se hubiese excedido con el vino durante la cena. Un sexto sentido se había activado en ella. Tardó unos segundos en percatarse de que se encontraba tumbada en el suelo, de costado, encima de un enorme pentagrama invertido. Se frotó los ojos. Abrió y cerró los párpados en repetidas ocasiones para cerciorarse de si aquello era real.

Conocía el significado del símbolo. El dibujo representaba la figura del ser humano, con los brazos en cruz y las piernas abiertas. El pentagrama estaba asociado al satanismo y la magia negra. La Inquisición relacionaba esa imagen con la cabeza de un macho cabrío. La situación le trajo a la memoria una noticia que había visto en la televisión unos años atrás sobre una secta satánica. La policía de Luisiana había detenido a un grupo de pirados que se dedicaba a secuestrar, torturar y descuartizar prostitutas en macabros rituales.

Trató de adecuar su vista a la escasa luminosidad del lugar. Se incorporó con torpeza. Una espesa neblina le enturbiaba la visión.

La estancia olía a incienso. Intentó dar un par de pasos, pero le flaquearon las rodillas. Se sentía débil igual que Superman cuando se encontraba cerca de la kriptonita. Aquel desgraciado le había suministrado alguna clase de droga para que se durmiera. Pensó en la burundanga y condujo la mano hacia la entrepierna. Un suspiro de alivio se reflejó en su rostro al darse cuenta de que aún no había ocurrido nada.

Volvió a entornar los ojos y la niebla que había en ellos se disipó. Los objetos comenzaron a recobrar su forma. Delante de ella vio un altar. Encima había un mantel sobre el que descansaban un par de velas negras, una daga, varios platos, una calavera y el cáliz del papa Luna.

«Ahí estás. Debo hacerme con él», pensó.

Tragó saliva al descubrir el crucifijo que alguien había volteado y que presidía la pared. Aquella escenografía la puso nerviosa. Estiró la espalda y movió las manos para ver si desaparecía el entumecimiento que se había apoderado de ella. Seguía sintiéndose torpe.

«¡Vamos! Reacciona. No hay tiempo para gilipollices. Tienes que salir de este sitio», pensó.

La cabeza no cesaba de darle vueltas.

Al girarse, notó un estremecimiento que le recorrió la espalda. A su

alrededor distinguió una multitud de encapuchados ataviados con estrafalarias túnicas que la observaban con creciente interés. Sus siluetas se proyectaban en las paredes. Se encontraban sentados en bancos como los que hay en las iglesias. Uno de ellos llevaba un estrafalario traje de color rojo con una cruz invertida alrededor del cuello y no dejaba de frotarse las manos. Los otros vestían de blanco. Reconoció la vestimenta. El atuendo era el mismo que llevaba el Predicador.

—¿Qué es esto? ¿Una jodida reunión de antiguos alumnos del Ku Kux Klan?

Entornó los párpados y notó que en cualquier instante el corazón se le iba a salir del pecho. Dirigió su vista hacia las paredes laterales. Comprendió que se encontraba en un amplio salón, con techos altos, decorado con un sinfín de tapices que tenían grabados una espiral. En las esquinas había multitud de velas de más de medio metro de altura. Todas estaban encendidas.

—No tengas miedo.

La voz de uno de los encapuchados la asustó aún más. Su acento le sonó raro, como si fuese extranjero. Por la forma de hablar supuso que era de Europa del este.

—¿Que no tenga miedo? Pues con esos atuendos me estáis acojonando. ¿Qué es lo que queréis?

—¡Tranquila!

«Eso díselo a tu padre», pensó.

Se percató de que estaba temblando. Dio un par de pasos hacia atrás hasta que su talón golpeó contra la primera de las tres escalinatas que conducían al altar. Con la vista, trató de localizar la salida. Al fondo, creyó avistar un portón de madera. Estaba cerrado. Calculó que la separaban unos veinticinco o treinta metros. Quizá más. Contuvo la respiración durante unos instantes y pensó en qué podía hacer para escapar. Sortear la horda de enmascarados estaba descartado. En su estado resultaba una presa fácil.

«Si al menos tuviera un arma, me podría defender», pensó.

—¿Qué vais a hacer?

Dos encapuchados se acercaron, la rodearon y la cogieron del brazo. Ella trató de morderlos, pero el más alto le dio una bofetada y le tiró del pelo.

—Para... me haces daño.

—¿Vas a estarte quieta? —dijo mientras le agarraba la garganta.

Ella se fijó en sus ojos. Eran más oscuros que el lodo de una ciénaga.

—Sí, sí, sí... —dijo de forma entrecortada.

La soltó.

—Si se te ocurre alguna tontería te sacaré los ojos y preferirás estar muerta, ¿lo entiendes?

El hombre hablaba en serio.

Sonia asintió con la cabeza.

—Ahora vas a estarte calladita. Porque si no colaboras... no va a gustarte lo que te espera —dijo mientras le retorció el brazo.

—Lo... lo que tú digas.

La arrastraron hasta el altar. Indignada, los observó en silencio. No tenía escapatoria. ¿Qué otra cosa podía hacer?

La persona que portaba el hábito rojo parecía ser el jefe. Enseguida levantó sus posaderas del banco y, con paso decidido, caminó hacia el altar. Rodeó la mesa y se puso delante de la multitud. Todos se levantaron. Hizo un gesto con la mano para que volviesen a sentarse.

—¡Hermanos! ¡Hermanas! ¡Hoy es un día importante! Se avecina el juicio final.

A Sonia le sorprendió que la voz correspondiese a una mujer. Guardó silencio y realizó un cálculo rápido. Estimó que habría alrededor de una veintena de encapuchados que escuchaban el discurso.

—Tenemos aquí a esta pobre pecadora —continuó—. Una oveja descarriada que purgará por todos nuestros pecados. ¡Señor, lo que hoy te vamos a ofrecer es una muestra de nuestra eterna gratitud! Un forma de demostrarte el amor que te profesamos.

«No, eso sí que no. Yo no soy carnaza para estos perros», pensó.

La mujer cogió el cáliz y lo alzó en señal de ofrenda. Lo sostuvo en alto durante unos segundos. Sonia miró de reojo a su izquierda. Las manos de los dos encapuchados seguían aferradas a sus muñecas. No podía resignarse a su suerte. Debía hacer algo. Con el talón propinó una coz en la entrepierna al individuo que le había advertido que estuviese callada. El sujeto la soltó de inmediato, aulló a consecuencia del dolor y condujo la mano a sus genitales.

—¡Bitch! —dijo malhumorado.

Con la mano liberada, cerró el puño y lo soltó sobre la cara del otro hombre que permanecía a su izquierda. Los nudillos de Sonia dieron de lleno en el semblante del encapuchado. A consecuencia del impacto se le cayó al suelo el capirote. Un rostro, enjuto y lleno de pecas, quedó al descubierto. Vio que el sujeto retorció el semblante y conducía los dedos hacia nariz. Le echó unos cincuenta o cincuenta y cinco años. Antes de que pudiese reaccionar le

hundió el puño en el plexo solar con tanta fuerza que vio cómo el hombre se doblada. Lo había dejado fuera de combate.

Aprovechando el desconcierto, Sonia cogió la daga que reposaba sobre el altar y, antes de que la mujer de rojo pudiese darse la vuelta y percatarse de lo que sucedía, se situó detrás de ella y le colocó el filo de la hoja a la altura de la garganta. Los enmascarados comenzaron a levantarse de los bancos de forma abrupta.

—Como os acerquéis le rajo el cuello a esta zorra —dijo envalentonada. Nunca había matado a nadie. Pero siempre existía una primera vez.

—¡A qué esperáis! Acabad con ella.

—Si aprecias tu vida, será mejor que cierres el pico —dijo tras hundir un poco más la daga en la piel—. ¡Os lo advierto! ¡No bromeo!

Los seguidores continuaban indecisos. No sabían si apartarse o abalanzarse sobre la mujer.

—¡Atrás, joder! ¡Atrás! Si hacéis lo que os ordeno, no le ocurrirá nada —gritó con firmeza.

Miró de reojo hacia atrás. El tipo al que le había propinado un golpe en los testículos estaba a punto de recobrar la compostura.

—¡Échate a un lado! —le advirtió.

El sujeto levantó las manos, asintió con la cabeza y se alejó hacia la esquina hasta distanciarse unos cuantos metros.

—Ahora os vais a comportar como los buenos chicos que sois y nos dejaréis salir. En cuanto esté a salvo... la soltaré, ¿de acuerdo? Si alguien intenta algo o me sigue antes de que haya salido por esa puerta, la degollaré. ¿Lo habéis captado?

Algunos asintieron. Otros se encogieron de hombros.

—¡Dejadme pasar!

Los encapuchados se desplazaron hacia los lados y abrieron un pasillo de un par de metros. Sonia no terminaba de fiarse. Estaban demasiado cerca. Caminó por el improvisado pasillo con un ojo puesto en la nuca de la mujer de rojo y otro en las dos filas de figuras humanas. El más mínimo error y se lanzarían sobre ella como una jauría de lobos. A pesar de la inquietud que sentía, trató de recuperar la confianza en sí misma. Avanzó unos cuantos metros. De vez en cuando tenía que empujar a la sacerdotisa para que cooperase y no se detuviese. Ella farfullaba palabras ininteligibles cada poco.

Casi había llegado hasta la puerta cuando la mujer de rojo le propinó un codazo en el estómago. Al instante, la daga resbaló de los dedos de Sonia y

cayó a sus pies. Notó la falta de aire y el esfuerzo que le suponía respirar. Cuando quiso reaccionar, la sacerdotisa ya se había separado de ella.

—¡A qué esperáis idiotas! ¡Parece que todo lo tengo que hacer yo! —gritó.

Uno de los penitentes se lanzó sobre Sonia y le hizo un placaje. Los dos cayeron al suelo. Él se puso encima. Ella notó el tablón del banco cuando se lo clavó en la espalda. Trató de levantarse, pero el enmascarado la golpeó sin piedad.

No había nada que hacer. Había jugado sus cartas y, por desgracia, había perdido.

La sacerdotisa se acercó cuando aún seguía en el suelo.

—¿Quién coño te crees que eres, idiota?

Había odio en su mirada.

Le rasgó la túnica y sus pechos quedaron al descubierto.

Ella gritó con todas sus fuerzas.

—Es inútil. Nadie va a venir a rescatarte...

Lo siguiente que oyó mientras la arrastraban hacia el altar:

—In nomine dei nostri Satanas Luciferi excelsi yo te invoco...

El traje de penitente le quedaba un poco grande. El Predicador le sacaba más de una cabeza. Aun así, se dio prisa para salir de la nave donde había estado enjaulado unos días atrás y corrió hacia el castillo. Pasó a través de unos jardines, rodeó la verja y no tardó en encontrar la puerta de acceso. Mav se había hecho un croquis mental con las indicaciones que le había proporcionado aquel demente. Nada más empujar el portón, se dio cuenta de que estaba cerrado. Sacó un manajo de llaves del bolsillo y probó fortuna. La puerta se abrió al quinto intento.

En cuanto entró, se fijó en las antorchas que colgaban de las paredes del pasillo. La iluminación otorgaba un aire medieval al recinto. A ambos lados había un montón de puertas. Anduvo hasta que encontró unas escaleras de caracol que conducían a la primera de las plantas. Cuando accedió al piso de arriba, se dirigió hacia la tercera de las salas. Abrió la puerta con cuidado y tras cerrarla, dio al interruptor que se hallaba a su izquierda. Una intensa ráfaga de luz se esparció por la habitación.

Reconoció el lugar: los azulejos blancos, la mesa, el armario empotrado y la camilla sobre la que había estado tumbado antes de que el penitente le hubiese puesto la inyección. En la estantería situada a su izquierda vio un montón de frascos. Revolvió en los cajones, dio con una jeringuilla y cogió un bote que contenía una sustancia azul. Una macabra idea sobrevoló por su mente.

¿Y si el Predicador le había mentado? ¿Y si ese no era el antídoto? ¿Y si se trataba de otra clase de veneno?

No tenía elección. Solo había una forma de comprobarlo.

Introdujo la jeringuilla en el bote y tiró del émbolo hacia atrás. Por último, se remangó la camiseta y se buscó una vena. Cuando la aguja le atravesó la piel notó un pequeño pinchazo. Vació el tambor de la jeringuilla y esperó unos segundos a que el líquido hiciese efecto. Después, apagó la luz, salió de la habitación y regresó a la penumbra del pasillo.

Al fondo escuchó unos gritos. Sacó la pistola y contuvo el aliento. La voz de la conciencia le aconsejó que no mirase atrás y huyese cuanto antes. A pesar de ello, sabía que nunca estaría a salvo. Si se marchaba, los integrantes de la secta tarde o temprano lo encontrarían. Nunca dejarían de buscarlo. Enseguida comprendió que el asunto debía terminar esa noche. O él acababa con ellos o moriría. Por otro lado, quería saber quién más estaba implicado en

el asesinato de Natalia.

Tras cerciorarse de que el arma estaba cargada, la sostuvo con ambas manos y encauzó sus pasos hacia el lugar de procedencia de los gritos. Conforme avanzaba, se percató de que no podía ocultar su nerviosismo. El sudor le perlaba la frente y un nudo se le había instalado en el estómago. Las voces cada vez se oían más cerca. Caminó hasta el final del pasillo sin hacer ruido. Se detuvo delante de un viejo portón. Examinó con inquietud la cerradura. Extrajo el manojito de llaves, insertó una y comprobó que servía.

«¡Están aquí! Y ahora, ¿qué?», pensó.

Desconocía el número de personas a las que tendría que enfrentarse.

Tras guardarse la llave en el bolsillo, agarró el pomo y tiró. La puerta se entreabrió un poco, lo suficiente para que pudiese echar un vistazo rápido al interior. Por fortuna, los goznes no emitieron ningún chirrido. Vio a un grupo de encapuchados. Estaban de espaldas, sentados, y parecían escuchar con interés el discurso de una figura ataviada de rojo. Al entreabrir un poco más la puerta, la vio. Era ella. Desnuda, custodiada por dos penitentes. Se preguntó cómo había llegado hasta allí. Él la había dejado a las afueras de Santa Marta. Se suponía que debía desaparecer.

¿Cómo era posible que la hubiesen encontrado tan rápido?

Abrió un poco más la puerta y entró procurando no llamar la atención. Con el hábito y el capirote era imposible que lo reconociesen. Caminó por uno de los pasillos laterales donde había un montón de velas y tomó asiento en un banco de la última fila. Uno de los encapuchados que se encontraba a su izquierda giró la cabeza y le observó con desconfianza. Enseguida advirtió que estaban oficiando una misa negra. Había oído hablar sobre esa clase de rituales. Durante su celebración los asistentes rendían culto a Satanás y parodiaban la eucaristía cristiana. En algunas de esas misas se realizaban sacrificios humanos.

—¡Hermanos vamos a ofrecer a esta mujer a nuestro amo y Señor! —dijo la figura embutida en el traje rojo.

Supo que no podía quedarse de brazos cruzados. Cuando la persona que oficiaba la misa negra cogió un cuchillo y se dispuso degollar a la mujer, Mav sacó la pistola y efectuó un disparo al aire. El proyectil retumbó en la sala. Todos los penitentes se giraron incrédulos.

—Si la tocas... jamás verás la luz del sol —dijo dirigiéndose a la encapuchada.

—¿Cómo te atreves a irrumpir en este lugar sagrado?

Flexionó los brazos y apuntó al pecho de la sacerdotisa, pero sin perder de vista al resto de los integrantes de la secta.

—Yo que tú me lo pensarías antes de acercarme —dijo a un encapuchado que trató de ir hacia él.

Miró a la mujer que había conocido como Laura y se acordó de su ex.

—Quiero —dijo— que sueltes el cuchillo, lo dejes encima de la mesa y te apartes de esa mujer. ¡Ah, di a tus gorilas que si no se separan de ella correrán la misma suerte!

Nadie se movió.

—¿Acaso estáis sordos?

—Le quedan cinco balas.

—Suficientes para volarte la tapa de los sesos y cargarme a unos cuantos de tus seguidores. ¿Es eso lo que quieres?

Los encapuchados la soltaron. Sonia trató de ocultar su desnudez con los brazos y corrió hacia él por el pasillo central. Cuando llegó a su altura se dio cuenta que estaba fuera de sí. Su rostro tenía la expresión de alguien que acababa de despertar de una pesadilla.

—Ahora os vais a quitar las máscaras y los capirotos. ¡Quiero veros la cara!

—De eso nada —dijo la figura de rojo.

—¿Ah, no?

Volvió a abrir fuego. El sonido se propagó por la sala. La detonación sonó como un cañonazo. El proyectil impactó en el hombro de uno de los penitentes que había retenido a Sonia. El tipo se dobló y cayó al suelo malherido. La sangre comenzó a impregnarle la túnica.

—¿Quién quiere ser el siguiente? Se admiten apuestas —dijo mientras miraba a su alrededor—. Última oportunidad. Las capuchas fuera.

Fueron quitándoselas a regañadientes. En el grupo había tanto hombres como mujeres entre cuarenta y cinco y setenta años. Se quedó petrificado cuando la figura de rojo se deshizo del capirote y se topó con un rostro familiar.

—Todo este tiempo y... eras tú —dijo sorprendido.

Ella esbozó una sonrisa.

—Así es.

—¿Ramona?

—En realidad me llamo Dina Von Bismark. Ramona solo es una tapadera. Desciendo de un linaje de elegidos. Mi padre, mi abuelo y mis antepasados

también eran sacerdotes del Templo de las Tinieblas.

—Pe... pero ¿por qué?

—Quería saber de lo que eras capaz, muchacho. Me caías bien, Maverick. Sentía cierta debilidad por ti. Tan solo debías acabar con esa ramera —dijo mientras señalaba a Sonia.

Mav no podía salir de su asombro.

—¿Y todo lo que me has contado de ti? Tu marido, lo sola que estás...

—A que resultado convincente... ¿Quién sospecharía de una pobre vieja? Me hubiera gustado que hubieses sido un miembro de la Hermandad. Todo el mundo habla de los masones, los rosacruces, los templarios, los sabios de Sión o de los integrantes del Club Bilderberg. Nuestra organización se ha mantenido en la sombra durante siglos, pero ya es hora de que salga a la luz. El advenimiento de Lucifer está muy cerca y la oscuridad se adueñará de la tierra. Ese cáliz es la última pieza que nos faltaba. Por desgracia, alguien se lo sustrajo a Mathew Green, uno de nuestros miembros honoríficos. Pero ahora que se encuentra en nuestras manos seremos invencibles. A partir de esta noche nuestro poder será infinito.

—¿Quién degolló a Natalia?

—Fui yo, querido —dijo con una sangre fría que le sorprendió—. Ella tiene lo que se merece.

—Nadie merece morir como un perro.

En su voz había una mezcla de furia y rabia.

—Me llamó cotilla y vieja olerona. Te diré que sufrió. Y que disfruté. Esa zorra lo pasó realmente mal mientras le rajaba el cuello. Suplicaba por su miserable existencia.

Lo dijo con tanta frialdad que su voz sonó hueca.

—¿Por qué?

—Tú, solo has sido un instrumento.

Mav estaba furioso. No quería escuchar más a aquella bruja. Respiró hondo, tensó el dedo en el gatillo y lo apretó. El arma retrocedió en sus manos. El proyectil impactó en el cráneo de Ramona. La mujer cayó de espaldas. Sus sesos se esparcieron por la pared. Algunos de los seguidores de la secta se agacharon. Otros se pusieron a cubierto.

—¡Corre! —gritó a Sonia.

Uno de los miembros trató de abalanzarse sobre Maverick. Antes de que se le echara encima volvió a disparar. El hombre gritó y se desplomó. Le había dado de lleno en la tripa. Se fijó en el hilo de sangre que le salía por la

boca.

—¡A por ellos! —gritaron los otros al unísono.

El instinto de supervivencia le alertó para que huyese. Sonia había cogido unos cuantos metros de distancia y corría a toda velocidad por el pasillo hacia las escaleras que conducían a la planta baja. Salió de la estancia y vio que varias personas le seguían. Antes de que pudiesen salir cerró la puerta, sacó la llave y la introdujo en la cerradura. Dio varias vueltas hasta que se cercioró de que los había dejado encerrados. El portón era viejo, pero resistiría.

«¿Y ahora qué?», pensó.

Las cartas estaban sobre la mesa. Si se escabullía nunca le dejarían en paz. Irían a por él. A su izquierda, surgió una sombra que salió de una habitación anexa y se puso a disparar. Le sorprendió una ráfaga de disparos que levantó una nube de polvo de la pared e hizo saltar esquirlas de yeso. Se tiró al suelo y apretó el gatillo dos veces más. Oyó un grito de dolor a la vez que la figura se desplomaba. Se levantó con presteza. Llegó hasta la posición en la que estaba el cuerpo, pisó la mano del hombre y con el pie separó la Uzi. Cogió el arma y, sin dejar de apuntarle, le quitó el capirote.

—¿Cuántas personas hay?

Hizo el signo de la victoria con los dedos de la mano izquierda mientras tosía. Después le descerrajó un par de tiros en la cabeza. Se colocó junto a la pared y esperó unos segundos por si salía alguien más. Sonia corría en cueros hacia las escaleras.

—¡Salid con las manos en alto o no tendré piedad! —dijo con la intención de ubicar a los dos hombres que había señalado el difunto y que debían de seguir en el interior.

Era demasiado arriesgado entrar y exponerse. Quizá la muerte de su compañero los había ahuyentado. Al cabo de un rato, vio a dos tipos con sus trajes y respectivos capirotes atravesar el umbral de la puerta y acercarse con las manos levantadas. Cuando los tuvo a tiro no lo dudó. Abrió fuego sin ni siquiera pestañear. A uno le dio en la pierna derecha, en la ingle y una de las balas le atravesó el ojo. Al otro el proyectil le entró por el pecho y le salió por la espalda. El tipo se llevó la mano al pecho, le lanzó una mirada cargada de odio y trató de contener la hemorragia.

—Nunca he sido una persona de fiar —le dijo.

Se quedo quieto, observándole mientras exhalaba el último suspiro. Los había matado a sangre fría. Estaba convencido de que si ellos hubieran estado en su lugar habrían hecho lo mismo.

A su espalda oyó unos golpes. Los integrantes que permanecían encerrados intentaban echar la puerta abajo. Con la Uzi lanzó una ráfaga de disparos sobre la madera. Saltaron un montón de astillas.

—¡A cubierto! ¡A cubierto! —gritó alguien en el interior.

Corrió hacia las escaleras a toda velocidad y las bajó de tres en tres, como si el diablo le estuviese siguiendo. En un par de minutos ya estaba fuera del castillo. Le recibió una vaharada de aire frío procedente de la sierra. Vio a Sonia a lo lejos. Se había agenciado una manta y se dirigía hacia la carretera. Llamó su atención con un par de gritos. Ella se volvió y al reconocerlo retrocedió sobre sus pasos. Iba descalza y parecía ausente.

—Hay que avisar a la policía —dijo jadeante.

—Ni hablar. Esto termina esta noche.

—¿Y qué vas a hacer?

Dirigió la vista hacia la nave.

—Acompáñame.

En cuanto entraron Mav fue directo hacia el lugar donde yacía el Predicador. Sin mediar palabra, levantó la Uzi y le metió tres balas en el cráneo.

—Ya no nos volverá a molestar. Ahora necesito que me ayudes a llevar esto —dijo mientras señalaba unos bidones de gasolina que descansaban sobre unos estantes empotrados en la pared.

Ella le observó con temor.

—Hay que darse prisa. Antes de que derriben la puerta y consigan salir.

—¿Qué tienes pensado?

—Enviarlos al infierno.

—Me parece una idea excelente.

Los dos salieron de la nave. En las manos llevaban varios bidones. Sonia le miró de reojo. Sonreía.

—Creo que este podría ser el comienzo de una hermosa amistad —dijo mientras se aproximaban al castillo.

AGRADECIMIENTOS

¡Muchas gracias por leer Penitencia! Espero que hayas disfrutado con esta historia tanto como yo disfruté escribiéndola.

He puesto mucho empeño en que esta edición sea lo más perfecta posible, sin fallos de ortografía o de edición, pero puede haberse escapado alguno. Así que te pido ayuda.

Si encuentras alguna errata, envíame un correo a rubengoled@gmail.com para incorporar esa corrección en la próxima versión del libro.

Como agradecimiento, recibirás completamente gratis un ejemplar electrónico de uno de mis libros.

Si quieres estar al tanto de mis próximos proyectos literarios puedes encontrarme en Twitter:

[@Ruben_Gozalo](https://twitter.com/Ruben_Gozalo)

<https://www.facebook.com/ruben.gozalo.1428>

Por último, si te ha gustado Penitencia (y si no te ha gustado, también), me encantaría conocer tu opinión. Por eso, te invito a que dejes un comentario en Amazon y me digas qué te ha parecido. Tus reseñas me ayudarán a mejorar mis libros y dar a conocerlos a otros lectores. ¡Muchas gracias amig@!

Rubén Gozalo (1978) es autor de las novelas Lobos, Nada que perder, Cuervos, Maldad, Salvajes y de los libros de relatos Dosis comprimidas y La snuff y demás historias.